

DIOS
PARA

NIÑOS

reinmar tschirch

PASTORAL

sal terrae

37
C
D

275
X



Dios para niños

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>382916</u>
N.º Copia	<u>382920</u>

207
T. 85 -

Colección PASTORAL

2



R - 4.489

Reinmar Tschirch

Dios para niños

Sugerencias y experiencias
de educación religiosa

EDITORIAL «SAL TERRAE»

Guevara, 20 - Santander

Título del original alemán:
Gott für Kinder

GÜTERSLOHER VG. GERD MOHN

Traducción de Juan C. Rodríguez Herranz

Portada de Jesús García-Abril

© SAL TERRAE. - SANTANDER

Con las debidas licencias

Printed in Spain

ISBN: 84-293-0511-4

Dep. Leg.—SA. 61-1978

Tall. Tip. J. MARTÍNEZ, S. L. - Cisneros, 13. Santander.

I N D I C E

	Pág.
<i>Prólogo</i>	7
1. <i>Los padres ante la tarea de la educación religiosa.</i>	11
<p>Un corte decisivo: El primer hijo.—El tener hijos ¿es la cosa más natural del mundo?—La renuncia de los hijos como protesta contra la vida.—¿Instinto paternal o aceptación consciente del hijo?—El valor de tener un hijo.—¿Un futuro asumido u olvidado de Dios?—El motivo de nuestro coraje de vivir.—¿Qué es religión?—El Bautismo, ¿mero convencionalismo?—El lenguaje de los signos en el Bautismo: Estar con otros y ser para sí.—Al comienzo, el amor.—La supuesta «disposición religiosa» del niño.—Nada surge por sí solo.—Los niños preguntan por la actitud de sus padres.—Sin complejos perfeccionistas.—Los padres entre la fe y la increencia.—Un falso dogma.—Sinceridad frente al niño.—Cuando los padres son de distintas confesionalidades.—La meta de la educación religiosa.</p>	
2. <i>Hablando de Dios con los niños</i>	31
<p>Hablar responsable y sinceramente.—Dios no es la respuesta para todo.—La pregunta acerca de la muerte.—«Porque Dios lo hizo así».—Experiencia antes que conceptos.—Fantasías infantiles acerca de Dios y experiencia de fe.—Un modelo de diálogo: «¿Dónde vive el buen Dios?».—Dios, ¿un símbolo?</p>	
3. <i>La narración de relatos bíblicos</i>	42
<p>Evitar el exceso de narraciones bíblicas.—¿Qué es lo importante en Jesús?—¿Cómo entienden los niños las narraciones bíblicas?—El relato concreto y lo «típico» de Jesús.—Puntos de vista para la selección de relatos bíblicos.—Un ejemplo de narración: «¿Qué sabemos acerca de Jesús?».—Jesús bendice a los niños.—«Alegre Navidad».—«Año tras año...».—La «fe» en Nikolaus y en el hombre de la Navidad.—Navidades, fiestas del regalo.—El abuso pedagógico de Nikolaus.—Nikolaus, teatro en familia.—El cuento del niño Jesús.—Un capítulo de teología: El relato de la fiesta de Navidad.—Vuelta a la teología: Origen y sentido de los relatos navideños.—Los Evangelios lo narran de diversos modos.—Recapitulación.—¿Cómo es una narración para niños?—La historia de la Navidad contada de otro modo.—¡No comenzar por la Navi-</p>	

dad!—La imagen idealizada de la ingenua fe infantil.—La duda y la fe madura.—La Biblia habla muchas lenguas.—Preguntas críticas de los niños ante la Biblia.

4. *Las experiencias del niño con la muerte* 78

La finitud de nuestra vida.—«¿Y si vosotros morís?».—Una falsa táctica: Ocultar y minimizar.—Nada de terapias de shock.—¿Cómo hablarles a los niños de este tema?—Perspectivas de confianza.—Esperanza cristiana: La vida comienza con la muerte.—Un poco de teología: Origen y contexto de un relato pascual.—Un ejemplo de narración: Jesús resucitado entre sus discípulos.

5. *La educación de la conciencia* 93

Educación «cristiana»: Muchos castigos y muchas prohibiciones.—Más allá del bien y del mal.—Las primeras exigencias.—Diario de un niño de dos años.—El equilibrio necesario entre lo permitido y lo prohibido.—La nueva palabra: «No».—El sentido de la obediencia: ¿Finalidad por sí misma o etapa de tránsito?—Prudencia razonable y no timidez morbosa.—Mandatos y prohibiciones como recursos provisionales.—La «conciencia timorata».—Conciencia, voz de los padres.—Educado-maleducado, bueno-malo.—¿Qué es más importante, «portarse bien» o tener consideración con los demás?—¿Reflejos morales o conciencia madura?—La moral infantil de blanco y negro.—«El buen Dios lo ve todo».—El cuento de «Dios en todas partes».—Dios, ¿un coco para niños?—¿Moral del miedo o de la inteligencia y el amor?—Educación sin castigo.—¿Tiene que haber castigos?—Respeto mutuo.—La paliza, una seducción a la violencia.—Otra forma de proceder: Las consecuencias normales.—¿«El que no quiere oír ha de sentir»?—«El daño aguza el ingenio».—Educación por la responsabilización.—La meta de la educación de la conciencia.—Los niños ante la colisión de exigencias morales.—La conciencia personal.—Educación para la tolerancia.

6. *Rezando con los niños* 128

La oración en un mundo en cambio.—¿Qué significa orar «en el nombre de Jesús»?—Los comienzos.—«Soy pequeñito...», una mala oración.—Demandas a la oración infantil.—Peticiones infantiles y oración de petición.—Deseos e ilusiones en la oración.—Las plegarias por los demás.



Prólogo

«Buen Dios...»: esto es lo que la mayor parte de nuestros niños aprendían a decir al comenzar sus oraciones de la mesa o antes de acostarse. «El buen Dios lo ve todo...» es algo que escuchan frecuentemente como toque de alarma moral. «El buen Dios lo hizo así...» es una respuesta común a muchas preguntas infantiles.

En todos estos casos Dios aparece como un Dios enemigo de los niños, como un «Coco de niños pequeños» según la formulación crítica de una alumna. Aparece como respuesta universal que pretende despachar las molestas preguntas infantiles acerca de los objetos y acontecimientos que despiertan su curiosidad, o como un ser celestial milagroso que da la impresión de pretender decepcionar o hacer felices a los niños de forma arbitraria, a unos niños a los que, por otra parte, se ha enseñado a dirigirse a él como al «buen Dios» con sus pequeños y grandes deseos. «A los niños les gusta eso», «lo pasan muy bien así», es la fundamentación bastante problemática a la que se suele echar mano. Pero un Dios semejante, supuestamente adaptado a los niños ¿es en realidad el Dios de los niños o más bien un Dios en contra de ellos, alguien de quien se apartan cuando llegan a ser lo suficientemente maduros y poderosos como para emitir una protesta independiente y eficaz?

Se habla demasiado de Dios ante los niños, mucho más de lo que suele ocurrir entre adultos, muchísimo más de lo que les es consciente ese Dios a los mayores que los rodean. ¿Qué posiciones y actitudes de los adultos quedan patentes en esos casos frente a los niños? ¿Cuál es la impresión que los niños reciben de ellas? ¿Es eso ya una «educación religiosa»? Y cuando se intenta dosificar de forma más morigerada y aun dejar de nombrar frente a los niños la palabra «Dios» y todo lo que la acompaña (informaciones, relatos, oraciones), ¿se ha rechazado ya o evitado totalmente la educación religiosa? Muchos padres pretenden esto último, ya sea porque no se tienen a sí mismos por personas religiosas, ya porque consideran la educación religiosa como un sector especializado de la pedagogía para el que les falta habilidad o capacitación. «No queremos influir en nuestro hijo», «preferimos que se decida él mismo más tarde: tal es la base en que los padres fundamentan su absentismo.

Pero ese absentismo no es sostenible. No se puede dejar al niño durante años en el vacío. Los padres no pueden por menos de mostrar lo que ellos mismos representan como personas y eso implica manifestar qué valores son para ellos significantes, qué es lo que toman en serio ellos mismos de manera incuestionable y sin salvedades, hacia dónde se orienta su confianza incondicional y a quién conceden su última esperanza. «Religión es el sentirse captado por algo que nos alude incondicionalmente... algo que tomamos en serio sin salvedades»; así es como traduce un conocido teólogo (Paul Tillich) el concepto de religión que se nos ha hecho tan oscuro. Lo que «alude incondicionalmente» a los padres, eso que «toman en serio sin salvedades» lo manifiestan a los niños por el hecho de vivir con ellos y ante ellos aun cuando no hablen con ellos de ese tema o al menos no lo hagan empleando palabras «religiosas» como «Dios», por ejemplo.

No es concebible que los padres no deseen comunicar a sus hijos aquello que supone para ellos mismos el contenido de su confianza definitiva, de su esperanza, lo que es el fundamento de su amor. No podrían obrar de otra manera. Pero a la vez, los niños, con sus intereses y preguntas, son con frecuencia, ocasión para que los mayores vuelvan a reflexionar sobre sus actitudes vitales, sobre sus metas y esperanzas, son el motivo de que no se den ya por contentos con los conocimientos, convicciones y modos de obrar que

a su vez les fueron anteriormente transmitidos. En muchas preguntas infantiles se oculta, en clave, una cuestión adulta que espera también ser solucionada. Y esto no ocurre únicamente con las preguntas religiosas de los niños. Por eso la educación religiosa no es un proceso unilateral referido únicamente a los niños; no, sino que los niños hacen avanzar a los mayores en gran medida. «No estamos mucho más enterados que los pequeños. Ellos nos podrían ayudar con tal que depongamos definitivamente ante ellos la pose de sabelotodos» (Johanna Klink).

De acuerdo con las expectativas hay muchas cuestiones de las que debe ocuparse un libro que trate acerca de la educación religiosa de los niños. Son cuestiones acerca del cómo y del qué: ¿Qué se puede hacer, responder y narrar? y ¿cómo y cuándo? A esas preguntas ha sido dedicada una gran parte de este libro. Pero antes de entrar en esas cuestiones, el libro se ocupa de ese impulso que significa el niño por sí mismo para el planteo de la vida y la buena fe de sus padres. El niño de por sí los cuestiona acerca del último fundamento de su confianza, de su amor y de su esperanza en la vida. Muchas cosas que permanecían adormiladas han de despertar, mucho de lo que era un sentimiento indeterminado ha de hacerse consciente y ha de ser reflexionado hasta el fondo, y también mucho de lo que parecía obvio es puesto de nuevo en cuestión, lo que parecía fijo vuelve a fluir e impone una mutación en el pensamiento y en el comportamiento. Sólo entonces será comunicable al niño con fundamento y buena conciencia.

Este libro se ocupará por consiguiente también de muchas cuestiones vitales de los adultos referentes a su responsabilidad paterna. Intenta ayudar a hacer justicia a los estímulos y demandas que provienen de los niños, en su favor pero también para provecho del propio desarrollo personal. El título «Dios para Niños» está pensado como despedida de un estilo que hacía presentar a Dios como figura moral amenazadora, como aliado pedagógico, como hermano mayor de los mayores en contra de los niños. «Dios para Niños» no quiere decir que sea sólo cosa infantil, mientras que los mayores ya han crecido en apariencia lo suficiente para desembarazarse de él. Todo lo contrario: es un animar a hablar de Dios de tal manera (y como veremos eso sucede en la mayor parte de los casos sin palabras y en especial sin emplear la gran palabra «Dios») que tanto grandes como

pequeños se puedan entender con él y acerca de él de forma nueva y más profunda en lo que atañe al fundamento que conserva y soporta su confianza, su amor y su esperanza en la vida. Con ello se suministra a los mayores simultáneamente una oportunidad de realizar nuevas experiencias de Dios, experiencias que los harán crecer y avanzar en lo tocante a su postura creyente y vital junto con los niños.

Jesús colocó a un niño en medio de sus discípulos y dijo: «El que recibe a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y quien me recibe, no me recibe a mí sino a aquél que me envió».

1. Los padres ante la tarea de la educación religiosa

Un corte decisivo: El primer hijo.

El tiempo durante el cual los padres esperan su primer hijo, esos primeros días en que lo contemplan echado en la cuna, pequeño y desamparado, suponen un corte decisivo en sus vidas. Ciertamente que hasta entonces ya han experimentado en el curso de sus vidas, acontecimientos que trajeron consigo mutaciones radicales, momentos en los que algo viejo quedó clausurado y comenzó algo nuevo. Todos conservamos firmemente en el recuerdo esa evolución que va ligada a determinados días importantes: entrada en la escuela, cambio de colegio, primera comunión, fin de los estudios, comienzo de la formación profesional, el primer puesto de trabajo, el primer salario ganado por uno mismo, noviazgo y matrimonio, el cambio a una casa propia y tantos otros momentos que vuelven a revivir ante nosotros al repasar un álbum de fotos o un diario o al releer cartas antiguas u otros documentos o certificados conservados cuidadosamente. Cuando esto hacemos nos percatamos de que vivir es progresar, de que evolucionamos y nos desarrollamos. Puede que ello nos mueva con esperanza impaciente hacia el paso próximo pero también nos proporciona una cierta nostalgia que nos hace repensar el pasado, que en esa retrospectiva fácilmente transfiguramos.

Pero el esperar y tener un hijo supone un corte muy especial. Podemos retomar y probar de nuevo muchas de las

cosas que hemos dejado atrás: un adulto puede intentar realizar de nuevo una formación académica, puede cambiar su puesto de trabajo o aun la misma profesión. Podemos separarnos de los amigos y, en el peor de los casos, del compañero o compañera de nuestra vida, e intentar cambiar la elección hecha. Aun esos cambios resultan más o menos difíciles y lo que dejemos atrás permanecerá en nuestra vivencia como una desilusión y nos traerá a la memoria las dificultades y la infelicidad que conllevó, como las cicatrices recuerdan los accidentes a los que se ha sobrevivido. Pero el tener un hijo es un paso que no tiene marcha atrás como si nada hubiese sucedido. Pues en él queda patente de forma definitivamente inevitable aquello hacia lo cual se orientaban todos nuestros pequeños y grandes pasos: esos pasos conducen desde una vida que comenzamos como hijos de unos padres, hacia una vida que nos contempla ahora a nosotros mismos como padres de unos hijos. Y con ello nuestra concepción de la vida cambia totalmente de orientación, claro que no en un día naturalmente; pero lo que hasta ahora era la melodía de fondo de nuestro desarrollo, se convierte en algo que ya no podemos dejar de escuchar, con la primera mirada que dirijamos a nuestro hijo, con ese llanto con el que el recién nacido «saluda» al mundo. Ciertamente se puede perder a ese hijo, o todavía peor, se lo puede entregar a otros, rechazarlo, interrumpir o tener que interrumpir el embarazo. Pero el mundo ya ha dejado de ser como era antes. No hay manera de esquivar el hecho de experiencia de que uno ya no es un hijo bajo la tutela de unos padres sino que uno se ha convertido o ha podido convertirse en padre o madre de un niño.

El tener hijos ¿es la cosa más natural del mundo?

Muchos creen que tal es «el curso natural de las cosas» y presuponen igualmente como algo «natural» el que los padres deseen tener hijos y que se alegren con la llegada de un niño; como si no hubiera seres humanos que han dejado atrás su propia niñez sin haber tenido hijos, seres humanos a los que les ha sido denegada la posibilidad de tenerlos y otros que no desearían tener ninguno. En nuestra época, cuando la regulación segura de la natalidad es ya posible, los niños ya no constituyen un mero determinismo biológico;

entran en juego la elección consciente y la decisión responsable. No se dan sólo los más diversos motivos para querer tener niños, motivos buenos y no tan buenos, sino también muchas razones para no tener ninguno o para no querer tener más, y en este caso se dan también motivos buenos y no tan buenos. El tener hijos no es algo «naturalmente» obvio. Juegan una baza importante en ello los propios deseos y esperanzas a la vez que temores y rechazos. En qué medida pueden llegar a mover semejantes sentimientos respecto a los niños queda patente en las siguientes reflexiones con las que una mujer intenta explicar su renuncia a tener hijos.

La renuncia a los hijos como protesta contra la vida.

Esa mujer escribe en su diario: «Estoy muy contenta de no tener hijos aun cuando, como a muchas personas, con frecuencia se me ocurre que mi vida cobraría sentido mediante la educación de un niño... Somos muy dignos de lástima si no existe otra manera de encontrar ese sentido. Pero el impulso natural hacia la procreación nunca me ha resultado lo suficientemente ciego y poderoso, ni tampoco el egoísmo... como para traer al mundo un niño con el objeto de no estar sola, para poder amar algo que procede de mí misma, para poder poseer algo que me pertenece, que depende de mí y que, encima, me ha de estar agradecido de su existencia. Y quedé atónita ante la falta de reflexión con que, después de la guerra, quintaesencia de la locura y de la inhumanidad, la gente se puso de nuevo a suplir el potencial humano, como si no hubiera habido locura e inhumanidad, como si ya no las fuera a volver a haber nunca...»

Esta mujer concibe su propia carencia de hijos como el único modo de protesta que le es a ella asequible en contra de esta vida: «Ahora tiemblo ante la idea de que pudiera tener un hijo... ¿Cómo podría verlo crecer tal como yo crecí en mi tiempo: al principio, lleno de confianza y cobijo, después, recibiendo una tras otra las primeras heridas, y finalmente confrontado con cuanto de inmisericorde tiene esta existencia? Nunca me hubiera perdonado el haber traído un hijo a este mundo sin ser capaz de explicarle todo a partir del amor de Dios. Todo el amor maternal y... todas las noches de amor del mundo no hubieran sido suficientes para justificar ante mí misma su nacimiento».

¿Instinto paternal o aceptación consciente del hijo?

Esos pensamientos de una mujer sin hijos y mentalmente enferma están «normalmente» muy lejos de unos padres que esperan un hijo. Por lo regular se espera de los padres que, obviamente, se alegren pensando en su hijo y eso mismo esperan los padres de sí mismos. Claro que también existen otros estados de ánimo: la congoja ante el primer síntoma de una concepción no pretendida, molestia y enfado ante los inconvenientes y limitaciones del embarazo, preocupaciones ante el propio futuro, el de la familia y el del niño esperado. En muchas situaciones le puede parecer a uno muy difícil y hasta imposible el reconciliarse con la idea del próximo nacimiento del hijo. Pero todo esto no hay que tomarlo en forma demasiado trágica, todo esto suele pasar, con tal que uno no potencie esos sentimientos o se cierre en ellos: así piensan muchos. Al final y a pesar de todo, los padres se alegran con el nuevo hijo: eso es lo más «natural».

La idea de que esa alegría por un hijo es «la cosa más natural del mundo» nos hace difícil el percibir en nosotros esos otros sentimientos y tomar posición ante ellos; sentimientos que pueden surgir en nuestra vida una vez situados ante la expectación de un hijo. Tal vez nos sintamos incómodos al tener que sospechar que no amamos o no podemos amar de forma tan irreflexiva e incondicional al hijo esperado como sentimos ser nuestro deber. Quizás tememos que si no rechazamos inmediatamente esos otros sentimientos nos deslizaríamos hacia un talante desesperado semejante al que se nos manifiesta de forma tan impresionante en la descripción autobiográfica de esa mujer sin hijos.

Lo que angustia a esa mujer ante el deseo de un hijo que ella percibe también a veces, son las expectativas que podría poner en él: Sentido para su vida, salvaguarda ante la soledad, posibilidad de amar y de recibir amor en agradecimiento. Pero esas expectativas no tienen contraprestación: ella no se siente capaz por sí misma de transmitir un sentido a ese hijo que daría sentido a su vida. El no sería más que la repetición de su propio destino: «Al principio lleno de confianza y cobijo, después recibiendo una tras otra las primeras heridas, y finalmente confrontado con cuanto de

inmisericorde tiene esta existencia. Nunca me hubiera perdonado el haber traído al mundo un hijo sin ser capaz de explicarle todo a partir del amor de Dios.»

Los sentimientos que ahí quedan expresados son muy nobles y las personas «sanas» tal vez los estén reprimiendo bajo el cliché de la alegría natural por lo hijos. Esos sentimientos nos muestran que no es algo tan obvio el traer hijos al mundo por más que ordinariamente sea algo sobre lo que no se reflexiona demasiado. Precisamente porque ese hecho lleva consigo una serie de expectativas, expectativas de amor y comunidad, de confianza y de sentido, es por lo que exige valentía. Pues esas expectativas pueden quedar defraudadas. Sí, puede que esas expectativas ligadas a los hijos no estén justificadas, puede que sean ilusiones que pretenden ayudarnos a no quedarnos tan horriblemente encerrados en nosotros mismos, confrontados con nuestro poco valor para vivir, con nuestra carencia de confianza en un sentido y en un futuro: al fin y al cabo la vida sigue cuando nace un niño.

El valor de tener un hijo.

Para eso se necesita valentía, un valor que ordinariamente no es cosa de uno solo, sino que depende de los dos padres en la medida en que la pareja se apoya y ayuda mutuamente. Es una valentía que no esquiva la duda sobre el sentido de la vida tal como quedaba expresada en las reflexiones tan desesperadamente honradas de aquella mujer sin hijos, sino que integra esa duda con la conciencia cierta de que la vida es algo más que nuestras experiencias cotidianas y las circunstancias presentes. No deberíamos considerar equivocadamente la alegría de los padres que esperan o reciben a un hijo como una especie de instinto paterno natural que se produce espontáneamente. Cuando esa alegría no es una actitud convencional que pretende ocultarnos a nosotros mismos y a los demás nuestros verdaderos sentimientos, es cuando puede ser considerada acertadamente como efecto de una valentía semejante.

Pero ese valor precisa de un fundamento más profundo que el mero sentirse emocionado o conmovido sentimentalmente durante un momento ante el acontecimiento de esperar o tener junto a sí al hijo. Pues si no, podría suceder que

cuando recibamos junto a nuestro hijo o por medio de él «las primeras heridas», nuestro coraje nos abandone y lo intentemos buscar desesperadamente en el hijo a quien sin embargo deberíamos ser nosotros quienes inspirasen el valor de vivir. Sobre él podría recaer entonces, como un peso, el destino de nuestra confianza y de nuestro coraje, por ejemplo en el caso de que tuviera que suministrarnos el valor para *continuar un matrimonio difícil*, o si tuviera que hacer de compensación de sentido ante nuestros propios fracasos vitales.

¿Qué será de este niño? Por supuesto que los padres no deberían hacerse ideas y expectativas para sí mismos a cuenta del niño. Pero cuando piensan en esa nueva vida se sienten movidos a imaginar qué es lo que pueden esperar para ese niño. No nos animamos a tener un hijo por la esperanza de que algún día nos ame o nos esté agradecido. «Engendramos a nuestros hijos, no para ser amados, sino para amar; casi se podría decir que para sufrir de por vida de un amor no correspondido... El amor a los hijos es tal vez el amor más fuerte, pues sabe que no debe esperar nada» dice el poeta Werner Bergengruen exagerando un poco los tonos. Es verdad que la decisión de tener un hijo lleva consigo el que los padres se preparen para situaciones en las que el hijo se puede apartar de ellos y aun rechazarlos. Es verdad que implica el ser conscientes de que los hijos se separan y emancipan de los padres para vivir su propia vida que es una vida distinta a la suya. Pero por otra parte la paternidad no es mera abnegación sin contraprestaciones ni expectativas de reciprocidad. La expectativa de reciprocidad es por el contrario un derecho que se va afianzando progresivamente con el crecimiento del hijo, una expectativa a la consideración y el respeto del niño equivalente a la que se tiene con él; y eso constituye también una parte del cariño.

¿Un futuro asumido u olvidado de Dios?

Pero ¿qué será de ese niño? Y ¿podemos animarnos con el pensamiento de que algún día podrá gozar de su existencia y sentirse en ella acogido en vez de sentirse como olvidado de Dios y desesperado de la vida? ¿En cuál de los dos lados se encontrará?

Y ahora así dice el Señor
que te creó, Jacob, y que
te ha formado, Israel:
¡No temas pues yo te he
redimido!
¡Te he llamado por tu nombre,
eres mío!

ISAÍAS 43,1

¡Doy gracias a Dios y me
alegro como un niño por
el regalo de navidad, por
el hecho de que existo, existo!
¡Y porque te poseo a ti,
hermoso rostro humano!

MATTHIAS CLAUDIUS

¡Alabad de corazón la mala
memoria del cielo!
Y el que él no conozca vuestro
nombre ni vuestro rostro.
Nadie sabe que todavía existís.

BERTOLT BRECHT

¡Maldito sea el día en que nací!
¡No sea bendito el día en que
me parió mi madre!
¡Maldito sea el hombre
[que llevó
a mi padre la alegre nueva:
«Te ha nacido un hijo, un
[varón»,
llenándolo de gozo!
¿Por qué salí del seno de mi
madre para ver pena y trabajo
y para pasar mis días en el
desprecio?

JEREMÍAS 20,14 s. 18

El tiempo de la expectación y del nacimiento de un niño es por tanto un tiempo importante. En él la experiencia de la novedad nos suscita la cuestión acerca de nuestras propias esperanzas, de nuestra confianza, de nuestro amor, la cuestión acerca del sentido y el hacia dónde de nuestra vida, acerca del coraje que supone el afirmar de nuevo la vida en y con un niño. Son preguntas que atañen al fundamento de nuestra confianza en la vida, al sentido y destino de nuestro amor, al fin y el derecho de nuestras esperanzas, a todo aquello que nos concierne y alude con una seriedad terminante y que puede constituir la intención incondicional de nuestra vida.

El motivo de nuestro coraje de vivir.

En su fundamento más profundo se trata de cuestiones religiosas. Pues la religión no es un mundo aparte que tuviese su puesto únicamente en momentos de exaltación festiva o de opresión o luto existencial. Nos hace más bien preguntar en medio de la vida por aquello que supera nuestras experiencias cotidianas y nuestras circunstancias acostumbradas. Es la cuestión acerca de la meta y fundamento de nuestra esperanza, esa esperanza que nos puede comunicar un impulso cuando nos vemos encarados con nuestras grandes y pequeñas esperanzas, su realización o su fracaso. Es la cuestión acerca del fundamento más profundo del amor, ese amor que nos mueve cuando nos vemos enfrentados con nuestras experiencias de amor humano, su felicidad, su disociación y aun su descalabro. Es la cuestión a propósito del motivo de nuestra honda confianza en la vida, esa vida que nos lleva en sí a pesar de muchas decepciones sangrantes que hayamos hecho en nuestra vida personal respecto a nosotros mismos, a los demás y en el trato con las cosas. Es la cuestión acerca del fundamento de nuestro valor para vivir a pesar de la finitud y de las amenazas que suponen la muerte y la carencia de sentido. Es precisamente el niño el que puede y debe propiciar la ocasión para esa pregunta acerca de nuestra esperanza, nuestra confianza, nuestro amor, pues está necesitado de que se lo transmitamos. Cuando los padres hacen sitio junto a ellos a un hijo están implicando simultáneamente todo esto.

¿Qué es religión?

Según las palabras de un importante teólogo, Paul Tillich, cuyo trabajo ha hecho posible el que muchas personas de hoy hayan recuperado el acceso al pensamiento y vivencia religiosos, «Religión es el sentirse captado por algo que nos alude incondicionalmente». «Si la palabra Dios ya no posee para vosotros mucho significado, traducidla y hablad de lo profundo de vuestra vida... de lo que os alude incondicionalmente, de aquello que tomáis en serio sin salvedades de ningún tipo. Al hacer eso, quizás os veréis obligados a olvidar algo de lo que habíais aprendido acerca de Dios, quizás tengáis

que olvidar la palabra misma. Pues cuando hayáis reconocido que Dios significa profundidad, sabréis ya mucho acerca de él. Ya no podréis llamaros ateos o no creyentes, pues ya no podréis pensar o decir que la vida no posee una profundidad, que la vida es algo superficial... Sólo cuando podáis decir esto con toda seriedad seréis ateos, de otro modo no lo sois. Quien sabe de la profundidad, sabe de Dios.»

El Bautismo, ¿mero convencionalismo?

No es ciertamente pura casualidad el que la mayor parte de los padres entre nosotros se dirijan a la Iglesia durante los primeros meses de vida de su hijo y se preocupen por bautizarlo. Entre ellos encontraremos a muchos padres que, personalmente, se mantienen muy alejados de las formas de vida y contenidos de fe de la Iglesia, de sus liturgias y organizaciones. Muchos de ellos no se sienten por eso en su propio fuero interno como «no cristianos» o «irreligiosos». Otros por el contrario alardearían de que no son religiosos. Creo que en todos ellos la demanda del Bautismo no es una casualidad sin sentido; cada vez más me parece que es una sospecha infamante el presumir en padres semejantes únicamente motivos de baja estofa como son la costumbre de hacer lo que hacen todos, lo que «hay» que hacer, el deseo de disponer de un marco solemne para una fiesta familiar «utilizando» para ello al sacerdote como maestro de ceremonias, la falta de consecuencia y valentía cívica para patentizar públicamente mediante el rechazo del bautismo del niño la propia actitud indiferente o irreligiosa. No. La petición de bautismo que muchos padres hacen para sus hijo se puede entender también a partir del hecho de que la nueva vida que con el hijo ha sido confiada a los padres, los impulsa a una mutación de su propia concepción de la vida, a un nuevo paso en su propia evolución y despierta en ellos una serie de cuestiones acerca del sentido y fundamento de su vida. En todo lo que la Iglesia, mediante el símbolo del bautismo y las arcanas palabras a él ligadas que hablan de vida, ser humano, ser niño, les ofrece, intenta acompañar a los padres en su situación y en sus preguntas y referirlos o ponerlos en contacto con el fundamento incondicional de nuestra vida, con la fuente de la acep-

tación y del amor, de la que el nacimiento de un niño y su aceptación en el amor de sus padres son la parábola y la imagen.

El lenguaje de los signos en el Bautismo: estar con otros y ser para sí.

Hay una condición fundamental de la vida humana que se patentiza en la celebración del bautismo: No vivimos sólo para nosotros sino que estamos siempre entre otros seres humanos y junto con ellos. Los padres no quieren experimentar el nacimiento de su hijo simplemente para ellos solos. Algo los impulsa a salir de sí y a hacer participar a los demás de su vivencia, al círculo amplio de su parentela como son los padrinos, pero también a personas que por lo regular no tienen que ver directamente con ellos ni con el niño, como por ejemplo al párroco que lo bautiza y a la comunidad litúrgica. Aunque tras la celebración retiren a su bebé por un tiempo al círculo estrecho e íntimo de su matrimonio, ya tienen tras de sí un momento en el que ha quedado expresado y visualizado algo que forma parte integrante de ese nuevo ser humano: el que vive entre otros seres humanos y junto con ellos y que tal es su destino. El bautismo constituye por lo tanto para nosotros un símbolo de pertenencia: el niño bautizado no es algo «privado». Forma parte de una familia más grande, de un entorno, de un grupo, y es, como ellos, cristiano, católico.

El bautismo habla a la vez de un tipo de pertenencia diverso del que se refiere a grupos o comunidades humanas. «Te he llamado por tu nombre; eres mío, dice el Señor»: esto es lo que, durante la celebración, se dice del neófito. Al hijo del señor y la señora «x» lo llaman «hijo de Dios». Se expresa de esta forma su derecho a un nombre propio y a una propia vida. Ese niño ya no queda suficientemente descrito por el hecho de llevar los apellidos del padre y de la madre sino que es alguien por sí mismo. Y tiene la prerrogativa de que sus padres respeten esa exigencia y ese derecho, salvaguardado por el nombre más sublime que conoce nuestro lenguaje, el nombre de Dios. Queda salvaguardado contra «el egoísmo de traer al mundo un niño para poder amar algo que procede de mí mismo, para poder poseer algo que me pertenece, que depende de mí».

Al comienzo, el amor.

Al comienzo de una vida humana el bautismo coloca una señal. En un momento en el que nadie puede esperar nada de ella, en el que no puede realizar nada que pueda merecer algo, se le otorga el amor que queda simbolizado con un acto de cuidado maternal mediante el humedecimiento o lavado con agua. En la Biblia se habla igualmente, con frecuencia de manera metafórica, de un «baño de agua» o de un «lavado». Mucho antes de que un niño pueda «recompensar» a su madre por sus primeros cuidados, mucho antes de que pueda «regalarle» su sonrisa (pues hasta eso tendrá que aprender), ya le ha dedicado ella su amor. Nuestra vida comienza con el amor: estaba presente antes que nosotros. No necesitamos inventarlo y traerlo al mundo, no necesitamos haberlo merecido. Pero el bautismo con su símbolo pretende hablarnos de un amor que abarca y supera incluso el amor de los padres. Valdrá para ese niño aun cuando llegue el momento en que se percate de que el amor de sus padres no contiene en sí todo el amor, cuando descubra en otros y en sí mismo la exigencia y el poder de ese amor mayor.

«Dios lo quiere»: con esta bendición solían despedir a sus hijos los padres piadosos de tiempos pasados. Cuando les daban la despedida para que comenzaran su camino por la vida en el matrimonio o en la profesión, cuando iban de viaje o partían al servicio militar, no pensaban que se dirigían hacia un futuro oscuro e incierto sino que estaban seguros de permanecer unidos a ellos bajo la tutela de Dios.

Ahora bien, nosotros ya no podemos participar de la certeza de aquellos padres que se fundaba en la idea de un «Dios por encima de nosotros» que intervenía desde arriba paternal y providentemente en los acontecimientos, pero podemos compartir esa certeza en lo tocante a la experiencia de que nuestro amor paternal que se orienta a los hijos con el objeto de defenderlos y ayudarlos a crecer, no es todo el amor que rodea su vida; que la misma llamada del amor que nos hace dedicarnos a nuestros hijos, sigue actuando cuando ya no estamos junto a ellos y que volverá a hacerse presente en otros seres humanos con los que se encontrarán nuestros hijos en la calle, en sus juegos, en la escuela y en el aprendizaje, entre sus amigos, moviéndolos al respeto y a la atención.

Y que esa llamada del amor llegará también a oídos de los niños y los conducirá a la confianza y a la consideración y a permanecer al servicio del amor aun en los casos en que todo parezca contradecirlo. «Estoy seguro de que nada me podrá separar del amor de Dios» nos dice Pablo acerca de esa certeza a la que el bautismo intenta prestar un signo visible. Y por eso tiene sentido el que los padres no se priven a sí mismos y a su hijo de ese signo por muy cercanos o alejados que estén de la Iglesia que se lo ofrece.

La supuesta «disposición religiosa» del niño.

«El niño queda supeditado a los contenidos religiosos que le son presentados... Por mucha fantasía que tenga, ningún niño puede por sí solo descubrir su religión. Pero además el niño depende de la atmósfera religiosa en la que crece» escribe un teólogo (Wolfgang Trillhaas) a propósito del problema «El niño y la religión». Los padres no pueden esquivar la tarea de la educación religiosa. Carece de fundamento la tan citada «disposición religiosa» del niño, que se desarrollaría en cierta manera por sí misma y desde dentro, independientemente de que el niño encuentre o no estímulos y solicitudes en su derredor. En el mismo sentido tampoco existe una disposición «natural» para hablar, jugar o trabajar. El niño no crece por sí solo hasta hacerse hombre, sino que lo hace entre personas que se ocupan con cariño de él, que aplauden gozosas su desarrollo y lo estimulan con incentivos. No aprende a hablar porque ya haya cumplido más de un año de vida y le haya llegado el tiempo de hacerlo, sino porque vive entre seres humanos que han hablado con él mucho antes, que esperan que hable, que aplauden gozosos sus primeros éxitos y los apoyan. Entonces es cuando percibe que merece la pena hablar porque le escuchan a uno.

La leyenda atribuye al emperador Barbarroja un experimento cuyo trágico resultado podemos hoy comprender gracias a los actuales conocimientos sobre la evolución infantil: parece que entregó al cuidado de una serie de amas de cría unos niños recién nacidos con el encargo de que los trataran con total dedicación pero sin hablar ante ellos palabra alguna. De esa manera aquellos niños llegarían en algún momento a hablar sin haber sufrido el influjo de ninguna persona; la lengua que llegase a producirse entre ellos sería

la «lengua originaria» de la humanidad, que, según la opinión del emperador, era el hebreo. Pero resultó que el experimento discurrió de manera muy diversa a la esperada: los niños no se desarrollaron bien, se sentían molestos y enfermaban. Muchos de ellos murieron y los demás se hallaban en un estado tan lamentable que hubo de interrumpirse el experimento. Lo único que no sucedió fue el que los niños aprendieran a hablar durante el tiempo en el que no se les dirigió la palabra.

Lo que se cuenta aquí a propósito de los niños de la leyenda lo podemos nosotros observar en nuestros días en muchos niños que transcurren sus primeros años en orfanatos. Esos niños reaccionan con la misma fijación o perturbación en su desarrollo (denominado por los psiquiatras infantiles «hospitalismo») contra el shock anímico que les provoca el no tener en esas grandes instituciones una persona que esté a su cuidado constantemente y que les resulte de total confianza como es la propia madre.

Nada surge por sí solo.

Relatos y leyendas como las de «niños lobo», niños que crecieron en estado salvaje aislados de un entorno humano, dan expresión al saber instintivo de que los niños no crecen hasta hacerse hombres por sí mismos, sino que precisan para ello de otros seres humanos, de su cercanía y afecto, de su estímulo y ejemplo, de su apoyo y reconocimiento. Cierto que los niños poseen una serie de aptitudes y sobre todo la más importante, la de aprender, pero todas esas disposiciones se atrofian en lugar de desarrollarse si no se encuentran con la incitación y las demandas de las personas que los rodean.

Así como es tarea de los padres en otros terrenos el introducir y ejercitar a su hijo en el mundo y en la vida, también constituye ello su tarea en el terreno de la fe. Es una tarea de la que no pueden huir como no pueden hacerlo del iniciar al niño en un modo de comer humano (cultura del comer), en el correr y moverse, en el hablar, jugar y trabajar y en tantas otras cosas. Aun cuando un niño no encuentre dentro del marco familiar expresiones vitales a las que nosotros denominamos en nuestro entorno como específicamente «cristianas», antes o después tropezará fuera con experiencias

y con estímulos que tienen que ver con temas religiosos. Así por ejemplo, año tras año hará la vivencia de la fiesta de navidad de forma cada vez más consciente y en ella oír hablar del niño Jesús, de ángeles y de cielo. Captarán la palabra «Dios» aunque no sea más que en expresiones idiomáticas como «Dios mío» o «por Dios». En sus excursiones pasará al lado de alguna iglesia. Verá en otra familia o en el jardín de infancia cómo se juntan las manos y se dice una oración. Intercambiará con otros niños ideas sobre esos temas y sobre las teorías fantásticas que los niños desarrollan a este respecto. Su curiosidad se despertará y lo llevará adelante. Vendrá a casa con preguntas o querrá contar él mismo sus historias. Con ello presentará su exigencia de información a los padres, esas personas a quien uno se puede dirigir y con las que se puede hablar y aclarar todo lo que se experimenta y conoce en el mundo. Lo religioso está «en el aire», forma parte del origen de nuestro mundo actual que cuenta sus años «después de Cristo», constituye el transfondo de nuestra vida espiritual y cultural independientemente de la posición que se asuma frente a ello.

Los niños preguntan por la actitud de sus padres.

Pero no se trata sólo de la opinión de que nuestros hijos por el hecho de crecer en una Europa «occidental cristiana» han de tropezar inevitablemente en el curso de su vida con conceptos, contenidos, usos e instituciones que clasificamos en el terreno religioso, ni de que nosotros los padres les hayamos de ayudar a comprender todo eso y a relacionarse con ese mundo. Si la religión gira en torno a la pregunta acerca de la profundidad de nuestra vida, del fundamento de nuestra confianza, de nuestra esperanza y amor, acerca de lo que «nos alude incondicionalmente» y de lo que nosotros mismos «tomamos en serio sin salvedades», el niño ya se las ingeniará para descubrir por sí mismo esa actitud en sus padres, pues éstos no podrán ocultarla independientemente de la posición que sostengan ante las formas concretas de expresión de la fe cristiana o ante las formas doctrinales y morales que descubren en su iglesia. El niño descubrirá en la manera en que sus padres viven y tratan con él, qué es lo más importante para ellos en la vida, qué es lo que valoran y aman en las personas, qué es lo que atrae su confianza y su amor y qué

apariciencia presenta. Y poco a poco irá configurando su propia imagen de aquello que para sus padres supone un valor absoluto.

Por eso la «educación religiosa» no es en primer lugar una enseñanza, una educación por medio de palabras, aunque naturalmente también es algo de eso. Debemos en consecuencia preguntarnos si no se ha puesto hasta ahora en la educación religiosa demasiado énfasis en las palabras con las que se puede inculcar y también se puede imbuir a base de un aprendizaje memorístico, ya sean oraciones, relatos de la Biblia o cantos. Todo esto sigue siendo importante, y este libro lo tratará por extenso, pero todavía más importante es el poner a los niños en contacto con lo que nosotros somos en lugar de ponerlos únicamente en contacto con lo que decimos. «El lenguaje humano no se limita exclusivamente a la palabra hablada... Nos entendemos ya entre nosotros a un nivel mucho más profundo antes de que hayamos podido concebir un pensamiento o abrir la boca. Nuestras acciones y actitudes, nuestras decisiones y reacciones, todo lo que hacemos más que decimos, absolutamente todo lo que somos, emite una palabra viva de persona a persona en el lenguaje de la carne y de la sangre», decía Ruth Robinson refiriéndose al trato con sus propios hijos. Y de ello deduce la consecuencia de que los padres, ante su hijo pequeño y mucho antes de que tenga sentido una enseñanza o explicación verbal, tienen la posibilidad de ayudar a su hijo a crecer en la fe. «Sólo en nuestro amor se le hará presente el amor de Cristo y, del mismo modo, difícilmente conseguiremos más tarde explicarle el sentido de la penitencia o de la reconciliación si antes no sabe ya qué es lo que uno experimenta cuando perdona o es perdonado y cuando uno es aceptado en su faceta peor. Ese es el lenguaje de la palabra viva con la que decimos a nuestros hijos lo que para nosotros es verdadero y esperamos que lo sea igualmente para ellos.»

Sin complejos perfeccionistas.

De todo ello se deduce igualmente la libertad de preocuparse mucho menos por una educación religiosa expresa de los niños. Podemos sentirnos aliviados del imperativo de tener que hacer a este respecto todo lo posible o al menos mucho, e igualmente sentirnos liberados del sentimiento cul-

pable de haber hecho poco o haber omitido algo importante. Lo importante es que el niño haga, en primer lugar para sí pero también respecto de nosotros y a nuestro lado, las experiencias de esas realidades de la vida que son la esperanza, la confianza y el amor, de las que estamos persuadidos que refieren a una última profundidad, a un fundamento absoluto que supera, abarca y contiene todo lo que vivenciamos y realizamos de esa esperanza, confianza y amor. «No es muy importante que antes de ir a la escuela un niño sepa mucho acerca del tema religioso. Lo importante es que su ánimo esté abierto a una realidad que supera su experiencia cotidiana y que, con los años, se le irá poco a poco patentizando» (N. Snijders - Oomm). Eso es mucho más importante que el hacer que los niños conozcan muchos conceptos, ideas, relatos y usos «cristianos» con los que hablamos acerca de tales experiencias, con los que tomamos conciencia de la realidad de esa última confianza y de ese amor digno de confianza que se da en nuestra vida y con los que reflexionamos sobre ellos e intentamos transmitir a otros nuestra fe.

Los padres entre la fe y la increencia.

Seguramente que los padres adoptan actitudes muy diversas frente a esta expresión visible y «audible» de la fe, frente a los contenidos y conceptos doctrinales transmitidos en la Iglesia y frente a sus festividades y costumbres. Hay padres que se sienten estrechamente comprometidos con la Iglesia, ya porque se encuentren a gusto en ella, ya porque mantengan una actitud crítica a su respecto. Otros padres viven distanciados de lo que se suele llamar «vida eclesial»; se les ha convertido en algo indiferente; y sin embargo se consideran cristianos en su interpretación de la vida. Con frecuencia oímos: «Nosotros no somos practicantes pero somos cristianos», lo que a su vez conlleva un matiz de crítica en contra de la iglesia oficial. Y finalmente nos encontraremos con padres que se denominarían a sí mismos decididamente irreligiosos y ateos, ya sea que hayan corroborado esa actitud con la salida de la Iglesia o no. Entre todos ellos se dan muy variados matices y gradaciones. Por lo demás también los padres son distintos entre sí; a veces la madre piensa de modo diverso que el padre. Y por otra parte las actitudes y puntos de vista humanos pueden cambiar y evolucionar.

Por ejemplo, se puede dar el caso de que unos padres que hasta ahora se han sentido religados a su fe cristiana y han participado con interés en la vida de una comunidad eclesial, descubran sorprendidos que les resulta muy difícil el transmitir a sus hijos la fe en las ideas y con las formas a las que ellos estaban acostumbrados: con oraciones infantiles, narración de relatos bíblicos y devociones familiares periódicas. Y a la inversa, puede que unos padres a los que se consideraría religiosamente indiferentes o reacios, se sientan tan aludidos con las vivencias, curiosidad y preguntas de su hijo, que de algún modo deseen profundizar en ellas. Sin estar preparados para ello, echan mano simplemente a lo que les ofrecieron a ellos mismos cuando eran niños y pronuncian tal vez los versos de su niñez cuando rezaban antes de acostarse entre titubeantes y perplejos, ya que se trata de unos versos demasiado infantiles o quizás infantiloides, como sacados de un libro de cuentos, que no guardan ninguna relación con la vida verdadera y con el pensamiento real de los adultos. Estos padres corren el peligro de repetir con sus hijos lo que ellos mismos abandonaron en algún momento, porque no podía crecer al mismo ritmo que ellos.

Un falso dogma.

«Sólo se puede educar en la religión si uno se identifica totalmente con ella», dice un dogma no escrito. Y ese dogma ejerce una dura presión sobre los padres. Puede llegar a destruir unos comienzos titubeantes e impedir en ellos los primeros pasos de una nueva evolución. Pero no es verdad lo que afirma ese dogma.

Los padres se ven emplazados a la tarea de introducir y ejercitar a su hijo en el mundo y en la vida de una forma que queda referida a sus preguntas y a su comprensión. Y en ese proceso es patente que el niño llega a conocer y pretende relacionarse con muchas cosas que los padres no aceptan y acogen personalmente para sí. «No podemos pretender formar a los hijos a nuestra manera: hemos de aceptarlos y amarlos tal como nos los dio Dios», le dice la madre del «Hermann y Dorothea», de Goethe, a su marido, descontento con su hijo y constantemente criticando de él.

Precisamente en el terreno de la experiencia religiosa y de su reflexión, los padres experimentarán con frecuencia que

su hijo, al hacer los primeros pasos por la vida, intentará y seguirá otros caminos diversos de los suyos. Pretenderá intercambiar ideas con sus padres a este respecto y se dirigirá a ellos con preguntas. Y se sentirá desorientado y sumergido en grandes dudas si cae en la cuenta de que sus padres piensan y creen algo diverso de lo que él ha escuchado o ha pensado por su cuenta: «Pues la señorita del jardín de infancia dice...» o «pues el abuelo dice...», es la forma frecuente de «protesta» que busca que los padres den su asentimiento, pues el mundo sólo volverá a estar en orden cuando todos sean de la misma opinión.

Sinceridad frente al niño.

Una falsa consecuencia sería o bien ocultar forzosamente las propias ideas y convicciones ante el niño («no queremos influenciarlo, sino dejarlo libre») o el alejarlo todo lo posible de determinadas experiencias y personas, con el objeto de salvaguardar de toda duda su fe sencilla, como si todos los demás fueran y pensarán como él mismo y sus padres. Es verdad que en un primer momento supone para el niño una dolorosa decepción el constatar que no es auténtica esa imagen ideal, pero esa decepción elimina paulatinamente el engaño y confiere una mejor orientación en la vida: Las cosas son así, somos distintos y, en esa diversidad, hemos de esforzarnos por respetarnos y comprendernos mutuamente.

Cuando los padres son de distintas confesionalidades.

Teniendo esto en cuenta, el hecho de que los padres pertenezcan a confesiones distintas no supone automáticamente un problema tal que, por sí solo, pudiese hacer emerger serias dificultades para la convivencia de los cónyuges y en lo referente a los hijos de ambos. Lo normal es, más bien, el que los padres sean personalidades distintas y que, por consiguiente, tengan planteos vitales y de fe diversos. Si ellos no trivializan artificialmente o niegan esa diversidad confesional, ella hará patente desde un primer momento algo que otras parejas tienen que aprender con mucho esfuerzo: el hecho de la diversidad. El problema no lo constituye el dato de serlo, sino

cómo se experimenta esa diversidad y de qué manera se actúa respecto a ella.

Cuando un niño se percata de la diferencia existente entre las actitudes vitales de sus padres y lo que se va configurando en él como convicción fundamental de gran importancia, le resultará más fácil el distinguirse y distanciarse de los padres en cuanto personalidad independiente, sin grandes sentimientos de culpabilidad ni luchas internas. No se sentirá atenazado por la impresión de que las cosas son buenas únicamente cuando él coincide con sus padres y sus padres con él. De ese modo, el terreno de la fe, hacia el que crece el niño, paso a paso, aprendiendo de los padres y a la vez en debate con ellos, podrá llegar a constituir el núcleo de una vida propia a la que se hace frente con la certeza de que el amor de los padres no abarca todo el amor, sino que él mismo es abarcado y plenificado por una fuerza que nos afirma y acepta cuando estamos solos con nosotros mismos. Precisamente, «la vivencia del amor de Dios como una fuerza que abarca y complementa el amor de los padres es la más adecuada para que el niño ascienda el próximo peldaño, el de la independencia de los padres» (Helmut Frik).

La meta de la educación religiosa.

Constituye una profunda convicción de la fe el que nuestra persona es afirmada y aceptada y que esa afirmación supera toda experiencia humana, que no se agota en el amor que nos encontramos en la vida y que no cesa ni aun cuando el amor nos es denegado, ni siquiera cuando ni nosotros mismos podemos amar y aceptar. Esa certeza, cuyo fundamento recapitulan los cristianos en la palabra «Dios» y ven incorporada en la vida de Jesús, es lo que hay que transmitir al niño; tal es el sentido propio de la educación religiosa, sentido previo a cualquier palabra, doctrina o costumbre, sentido que se cifra en que el niño ancle su confianza en la vida allí donde se mantiene firme en lugar de correr tras falsas seguridades, en que se mantenga en la esperanza que no decepciona a través de los avatares de nuestras expectativas vitales, en que descubra la vía hacia el amor que asume la vida del otro bajo su tutela responsable en lugar de vivir a su costa.

«Ahora permanecen la fe, la esperanza, el amor; los tres. Pero el amor es el mayor de ellos.»

Esta frase de la Biblia, que muchas parejas han elegido como motivo de su boda, cita las experiencias fundamentales que puede hacer un niño en sus primeros años dentro de la relación estrecha de la familia. Determinan a la vez la fe de un niño mucho antes que las palabras puedan tener para él un sentido. A la vez constituye un marco para su fe en el mundo, al emerger de las relaciones humanas que le son más conocidas (R. C. Miller). Pronto llegará el tiempo en el que el niño preguntará y necesitará de palabras para comunicar su confianza y sus miedos, su amor y sus decepciones, su esperanza y sus penas. Entonces hará sentido el que le ofrezcamos palabras y relatos, oraciones y cantos que encontraremos en la tradición cristiana, con tal que, en el diálogo con él, nos ayuden a expresar aquello que asumimos y creemos con toda seriedad y sin salvedades, y con tal que nos ayuden a comprender cuanto de confianza, esperanza y amor vaya creciendo en el niño.

2. Hablando de Dios con los niños

Hablar responsable y sinceramente.

Hemos visto que el familiarizar a los niños con la fe implica bastante más que un adoctrinamiento acerca de temas religiosos en un sentido estricto, más que la transmisión de palabras y conceptos, de narraciones y costumbres. La actitud vital de los padres, su manera de estar personalmente enraizados en la confianza, el amor y la esperanza, es lo que transmiten a sus hijos mediante sus palabras, o mejor todavía sin palabras, a través de lo que ellos mismos son o viven.

Y, sin embargo, todo eso se expresa también por medio de palabras, dado que los niños preguntan y están deseosos de aprender un lenguaje que sirva para denominar lo que ven y experimentan. Uno de los vocablos principales que supone para nosotros la referencia al fundamento más profundo de esa confianza y esperanza, de la fidelidad y del amor en la vida, es precisamente la palabra «Dios». Y es importante que no se convierta para los niños en mera palabra, un vocablo comodín o un concepto hueco, sino que, mediante esa palabra, se vayan introduciendo en la realidad de lo que mantiene a los seres humanos en la fe y en el amor, en la esperanza y en el coraje.

Pero, por supuesto, aunque «Dios» es una de las palabras cristianas más importantes, no ha de convertirse por

ello en patente de curso de un hablar excesivo e irresponsable de Dios con los niños. Cuando los padres hablan con los niños de Dios deberían recapacitar seriamente acerca de lo que pretenden significar con ello, si significan verdaderamente algo o si para ellos constituye una palabra vacía al servicio de otras finalidades, por ejemplo, la de frenar por la vía rápida las preguntas infantiles o la de inculcar a los niños el respeto y aun el miedo frente a las reglas de educación. Deberían igualmente observar con cuidado cómo reciben los niños esa palabra y cómo la emplean. Debería darse un hablar acerca de Dios que fuese reflexivo, responsable y sincero. Eso es lo importante.

Dios no es la respuesta para todo.

«Querido Dios: me llamo Roberto. Me gustaría tener un hermanito», escribe un alumno muy pequeño. «Mi madre dice que se lo pregunte a papá. Papá dice que te lo pregunte a Ti. ¿Crees que lo conseguirás? ¡Mucha suerte!, Roberto.»

Uno se siente tentado de decir: ¡Pobre Roberto! ¡De qué forma tan indigna han explotado tu confianza infantil y tu «fe de niño»! Han enviado a Roberto, con su deseo de un hermanito, de Poncio a Pilatos, de mamá a papá y de papá al buen Dios. Nuestro pequeño escribiente queda así doblemente defraudado. En primer lugar, respecto de sus padres. Podrían haber respondido perfectamente a su pregunta, pues no se trata de un caso en el que la madre no pudiera dar una información. El que Roberto se dirija en primer lugar a ella es muy comprensible; al fin y al cabo son las madres las que tienen los niños. Eso lo sabe el niño en cualquier momento por más que se le haya silenciado totalmente la cuestión.

Los padres podían haberle dado ya la respuesta, pero no quieren. O mejor, no pueden querer. Y eso ya es otro asunto. La referencia al buen Dios es, en este caso, uno de los muchos métodos de liberarse de un molesto preguntón, como «Eso no te importa. Eso no lo entiendes. Espera a ser mayor» y tantos otros. El responder «tienes que preguntárselo al buen Dios» equivale sencillamente a decir «no me da la gana de responderte a eso». Pero, para evitar esa respuesta, se echa mano al recurso religioso, a una mentira de urgencia. Y ahora Roberto quedará esperando la respuesta en vano, a menos

2. HABLANDO DE DIOS CON LOS NIÑOS



que en el entretanto la cosa se resuelva, si los padres tienen un niño y además se trata de un hermanito. El niño, por su parte, ya ha mezclado una gota de escepticismo en su demanda: «¿Crees que lo conseguirás? ¡Mucha suerte!», porque la cosa no es ciertamente segura. Pero si la respuesta en forma de un hermano no llega, entonces resulta que tampoco Dios lo puede hacer; y entonces ¿quién? Quizás los padres de Roberto han pensado que con el tiempo todo se aclarará y que, al menos por el momento, se han liberado del molesto preguntón que probablemente lo olvidará.

De lo que se trata en este caso no es de una pregunta y una respuesta, de un no saber y un saber, sino de la veracidad y la sinceridad frente al niño. La confianza que pone Roberto en que sus padres serán sinceros con él ha quedado defraudada. Y ha quedado defraudada precisamente mediante la referencia al que es el fundamento de toda confianza y de toda fe, a Dios. Eso acarreará unas consecuencias dolorosas, pues el niño carece de la posibilidad de ser tan razonable y crítico como para saber que no es oro todo lo que reluce y como para percibir rectamente el significado convencional de las mentiras de emergencia.

Pero, además, se le ha ocultado a Roberto el que su pregunta se refería a un proceso que es incumbencia del saber y de la responsabilidad humanas. Está en la época de hacer sus experiencias sobre lo que se puede y lo que no se puede, lo realizable y lo irrealizable y cómo se ha de realizar. Precisamente para eso va a la escuela. Pero es que además se lo ha preguntado a sus padres, que son los que le han de suministrar una idea adecuada de la vida y sus circunstancias. «Pregúntaselo al buen Dios»; con esa respuesta se le devuelve a la visión de la vida de la primera infancia, según la cual basta con desear fuertemente una cosa para que suceda, basta con pensar intensamente en algo para que exista. Basta, pues, con pedirle tercamente al buen Dios que haga algo para conseguirlo.

Pero, de ese modo, se le engaña respecto a la realidad. El que no tenga un hermanito y el que tampoco llegue uno nuevo no depende de que no lo haya deseado con suficiente fuerza, ni tampoco de que el buen Dios no lo pueda conseguir o de que no haya tenido suficiente «suerte» en su cometido. De lo que depende es de que los padres, por un motivo o por otro, no desean que crezca la familia. Y sobre esos motivos es posible hablar. En ese caso, Roberto hubiera aprendido que

los padres tienen que pensar en su responsabilidad respecto de los hijos y de sí mismos, hubiera aprendido qué significan el amor y el respeto y lo razonable para los padres.

La pregunta acerca de la muerte.

«¿Por qué murió Norberto?», pregunta Miguel. El que había sido durante años su compañero de juegos en la vecindad ha fallecido a causa de las graves heridas sufridas en un accidente de tráfico. Durante una serie de días sus padres han ocultado la triste noticia, porque saben que al niño le afecta mucho la desgracia de su amigo. Ha vuelto a preguntar una y otra vez: «¿Cuándo volverá a estar sano Norberto? ¿Cuándo va a salir del hospital?» Y todas las noches ha terminado su oración con las palabras: «Buen Dios, haz que Norberto se ponga bueno.» Pero su amigo ha muerto y los padres de Miguel han asistido a escondidas al entierro. Se han dicho: «No queremos intranquilizar a Miguel. Le afecta mucho. Quizás lo olvide con el tiempo.»

Pero Miguel no ha olvidado. Esa misma noche no junta las manos, como es su costumbre, para decir sus oraciones, sino que le pregunta a su madre: «¿Por qué murió Norberto?» «Pues mira, Norberto estaba muy enfermo y tenía muchos dolores y entonces el buen Dios se lo ha llevado consigo para que no sufriera tanto.» «Pero», responde Miguel, que no se ha dejado impresionar, «Dios lo podía haber curado, ya que yo se lo pedí tanto. Y además podía haber estado atento para que no le hubiera sucedido nada en la calle.» «Pues Dios seguramente no lo ha querido así. Lo que pasa es que no nos cumple todo lo que le pedimos.» «Entonces, ¿es que no quería a Norberto?» Y así, poco a poco, el diálogo nocturno entre la madre y el niño desemboca en una gran perplejidad. Miguel se mantiene firme en que si Dios hubiera querido a Norberto no debería haberlo dejado morir. Y a eso la madre sólo puede repetir una y otra vez que Dios se ha llevado consigo al pobre Norberto precisamente porque lo quería mucho. «Norberto hubiera preferido jugar con nosotros a estar muerto», comentó tozudamente Miguel.

¿Por qué se desarrolló este diálogo de manera tan lamentable? Seguramente que la madre, con su referencia a Dios, pretendía consolar a Miguel y satisfacer su pregunta, pero el resultado fue todo lo contrario. ¿Por qué? Porque la madre

introdujo la palabra clave «Dios» en el lugar menos apropiado. Una vez más, Dios tenía que intervenir en un asunto asequible al saber y responsabilidad humanas. Norberto no sufrió un accidente en la calle porque Dios lo quisiera así o porque no haya estado atento o haya apartado por un momento la vista, sino porque un conductor de un coche no fue lo suficientemente prudente y atento cuando Norberto cruzaba por el paso de cebra. Eso es todo. Y el pequeño Norberto murió porque, a causa de las graves heridas, quedó tan debilitado que su corazón no resistió, y no porque el buen Dios por razones misteriosas se hubiera propuesto no realizar el deseo expresado en la oración de Miguel.

«Porque Dios lo hizo así.»

«Papá, ¿por qué necesita gasolina tu coche?» A ninguno de nosotros se le ocurriría responder: «Porque Dios lo hizo así.» Tal vez nos resultaría difícil el explicarle a un niño de tres años algo parecido. Tendríamos que esforzarnos por formularlo en conceptos que él pudiera comprender. Buscaríamos imágenes y comparaciones sacadas de su propio mundo de experiencias. Pero no intentaríamos acudir a la explicación del «buen Dios». Y sin embargo ¡a cuántas preguntas recibe un niño la respuesta «Dios», una respuesta que no explica nada, que encubre la cuestión, que la elude, que confunde al que pregunta porque se hace entrar a Dios en juego demasiado pronto, demasiado irreflexivamente, demasiado cómodamente! Los adultos sabemos y pensamos que la respuesta es de otra manera pero para el niño será suficiente la respuesta «Dios». Al fin y al cabo no lo va a entender mejor y de todas formas con ese procedimiento es fácil despachar rápidamente una pregunta infantil...

«Andrea tiene tres años y por primera vez le han concedido acompañar a sus padres en un largo viaje en coche. Va sentada en la parte de atrás rodeada de sus muñecas a las que enseña y explica todo lo que se le va ocurriendo. Sobre todo le gusta la «calle» (viajamos por la autopista), una calle tan ancha y tan lisa por la que se puede correr tanto. «Papá, ¿la calle la ha hecho el buen Dios?» —«No hija, la «calle» la han hecho también los hombres.» Y se le explica que el buen Dios ha hecho las montañas y los valles, los arroyos y los bosques y también las piedras con las que luego los hombres

han construido la calle. Andrea, tras algunas objeciones, ha quedado convencida y se ha dedicado a otros pensamientos.

Poco antes de llegar a Hannover pasamos junto a una gran fábrica de ladrillos y a Andrea le llama la atención la gran chimenea; quiere saber qué es aquello. «Es una fábrica de ladrillos, ahí hacen piedras.» A vuelta de correo llega la respuesta: «Mamá, ¿entonces es ahí donde vive el buen Dios?»

Esto es el resultado de lo anterior. En vez de quedar en la primera pregunta de la niña explicándole cómo se construye una calle, los padres se sintieron obligados a hacer de todo el asunto una especie de liturgia infantil y a pronunciar una conferencia sobre la teología de la creación. Y ésta dio como resultado la sencilla ecuación: Todo lo que no hacen los hombres lo hace el buen Dios. ¡Si fuera tan sencillo! Y ahora los padres de Andrea se ven encarados con el problema de aclarar la diferencia entre las piedras que los hombres producen en una tejera y las piedras que fabrica el buen Dios (para ser más exactos, de aquellas piedras que aparecen en la naturaleza en virtud de procesos geológicos y físicos).

Cuando se responde a las preguntas infantiles con la respuesta «Dios», un buen test de control consistiría en preguntarse: ¿Se hablaría en este caso de Dios entre adultos? Y si no se habla, tampoco se debería hacerlo ante los niños.

«Porque Dios lo hizo así» no debe ni puede ser nunca la explicación de algo sometido a la razón y a la responsabilidad humanas. Cuando Martín Lutero expone su confesión de fe acerca del Dios creador diciendo: «Creo que Dios me ha creado junto con todas sus creaturas» eso no constituye una explicación de los procesos biológicos de la concepción y del nacimiento. Con ello no se opone a la proposición que dice: yo soy hijo de mis padres conforme a la naturaleza; sino que quiere decir más bien: yo no me he hecho a mí mismo ni he hecho a mi mundo, sino que tanto a mí como a mi mundo me los he encontrado hechos. El que yo exista, el que yo posea mi mundo y mi vida lo puedo interpretar ya como un signo de un amor de donación. «Lo ha hecho el buen Dios» quiere decir que la vida es digna de confianza, de esperanza, de amor, a pesar de la experiencia de decepciones, sufrimiento,

pérdidas y despedidas y de la carencia de amor. En el mundo se dan el amor, la alegría, la felicidad, la amistad, la humanidad; eso es algo permanente; uno se puede orientar por ello aunque muchas cosas lo contradigan; uno se puede sentir seguro en el mundo.

Experiencia antes que conceptos.

Sin embargo, antes que Regina pueda recapitular sus experiencias de amor y confianza en la palabra «Dios», tiene que haber captado su realidad en la relación con sus padres y en ellos mismos. Y eso no se logrará por medio de predicaciones acerca de «Dios», una palabra que para ella todavía no está llena de realidad y de experiencia. Jesús cuando bendijo a los niños no dirigió una predicación a los pequeños. Lo que dijo iba dirigido a los mayores, a los discípulos. No les «enseñó» a los niños lo que pasa cuando surge el amor sino que los amó. Acogió a los niños defendiéndolos contra el desprecio y el rechazo por parte de los mayores, hizo que se acercaran a él, los acarició y les impuso las manos sobre la cabeza. Ese es el lenguaje de la experiencia, que ha de estar presente antes de que lleguen las palabras y los conceptos en los que se puede expresar, reflexionar, aclarar y pronunciar ante otros la experiencia del amor, la amistad y la aceptación.

La justificación de su confianza incommovible, escribe Ruth Robinson a este propósito, «la extrae el niño de sus relaciones humanas más estrechas y seguirá confiando hasta que se sienta decepcionado por amargas experiencias de manera que la providencia amorosa deje de ser para él una realidad. Como padres cristianos que somos creemos que el niño no carece de motivos para tener una confianza semejante. Por propia experiencia llegará el niño a conocer qué es el amor y hasta qué punto se puede confiar, y no sólo por la experiencia que haga con nosotros por mucha confianza que nos tenga y nosotros tengamos con él; la conseguirá al sensibilizarse para ese amor más grande en el que se apoyan tanto los padres como el niño. Ese conocimiento sólo le será comunicado al niño desde dentro, y no a través de lo que nosotros le enseñemos sino a través de lo que nosotros somos. Cuando llegue el tiempo en que intente explicárselo, es cuando podremos recurrir a conceptos religiosos en la medida en que constituyan verdaderamente una ayuda».

Y la señora Robinson deduce de esto la conclusión siguiente: «Tal vez el llevar un niño hacia Cristo no quiere decir más que hacer que su amor se haga presente en nuestro amor; y de momento eso basta.»

Mucho más importante que el hablarles mucho de Dios es el «mostrarles» a los niños a Dios, hacer que experimenten a través de nuestro comportamiento la realidad de la confianza, el amor y la esperanza que tienen en él su fundamento.

Fantasías infantiles acerca de Dios y experiencia de fe.

¿Es que ahora ya no se va a poder hablar de Dios con los niños? Seguro que todavía es mayor el peligro de que se hable demasiado de él. ¿Qué sentido tiene el que en los diálogos con niños salga el tema Dios con mucha más frecuencia que entre adultos y en ocasiones en las que a los adultos ni se les ocurriría mentarlo? No podemos impedir que los niños se hagan sus ideas de Dios, que se creen y adornen imágenes fantásticas acerca de él, que en un primer momento se concentren en la dirección de un ser grande, poderoso y «crealótodo». Pero no deberíamos apoyar esas fantasías ni darles pie para otras nuevas, sino irlos llevando a que poco a poco comprendan que la fantasía es una cosa y la realidad es otra. Ante ellos no deberíamos suscitar la impresión de que sabemos muchísimo acerca de Dios y de que tenemos respuestas para todas las preguntas. «Nadie ha visto nunca a Dios. El que me ve, ve al Padre», dice Jesús. Y esto quiere decir que el conocimiento de Dios se hace a través de Jesús y de nadie más.

«¿Dónde vive el buen Dios?», «¿cómo es el buen Dios?», «¿es Dios más grande que nuestra casa?»: estas y otras preguntas infantiles suelen dejarnos perplejos. Y mal que bien los padres intentan dar respuesta a esas preguntas; y si no se les ocurre algo nuevo y de la propia cosecha, echan mano a lo que sus propios padres les enseñaron. Hablan por ejemplo del cielo, y aquello es naturalmente lo más bonito, allí hay juguetes de los mejores en grandes cantidades y se puede uno

encontrar de nuevo con la abuela que murió. Y Dios es por supuesto mucho más grande de lo que el niño se imagina y puede hacer todo lo que se le pida y mucho más. Envía ángeles, guarda a los niños, hace que el hermano enfermo se ponga bueno, puede lograr que el domingo haga buen tiempo y otras muchas cosas. El niño se alegra con todo eso y entonces se suele decir: es que a los niños les gusta. Y esta respuesta suele también ir acompañada de un suspiro: es que si no continuará la catarata de preguntas si no doy con la respuesta acertada. Y sin embargo, cuando reflexionamos como adultos sobre el tema, resulta que Dios es con frecuencia para nosotros lo más desconocido, lo más lejano. Poetas y teólogos llegan a expresar esta experiencia hablando de la «ausencia» de Dios y hasta de la «muerte de Dios» y dicen que nuestra vida real da la impresión de «que no existiera Dios» (Dietrich Bonhoeffer) y de que debiéramos o pudiéramos arreglárnoslas sin él.

No debemos permitir que las preguntas y fantasías infantiles nos lleven a decir acerca de Dios más de lo que sabemos de Él por medio de Jesús.

Un modelo de diálogo: «¿Dónde vive el buen Dios?»

«¿Dónde vive el buen Dios?» —A esta pregunta sólo hay propiamente una respuesta verdadera: «No lo sé.» —«¿Y por qué no lo sabes? —«Porque no lo he visto». «Pues yo he visto una imagen suya; estaba sentado sobre un sillón en las nubes, tenía una barba larga y estaba rodeado de ángeles.» —«El que pintó ese cuadro tampoco ha visto a Dios: Se lo imaginó así. Pero seguro que Dios no es así.» —«Entonces, ¿por qué habláis de él si nadie lo ha visto?» —«Porque Jesús nos habló de él.»

Con este procedimiento nos hemos escapado de ese mundo de la fantasía en el que parece obligarnos a entrar el niño (verdaderamente está preguntando acerca de la realidad) y nos situamos sobre la tierra, junto al hombre, más aún, al lado de Jesús. Nos hemos aproximado a lo que la fe cristiana piensa de Dios: no lo busca en el mundo de la fantasía,

del mito, de lo irreal, sino sobre la tierra, entre los hombres, al lado de Jesús: «Nadie llega al Padre si no es a través de mí.»

Hay un largo camino desde estos comienzos hasta las reflexiones que se hace acerca de Dios una alumna de doce años en la que ya apunta el adiós a la «fe infantil» y el arranque de una actitud que une la fe con la emancipación, el sentido crítico y la honradez reflexiva. Esa alumna escribe:

Dios, ¿un símbolo?

«Con frecuencia se ha intentado interpretar lo que significa Dios. Hay las opiniones más diversas. ¿Es tal vez Dios un símbolo del bien? Voy a intentar presentar mi opinión al respecto con la ayuda de algunos argumentos.»

La niña expone después a su manera cuestiones que le han sido propuestas en la clase de religión: Fe y ciencia, Cristianismo y otras religiones, explicación de los milagros, aspectos históricos y mitológicos en la Biblia. Todos esos temas van haciendo su aparición. Luego continúa:

«Por medio de Cristo, Dios cobró un rostro bondadoso, no castigador. Cuando uno creía en su existencia recibía ayuda. Sucedían hechos maravillosos que hoy explicaríamos psicológicamente; por ejemplo, había personas que esperaban tanto su salvación, que creían tan firmemente en el milagro, que se curaban... Y así Dios ya no era el tipo del coco de los niños sino aquél que ayudaba y comunicaba fortaleza y esperanza de curación, esperanza de éxito. Se convirtió en símbolo de la esperanza. Cuando se dice: «¡Cree en Dios!», lo que se quiere decir es: «¡Espera gracias a la fe en Dios! Pues siempre quedará algo inexplicable: la esperanza.»

«¿Qué podríamos hacer sin Dios, sin esperanza? Podríamos estar enfermos, en peligro de muerte; y cuando uno renuncia a la vida y no espera mejorar ni aun los mejores médicos pueden hacer nada. Dios no quiere que le sirvamos dando nuestra vida por él; quiere que lo utilicemos; con eso le damos, por decirlo así, una gran alegría... El es un Dios bueno que quiere para nosotros lo mejor; no lo metamos en el armario; lo necesitamos constantemente; aun cuando el futuro lo prive de muchas cosas, nadie le arrebatará la esperanza.»

Lo que contemplamos en estas líneas es un importante estadio transitorio en el camino desde una fe infantil «ingenua» hacia una actitud creyente madura y más adulta. Hay muchas cosas que no han sido todavía pensadas hasta el fin, otras muchas no son más que un fragmento de lo que le preocupa a esta niña respecto del tema «Dios», que intenta convertirse en pensamientos y reflexión. Pero en todo caso se ha conseguido ya dar un paso muy importante: se ha abandonado el «creer a la letra», inmediato, de la comprensión infantil y ha surgido el sentido para una realidad que «sólo» se puede pensar y describir simbólicamente por la imagen, el sentido para una realidad en la que entran en juego el amor, la confianza y la esperanza. Y ese sentido va unido a un pensamiento crítico. Esta niña ha comenzado a operar con cuestiones y conceptos que, a otro nivel, sirven en teología para reflexionar acerca de la realidad del hombre ante Dios: esperanza, símbolo, milagro. Y podemos esperar con interés el punto hasta el que llegará esta niña con esa forma de pensar. Los padres que acompañen con su interés a sus hijos en ese camino hacia un pensamiento y una fe más maduros, independientes y críticos, percibirán que no son ellos los únicos dadores, sino que ellos mismos, gracias a lo que va creciendo en sus hijos, experimentarán nuevos impulsos en su propio cuestionar, pensar y vivenciar.

3. La narración de relatos bíblicos

Evitar el exceso de narraciones bíblicas.

El hablarles a los niños demasiado e irreflexivamente de Dios es arriesgado. Igualmente cuestionable es el hablarles en exceso y desconsideradamente acerca de Jesús y el ofrecerles a edad muy temprana (en el preescolar y primeros cursos de EGB) una cantidad sobreabundante de relatos bíblicos.

No hay cosa peor a este respecto que el configurar programas e intentar su plena realización. Es algo carente de sentido y aun peligroso el organizar a lo largo del año, por ejemplo en actos religiosos infantiles, un recorrido por toda la Biblia presentándoles a los niños, independientemente de edad y capacidad de comprensión, una narración nueva cada domingo. Frecuentemente se peca por exceso más que por defecto en este punto.

En realidad hay buenos motivos en contra de ese esfuerzo en pro de la cantidad y de la integridad: Un planteo fundamental de la ciencia bíblica actual es el que nos dice que el evangelio, el mensaje de la fe, queda abarcado y expuesto en concretos, ciertamente no por todos los relatos de la biblia, pero sí por los centrales, por las narraciones del Nuevo Testamento referidas a Jesús. Esto supuesto, el mensaje de Jesús y su conocimiento no se consiguen a base de muchas historias sino por el procedimiento de lograr que este o aquel relato nos lleven a afincarnos en la fe, en el amor, en la esperanza y a sumarnos a lo que Jesús defendió y vivió,

es decir, que nos lleven «a seguirle». Y para esto bastan unos pocos relatos que trasluzcan totalmente a Jesús. Esta es la razón por la que en el período preescolar y aun en el primer año de la escuela no se deberían utilizar las biblias para niños.

¿Qué es lo importante en Jesús?

El punto de partida para narrar relatos bíblicos y sobre todo historias acerca de Jesús debería ser el que esas historias traten de seres humanos reales que actúen sobre la tierra y no en un mundo ideal, el cielo, como en una especie de país de las hadas religioso; el que traten de un hombre real, de un ser humano fraterno, es decir, que hablen de Jesús, que nació y murió, que habló (no «predicó») y calló, que gozó y sufrió, que tuvo amigos y enemigos, y que al hacer todo eso pretendía algo muy importante. El comprender y tomar en serio en su significado pleno a Jesús, «el hombre» (Jn. 19,5) no resulta fácil tras siglos en los que sólo se vio en él lo divino, extraño, milagroso y sobrenatural. Pero haremos bien en tomar muy en serio esa «humanidad» porque, al parecer, constituye el único acceso posible y honrado de nuestro tiempo hacia aquello que Jesús representa. Y al hacerlo así podremos siempre hacer referencia a la doctrina de la Iglesia que defendió constantemente la humanidad de Jesús junto a todo y a pesar de todo lo que descubría en él de especial, celeste y divino (1).

Lo específico de Jesús es lo que llevó a cabo a favor de sus compañeros de humanidad, de sus «hermanos», y lo que aun hoy acontece cuando alguien deja que sus palabras y acciones le muevan hacia nuevas ideas y realizaciones en bien de los demás. Pero en ese actuar y en ese comportamiento de Jesús queda patente su específica confianza en Dios, confianza que precisamente fundamenta y justifica ese comportamiento. ¿Quién se atrevería a atacar una institución eclesial y social tan central e intocable como era la santificación formal del sábadado si no poseyera una certeza absoluta, si no fuera consciente de tener a Dios consigo? ¿Quién se iba a atrever a romper el cerco de un desprecio generalizado, sentándose a la mesa con los expulsados de la comunidad, con los pecadores,

(1) N. del E.: Para el conocimiento de Jesús hombre, nos permitimos recomendar el libro de José Comblin, *Jesús de Nazaret*, Sal Terrae, Santander 1977.

las prostitutas y los publicanos? ¿Quién hubiera osado acercarse a los enfermos y leprosos, personas que conforme a una firme convicción piadosa habían sido castigadas por Dios, para de ese modo recuperarlos de nuevo para la vida? ¿Quién se hubiera atrevido a todo eso si no hubiera sido con aquella extraordinaria confianza en Dios que los discípulos experimentaron en Jesús y que luego se convirtió para ellos en el fundamento de su propia fe y de su propio amor?

Esa relación específica de confianza de Jesús para con Dios les fue presentada a los judíos en conceptos para ellos conocidos por el Antiguo Testamento: Jesús es el Mesías, el siervo de Dios sufriente, el nuevo Moisés que trae una ley superior, la del amor; y a las personas de origen griego, con los medios y conceptos de su anterior cosmovisión y religión, conceptos que ellos podían entender: Jesús es el Hijo de Dios, el gran hacedor de prodigios de origen divino, mayor que todos los demás hombres especialmente agraciados. En aquel entonces todas estas cosas eran comprendidas con inmediatez sin necesidad de las largas y dificultosas explicaciones históricas que hoy precisamos para nuestra comprensión.

Hoy en día tendremos que elegir otro tipo de conceptos para poder presentar a los niños la figura de Jesús y lo que hay en él de específico. Cuando no se tiene esto en cuenta, cuando se narran los relatos bíblicos sin selección y tal como están, o a lo más un poco simplificados o «infantilizados», se corre el peligro de provocar tremendas incomprensiones, o al menos se arriesga uno a que el conocimiento de Jesús se vea peligrosamente enredado en imágenes e ideas que no tienen que ver ni con el tema ni con la realidad de nuestra vida y que por lo tanto son completamente inútiles para el niño.

La narración de relatos acerca de Jesús no tiene por objeto el que los niños sepan mucho acerca de El, sino el que lleguen a descubrir lo que hay en El de específico.

¿Cómo entienden los niños las narraciones bíblicas?

En la liturgia de los niños de una comunidad aldeana se había relatado la historia de la resurrección de la hija de Jairo (Lc. 8,40-42; 49-56). Era el tema que tocaba aquel día

y dado que allí no se hacía una división de los niños por edades, la exposición se hizo de igual manera para todos los niños de los 5 a los 13 años (los del último año de preescolar frecuentaban ya en aquel lugar la celebración). Y sucedió que más tarde, en el jardín de infancia, se volvió a contar el mismo relato para los niños del grupo formado por los de 5 y 6 años. A continuación presentamos la descripción que la directora del grupo hizo acerca de las confusiones que este hecho provocó en uno de los niños:

«Unos días más tarde murió el abuelo de un niño de mi grupo. Cuando éste volvió del jardín de infancia a casa encontró a todos llorando alrededor de la cama. El intentó consolarlos: ¡no llores, el abuelo está dormido! Los adultos le respondieron: No, que está muerto y hay que enterrarlo. El niño protestó en voz alta: ¡Qué no! Hay que dejarlo aquí echado hasta que pase Jesús y lo resucite. Me lo dijeron en el jardín de infancia y en la iglesia. Los padres respondieron: eso son tonterías; al abuelo hay que enterrarlo. Pero el niño no los dejó en paz hasta que la madre vino a verme e hizo que le contase la narración.»

«Hablamos largo rato hasta que la madre se dio por satisfecha y dijo que ya sabía a qué se refería su hijo. El día del entierro el niño se quedó conmigo más tiempo hasta que de repente no pudo más: ¿Sabes una cosa? Mi mamá dice mentiras. Primero me dijo que todo eran tonterías; después dijo que me había entendido mal y ahora dice que el abuelo lo pasa bien en la tumba y que de vez en cuando también pasa Jesús por allí. ¿Piensas que me lo creo? Yo no se lo creo, si no, no estaría siempre llorando. ¡Yo no vuelvo a creer en nada! —Yo intenté explicarle por qué lloraba su madre y poco a poco dio la impresión de que todo volviese a calmarse.»

Algo funcionó mal en este caso: Una historia que fue contada para consolar a las personas y transmitirles esperanza y confianza ante la muerte, lleva a que un niño pequeño caiga en la confusión y en la desesperación, se sienta mentido y engañado y no quiera creer en nada más.

Los niños comprenden de modo diverso al de los adultos. Cuando se echa esto en olvido se está dando pie a serias incomprensiones y a dificultades para los niños.

Por eso hay que preguntarse si se pueden narrar esos relatos milagrosos a los niños. Esta pregunta es particularmente urgente pues se da justamente la opinión contrapuesta que dice que son esos precisamente los relatos más apropiados para niños dado que los entienden todavía sin crítica, de manera «ingenua» y directa. Naturalmente que los niños captan las narraciones en primer término como reportajes directos sobre hechos externos y acontecimientos reales pues ése es el terreno en el que hacen sus primeras experiencias. Así, el primer vocabulario que dominan consta de denominaciones de personas, cosas y actividades, objetos todos ellos perceptibles de forma sensible e inmediata. El que las palabras pueden poseer además un significado «traslaticio», espiritual y simbólico, es algo que supera el horizonte infantil.

Ahora bien, en el caso de la narración de la resurrección de la hija de Jairo no estamos ante la descripción de un acontecimiento externo semejante. Si se la pretendiera entender así, el modo de expresión de lo que propiamente se pretende es presentar a Jesús como alguien en quien los hombres han experimentado la aparición de la «vida nueva, verdadera y eterna», de la vida a secas. Pero lo que describe el relato si lo tomamos al pie de la letra como un reportaje sobre un acontecimiento concreto, es la vuelta a su vida anterior de una niña que había muerto: esa niña tendrá que morir de nuevo, aunque no a la edad de 12 años. Pero ese «hecho maravilloso» no nos diría absolutamente nada.

Ningún adulto deduce de esa narración la consecuencia simplista de que los entierros estén de más porque lo que refieren los evangelios a propósito de resurrecciones de muertos pueda ocurrir en cualquier momento. El adulto tiene más bien la posibilidad de comprender que esa historia pretende lograr algo muy distinto entre nosotros: el que aceptemos sin miedo que el destino de nuestros difuntos está en manos de Dios y el que no nos dejemos sumir en un desasosiego y desesperación definitiva como tampoco lo haríamos ante un durmiente. Podemos aprender esa fe de Jesús, que vivió en una confianza semejante, con ella fue a la cruz y en ella fue justificado aunque también a él lo enterraron.

El relato concreto y lo «típico» de Jesús.

Esa confianza quedã expresada en este caso en un relato milagroso, como era habitual en aquellos tiempos. Recapi-

tula en una narración y en forma anecdótica lo que las personas (y no sólo en una ocasión y en una familia y día determinados) experimentaban al contacto con Jesús: que los volvía a la «vida». Y eso no lo llevó él a cabo únicamente en el cap. 8 del evangelio de Lucas, sino que constituía un rasgo fundamental de su comportamiento que luego los evangelios intentaron retratar con colores nuevos cada vez en ésta y en otras historias concretas. De igual manera acercaba Jesús a sí a los que sufrían, a los culpables y pecadores, a los enfermos, a los despreciados, a los paganos y a los niños para aproximarlos a la «vida».

Muchas historias concretas acerca de Jesús resumen un rasgo fundamental semejante de su comportamiento, de este modo tipificante, situándolo en una situación peculiar y describiéndolo como un acontecimiento concreto. Así por ejemplo su llamada y su esfuerzo a favor de aquellos que eran tenidos por perdidos por los llamados justos, los publicanos, las prostitutas y los pecadores, son descritos frecuentemente con la ayuda de narraciones en las que lo contemplamos sentado a la mesa con personas de esa catadura. Eso también constituye un rasgo fundamental del comportamiento de Jesús.

Lo mismo se diga respecto del relato de la bendición de los niños, sobre el que volveremos más adelante; no se trata del reportaje de un episodio único, como si Jesús sólo se hubiera preocupado por los niños una vez en su vida y por eso hubiera parecido que merecía la pena transmitir ese acontecimiento en una narración. En este caso nos encontramos también con una exposición recapituladora y anecdótica del estilo de Jesús que conmovía y ganaba a sus oyentes, estilo que los evangelios también refirieron de otra manera en las breves palabras de Jesús acerca de los niños.

Puntos de vista para la selección de relatos bíblicos.

Por todo lo dicho habremos caído muy claramente en la cuenta de que la Biblia no es un libro de narraciones y lecturas para niños sino que es un libro para adultos. Por eso los niños no pueden todavía tener ninguna relación con muchos aspectos de la Biblia. Esto está claro por lo que respecta a la legislación y los escritos proféticos del Antiguo Testamento, pero también es válido para el Nuevo, por ejemplo

para las cartas. Por eso en las Biblias para niños se hace siempre una selección. Pero normalmente las Biblias para niños presentan aún demasiado material, por lo que los padres deberían proceder a una nueva selección especialmente orientada de los textos ofrecidos.

Al hacer una selección de relatos bíblicos habrá que tener en cuenta siempre dos cosas: que los niños, a través de la narración, deben poder llegar al conocimiento de Jesús y de su misión; y, segundo, que de esas narraciones han de estar ausentes todas las expresiones que no designen objetos y procesos de la realidad externa sino que describan experiencias de una concepción de la vida y de la fe más globales e internas que, por el momento, exceden la capacidad de reflexión de un niño. Este último aspecto es el de mayor dificultad pues los relatos bíblicos están llenos de expresiones que serán falsamente interpretadas si se las toma (como lo hacen los niños en la edad precrítica) por descripciones de realidades externas y palpables. Deberán por lo tanto ser relatos sin cielo e infierno, ascensión, transfiguración, paraíso, ángeles, voces celestiales y milagros. Pero resulta que hay muy pocas narraciones acerca de Jesús de las que estén ausentes tales expresiones o en las que se pueden dejar de lado, transformar o presentar marginalmente «sin sonido» por no ser determinantes para la comprensión de lo narrado. Voy a proponer algunos de esos relatos:

La bendición de los niños: Marcos 10,13-15.

La parábola del hijo pródigo: Lucas 15,11-32.

La vocación de Leví: Marcos 2,13-17.

La visita a casa de Zaqueo: Lucas 19,1-10.

La parábola de los viñadores: Mateo 20,1-15.

La parábola del buen Samaritano: Lucas 10,25-37.

Jesús y el Sábado: Marcos 2,23-27.

El que tras una selección semejante «quede muy poco» sólo sorprenderá a quien se haya propuesto demasiado que transmitir al niño paqueño o al de los primeros años de escuela. En todas ellas lo que se tiene en cuenta es la capacidad de recepción y comprensión del niño. Naturalmente que el niño, en el proceso de conocer a Jesús no habrá de quedarse en estas pocas narraciones que hemos ofrecido conforme a las anteriores reflexiones, pero el comienzo de su encuentro con Jesús no ha de verse desorientado y dificultado por una materia que no podrá comprender en forma adecuada y que

supondrá un lastre para más adelante. En etapas posteriores de su crecimiento el niño podrá enfrentarse a otras narraciones bíblicas y en ellas podrá conocer a Jesús desde una faceta nueva. Entonces es cuando serán oportunos aquellos relatos para cuya comprensión son necesarios el sentido crítico y la idea de que las experiencias y las intuiciones pueden ser referidas con maneras y expresión muy diversas y no sólo en forma de reportaje.

Al principio (Preescolar y primeros años de escuela) sólo se presentarán a los niños temas bíblicos seleccionados. Criterio para esa selección: Que el relato aproxime al niño realmente a Jesús y a su misión (en lugar de quedarse sólo, por ejemplo, en una narración bonita y entretenida). Esa narración habrá de adecuarse al nivel de comprensión y de vivencia de los niños.

Un modo acertado de presentarle a un niño que va creciendo la peculiaridad de lo narrado acerca de Jesús, a la vez que se le muestra un rasgo fundamental típico de su comportamiento, la ofrece Günter Kegel en el ejemplo siguiente:

Un ejemplo de narración: «¿Qué sabemos acerca de Jesús?»

«Uno de vosotros podría preguntar: ¿Y cómo sabemos algo acerca de Jesús? A lo mejor todo es inventado. Tal vez Jesús no existió nunca. Una y otra vez ha habido personas que han opinado de esta forma, pero hoy ya nadie lo piensa así y os voy a decir por qué. Nosotros sabemos unas cuantas cosas sobre Jesús.

Mucha veces se cuentan historias de hombres y mujeres importantes. Las personas mayores las llaman anécdotas. Muchos de vosotros no habréis oído nunca esta palabra. Os la explicaré. ¿Qué es una anécdota? Lo mejor 'será que os cuente un ejemplo:

Entre los reyes de Prusia hubo uno al que le pusieron de apodo «el viejo Fritz». El viejo Fritz con sus soldados se

dedicaba con frecuencia a guerrear y en muchas ocasiones se vio él mismo expuesto a grandes peligros. Y un día descubrió de repente a un soldado enemigo que ya se había echado el mosquetón a la cara y estaba a punto de dispararle. El viejo Fritz detuvo su caballo, pensó un instante y le gritó al soldado: «¡Eh mozo! ¡Pero si no tiene pólvora en el cañón...!» El soldado quedó perplejo, bajó el arma y comprobó si era verdad. Ese segundo fue suficiente. El viejo Fritz huyó al galope y se libró del peligro.

¿Sucedió eso en realidad?... Yo creo que no. Y sin embargo esta anécdota nos dice algo verdadero acerca del viejo Fritz. Tenía una gran presencia de ánimo; no era fácil ponerle nervioso y podía reaccionar con prontitud en situaciones inesperadas. Eso era lo que experimentaban las personas en su presencia, personas como las que inventaron esta anécdota. Así que una anécdota nos dice algo acerca de la forma de ser de una persona.

Algunos relatos bíblicos acerca de Jesús son anécdotas parecidas. Es verdad que con ellas no podemos reconstruir aspectos externos de su vida. No sabemos qué aspecto tenía, cómo creció, cómo vivió. A base de esas anécdotas no se puede escribir una biografía. Pero esas narraciones nos muestran a las claras lo que llamaba la atención a las personas respecto de Jesús. Lo que les impresionó más fuertemente es lo que nos cuentan las anécdotas.

Conocéis seguramente personas que no resultan agradables a los demás. Tal vez tienen un aspecto repugnante o no se comportan como nosotros. Resultan desagradables y son consideradas inferiores.

Cuando vivía Jesús ya sucedía así. Los demás llamaban a esa gente pecadores. Ninguna persona decente quería tener que ver con ellos. Entre esos pecadores se contaban los publicanos o recaudadores. Esos recaudadores no eran aduaneros. Hoy en día los aduaneros controlan las fronteras del país para impedir el contrabando. Cobran el derecho de importación... Los publicanos de entonces tenían que cobrar impuestos pero no para el propio país sino para un país extranjero. Palestina, la nación de los judíos estaba ocupada. La habían conquistado los romanos y todos los pueblos vencidos debían pagar grandes sumas de dinero; entre ellos también los judíos. Y los publicanos eran los encargados de que pagaran. Podéis imaginaros cómo los odiaban.

También se llamaba pecadores a los leprosos. La lepra es una enfermedad de la piel muy grave. El que quedaba leproso tenía que abandonar a su familia y vivir lejos de las aldeas. Con eso se pretendía evitar el contagio, pero no sólo eso. La lepra era considerada un castigo de Dios. Quien estaba contagiado de una enfermedad tan grave debía ser un gran pecador con el que era mejor no tener relaciones. Así pensaba la gente.

Pero Jesús pensaba de otra manera. El no despreciaba a los pecadores. Se preocupaba por ellos. Permitted que se le acercaran. Hablaba con ellos. Llegó a comer junto con ellos. Eso era lo peor que podía hacer en aquel tiempo una persona decente porque los que comían juntos tenían algo en común. Quien comía con los pecadores era uno de ellos. Muchos no podían comprender lo que Jesús hacía y por eso lo insultaban. Ni siquiera sus amigos lo entendieron desde el primer momento pero más tarde lo comprendieron: Jesús pretendía ayudar a los pecadores y para eso tenía que vivir con ellos. No podía rechazarlos. El tenía que ver con ellos y ellos con él. Sólo eso les daría esperanza y valor y podría cambiar sus vidas.

Los amigos de Jesús comprendieron esto más tarde. Ese era un rasgo típico de Jesús y sobre él contaron entonces toda una serie de anécdotas. Gracias a ellas sabemos nosotros algo acerca de Jesús y acerca de lo que era más característico en su vida.

Este relato propuesto por Günter Kegel recapitula una gran serie de narraciones acerca de Jesús proponiendo lo que en ellas hay de esencial y lo que constituye su meta: Jesús ayuda a personas marginadas, las vuelve a la vida y a la comunidad. Allí donde se le entienda y opere su espíritu, las personas no podrán menos de actuar de igual manera en su amor a los marginados y despreciados, ofreciéndoles la vida, una vida en común.

Este relato ahorra la exposición de muchas historias concretas que se ven recapituladas en él: historias que se refieren a la comensalidad de Jesús con publicanos, pecadores y prostitutas, a la vocación de un publicano, a la curación de leprosos; discursos y parábolas que lo pintan como aquél que se acerca a los perdidos, enfermos e injustos, como pastor, médico y ayudador. Y este relato síntesis tiene la ventaja de no sujetar el interés de los niños a una historia particular con rasgos únicos e interpretables falsamente en su aspecto externo, sino de aproximarlos a todo lo que esas narraciones

particulares pretenden destacar como lo más importante y específico de Jesús.

Tras esta imprescindible excursión por el terreno de la ciencia bíblica actual, intentaremos reflexionar de nuevo en manera ejemplar acerca de una de las narraciones propuestas, la de la bendición de los niños. Lo que se pretende con una narración bíblica no es únicamente el que los niños amplíen sus conocimientos bíblicos sino que una historia acerca de Jesús ha de lograr el que en los niños emerjan y se mantengan su valor para vivir, su confianza, su amor y esperanza contra todos los miedos, las penas y las decepciones a los que también ellos están expuestos. Para que pueda ser entendida por los niños ha de estar referida a sus cuestiones y vivencias. De otro modo quedará sin elaborar y no será más que una «bella» historia o, peor aún, los confundirá acerca de las realidades de la vida.

Jesús bendice a los niños.

En este punto cae perfectamente la narración de la bendición de los niños por Jesús. Jesús queda descrito como el verdadero «amigo de los niños» y ése es el título que llevaba a veces en las biblias antiguas. Y resulta que el niño necesita precisamente de ese amigo; en ocasiones con urgencia. Pues lo que sucede con los niños es que una y otra vez tienen que escuchar de los mayores: sois muy pequeños para eso; esto no es para vosotros; marchaos que estorbáis. Los niños experimentan constantemente que los intereses y necesidades de los mayores son más importantes y gozan de preferencia. Cuando ellos necesitan algo, las más de las veces han de pedir que se lo den. Cada vez que hacen algo puede que les sea prohibido. Cuando no quieren hacer una cosa puede que se la ordenen. Si ríen son unos tontos. Si lloran son unos quejicas. Si tienen miedo son bobos. Si se oponen a algo son unos descarados. Y a la vez experimentan que cuando los adultos tienen necesidades, deseos y vivencias semejantes a los suyos, éstos juegan un papel totalmente distinto y son tomados más en serio que los suyos.

El médico polaco Korczak, un gran amigo de los niños, se lamenta de semejante actitud: «Existe la opinión de fondo de que el niño todavía no es nada sino que llegará a ser algo; de que aún no sabe nada sino que llegará a saber algo; que



3. LA NARRACION DE RELATOS BIBLICOS

no puede todavía nada sino que llegará a poder algo. Y de ese modo se le defrauda en muchos años de vida.» Cuando uno experimenta no sólo en la portera gruñona y en el tendero prohibidor que deja pasar siempre delante a las personas mayores y en el gamberro aterrador de niños que fastidia en la calle cuando se está en lo mejor del juego, sino también en las personas más queridas, en los padres y la familia, que le rechazan a uno porque es pequeño, ¿cómo va a poder uno fiarse de que existe un amor para el que uno es importante y vale algo?

La narración de la bendición de los niños asume estas experiencias y sentimientos de los pequeños. También los niños forman parte de esos «hermanos más pequeños» de Jesús (Mat. 25,40) en los que se le recibe a él mismo. Allí donde entre los seres humanos rige tan de inmediato el baremo de poder, de rango y de realización, según el cual unos parecen grandes e importantes y los otros pequeños e insignificantes, Jesús se pone a favor de los que sufren a causa de esa discriminación y se ven marginados, y en este caso lo hace a favor de los niños como en otras ocasiones lo hizo a favor de los pecadores, de las prostitutas, de los enfermos y de los paganos. Allí donde hay amor los «pequeños» reciben su plena porción de vida y así se les promete el bien sumo que los grandes conocían con el nombre de «reino de Dios». Que ese amor tiene poder como para alcanzar a los pequeños es lo que garantiza Jesús. Y allí donde hay personas que son alcanzadas por el espíritu de Jesús ese amor vuelve a hacerse poderoso y válido aun ahora. Jesús no quiere que le encontremos si no es entre los pequeños, entre «los hermanos más ínfimos». «Y Jesús tomó a un niño y lo colocó entre sus discípulos (que disputaban acerca de rangos y dignidades), lo abrazó y les dijo: «Quien recibe a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me recibe, no me recibe a mí sino a aquél que me envió» (Marcos 9,36s).

«Alegre Navidad.»

A pesar de todos los recortes deseables que se hagan al material de los relatos bíblicos hay uno que es imposible pasar por alto, el relato de la Navidad, o más exactamente los relatos navideños del Nuevo Testamento. En este caso se plantean una serie de problemas que han de ser pensados de an-

temano no sólo con respecto a lo narrado. Lo que resulta problemático es más bien el marco vivencial de nuestra fiesta popular de Navidad, dentro de la cual el niño se encuentra con el relato del nacimiento de Jesús. En ese contexto se entremezclan las figuras más diversas procedentes de costumbres y usos populares navideños, de cuentos y leyendas de Navidad, de villancicos y finalmente también las de los relatos bíblicos, llegando a configurar una confusión que se le hace al niño insoluble y que da base a profundos embrollos y decepciones. Muchos padres se preguntan: «¿Deberemos hablarle al niño del «hombre de Navidad» o de Nikolaus?» (*) Y esa pregunta no carece de fundamento pues es muy importante para el niño y para su orientación en el mundo el que sus padres se hayan planteado con antelación los problemas que van surgiendo en vez de dejarse llevar por lo que «todos hacen». El que, al parecer, al niño «le gusta eso», el que «necesite» de algo semejante, el que «al menos no le va a hacer daño» se va convirtiendo cada vez más en una flaca justificación de ese poutpurri navideño que lleva a la confusión, está en muchos casos plagado de falsedad e insinceridad y en todo caso explota la credibilidad del niño. Ciertamente que la Navidad trae consigo una serie de problemas mayor que la que se podría solucionar con una sencilla respuesta a la pregunta acerca de la existencia de Nikolaus. Aquí vuelven a aflorar los problemas de la narración de relatos bíblicos en toda su amplitud y se plantea como una exigencia el que los padres diluciden su propia comprensión de los relatos, el que aclaren su propia posición ante ellos antes de presentarle al niño la Biblia.

«Año tras año...»

Con la regularidad segura del calendario se repite año tras año lo que unos llaman con acento romántico «la magia de la Navidad» y otros descalifican con ironía demoledora como «follón de Navidad».

Parece tratarse de un tiempo especial, un tiempo en el que las personas y la vida son de algún modo distintas de lo

(*) Nota del Tr.: Personajes semejantes, en el ámbito alemán, a las figuras de los Reyes Magos.

habitual. Se suele festejar más de lo acostumbrado y ya con antelación: celebraciones prenavideñas y de adviento en el jardín de infancia y en la escuela, en la empresa y en el club. Personas de las que a lo mejor no hemos oído nada durante el año hacen que las recordemos por medio de navidades, visitas y pequeños regalos. ¡Sobre todo los regalos! Esos comienzan ya mucho antes con el día de Nikolaus y los calendarios de adviento. La ración de golosinas de los niños aumenta considerablemente; de cualquier fiesta o visita se vuelve con un cucurucho o un paquete repleto. Y si los adultos fingen en estos días el no ser como son (Hacienda no envía requisitorias para el pago de impuestos, las cárceles dejan salir por un tiempo o adelantan la fecha de salida de los presos, las potencias en guerra hacen un breve alto el fuego), a su vez esperan algo semejante de los niños: éstos han de ser más juiciosos, estar más dispuestos a ayudar, ser más respetuosos que de ordinario. Con frecuencia esa expectativa se ve acompañada por un amenazador «si no, se enterará el hombre de la Navidad»; y ¿quién se atrevería a jugarse a la ligera las oportunidades que trae consigo la Navidad?

La «fe» en Nikolaus y en «el hombre de la Navidad».

Y después vienen todas las figuras y acontecimientos prodigiosos que ponen ante los ojos de los niños los usos, cantos y leyendas navideños: Nikolaus y su siervo Ruprecht abren filas; les seguirán «el hombre de la Navidad» y el niño Jesús. Y, al parecer sin fisuras, sigue la serie con los personajes de la Noche Buena: María y José, los tres Reyes con su estrella, pastores y ángeles; todo un mundo maravilloso, tan diverso del cotidiano, surge ante la extasiada mirada de los niños. Muchos adultos se sienten conmovidos al contemplar de qué manera tan intensa participan los niños: cómo presentan sus deseos llenos de confianza infantil ante el «niño Jesús», con qué tensión siguen las escenas de una representación del portal o actúan ellos mismos como pastor o ángel, José o Rey, cómo quedan encandilados sus ojos brillantes ante el resplandor del árbol de Navidad adornado y cómo esperan llenos de temerosa ansiedad e impaciencia la llegada del hombre de la Navidad.

Pero la verdad es que esa magia de la Navidad se rompe para muchos niños de manera repentina y para otros paso a paso. Tenemos el caso del listillo que se hace admirar en

el círculo de sus coetáneos porque se las sabe todas; ése se jacta de haber descubierto quién es Nikolaus aunque en casa no dirá nada por si acaso: nunca se sabe y... es mejor ir sobre seguro. Otro caso será el del hermano mayor que expone ante los demás hermanos sus últimos descubrimientos acerca de la verdadera identidad del hombre de la Navidad familiar («¡pero si no es otro que el tío Hans!») intentando de ese modo «aguarles la fiesta». Y tendremos el caso de alumnos de doce años que equipararán a esos personajes en los que «creyeron» cuando eran niños y que estaban sacados de los cuentos (brujas, gigantes, magos), las figuras de su fe infantil: la liebre de Pascua, Nikolaus, el hombre de la Navidad, el niño Jesús, los ángeles y la cigüeña. Y más de un niño añade para sus adentros la cuestión llena de dudas: «Tampoco sé a ciencia cierta si existe Dios.» Por el testimonio de muchos adultos sabemos finalmente qué decepción y qué confusión les supuso cuando eran niños el descubrir que sus padres les habían «engañado» y que nada era verdad de todas esas figuras de cuento navideño.

Más de uno pensará: Bueno, es verdad que los niños se enteran al pasar los años de lo que hay detrás de todo ello y en qué consisten en realidad todos los cuentos y leyendas, costumbres y representaciones que aparecen en torno a la Navidad, pero ¿qué daño les puede hacer una vez que ya han gozado por largo tiempo de todo ello? ¿Habría que suprimirles esa alegría a la manera de esos fanáticos rigurosos de la verdad que pretenden expulsar, en modo consecuente, de las habitaciones infantiles al hombre de la Navidad y a Nikolaus? «Cuando se descubre más tarde la verdad del cuento del hombre de la Navidad es cuando puede surgir la primera fractura en la confianza del niño» advertía un pedagogo en la edición navideña de un periódico. Por eso los padres deberían decirles a los niños «sólo aquello que más adelante no hayan de desmentir». Y Marielene Leist describe así la confusión y la decepción de los niños:

«El niño cree experimentar en esa ocasión la cercanía de Dios de forma casi corporal y con una intensidad que no había tenido en ninguna de sus demás vivencias de Dios. El niño vive la ilusión de la cercanía de Dios y de la totalidad del mundo. Una vez al año Dios está tremendamente cercano. ¿Cómo nos habría de maravillar que, al enterarse de la verdad, la fe del niño se derrumbe? Su religación con el cielo se ha demostrado falsa y nada puede ya detener la impiedad del

mundo. Esa incolumidad anual era un cuento, una mentira piadosa. ¿Será también una ilusión todo lo que cuentan de Dios? ¿Quién puede ya saber lo que es verdad?»

Ahora bien, si lo consideramos sobriamente, Nikolaus, el hombre de la Navidad y el niño Jesús son figuras folklóricas en torno a las cuales se han ido entretejiendo costumbres y leyendas tan variadas como las regiones donde aparecen. Los niños que están en esa edad precrítica en la que viven un pensamiento volitivo de tipo mágico sin fisuras, poseen un sentido y una receptividad especial para ellas. En esa edad suelen «inventarse» ellos mismos esas figuras fantásticas de buen o mal carácter a las que trasponen los deseos y miedos que no son capaces aún de resolver en la realidad por sus propias fuerzas. Si los adultos los confirman en sus fantasías en lugar de representar ante ellos con una determinación paciente las realidades de la vida, les resultará cada vez más difícil a los niños el distinguir poco a poco entre realidad y ficción. Pero lo problemático no son esas figuras folklóricas de la Navidad, pues pueden convertirse en personajes de una representación alegre y divertida en la que lleguen a un entendimiento los mayores y los pequeños en la familia. Y eso ocurre ya en muchas familias. La dificultad surge cuando esa representación es negada en su carácter de ficción y se la presenta como realidad y más todavía si constituye un acuerdo unilateral del que los adultos sacan sus beneficios explotando la confianza infantil y su incapacidad de discernir las realidades.

Navidades, fiestas del regalo.

Naturalmente que el juego del hombre de la Navidad, tomado en serio en sentido negativo, tiene sus ventajas para los mayores: ya no hay que discutir directa y abiertamente con el niño acerca de sus deseos. La competencia pasa de los padres al hombre de la Navidad o al niño Jesús. Será culpa de ellos el que los deseos del niño no se vean cumplidos. En vez de poder expresar a los padres sus intereses y la urgencia de sus deseos y, caso de no verse éstos cumplidos, en vez de poder presentarles el lamento de la decepción y la tristeza, el niño tiene que dirigirse a figuras ilusorias que por lo demás sólo volverán a hacer aparición un año más tarde. La posibilidad de poder discutir con autenticidad los propios

deseos y necesidades con una persona que le acompaña a uno en la vida y, consecuentemente, la posibilidad de convencer, luchar, llegar a un trato, sea que se renuncie conscientemente a ellos o que se aprenda a convencer, queda totalmente frustrada. Y sin embargo es éste un tema importante en el que los niños precisan de la iniciación de los mayores.

Las Navidades son una fiesta de regalos. La oleada anual de consumo del tiempo de Navidad no debe llevar a un rechazo global del regalo. Ciertamente se hará necesaria una reserva crítica que impida que nosotros mismos y los niños nos veamos arrastrados por el torbellino del consumo. Pero tampoco la actitud absolutamente que dice: nosotros no colaboramos en ese follón navideño y por consiguiente no regalamos nada, tiene la garantía de aproximarse más al auténtico sentido de la festividad. De frente a una atmósfera en la que el regalar degenera en manía del regalo, el tiempo de Navidad constituye una oportunidad de ejercitar con uno mismo y con los niños el regalo como una especie de «lenguaje sin palabras». Los regalos suponen una sustitución, son un signo, y es importante llegar a conocer el significado de esos signos. Hay que hacer que los niños comprendan cómo nosotros intercambiamos por medio de los regalos el afecto, interés y comprensión, el consuelo y el agradecimiento sin necesidad de palabras y en ello podrán intuir que «nuestra donación es imagen del testimonio bíblico que dice que Dios se vuelve hacia nosotros con amor y nos regala» (Wolfgang Longardt).

El abuso pedagógico de Nikolaus.

Todavía hay otro aspecto que hace problemáticas las figuras folklóricas navideñas: su falsa utilización «pedagógica». Las semanas previas a la Navidad están llenas de referencias más o menos tácitas al hecho de que los niños tienen más motivo para ser mejores, más diligentes, más cariñosos y para abandonar toda actitud de «mala educación». ¡Qué diría si no, Nikolaus o cómo sufriría en caso contrario el niño Jesús! En muchas familias Nikolaus pregunta cómo se han portado los niños o cataloga toda una serie de travesuras que han llegado a sus oídos a manera de queja. Y el pequeño pecador arrepenido intenta aplacar al menos en parte al santo personaje con la oferta de un buen propósito:

«Querido y buen Nikolaus
no me mires enfadado
guarda tu vara
y seré bien educado.»

También en este caso los padres parecen tener cartas en el asunto; y en el peor de los casos se puede llegar a sospechar que le van a chivatear a Nikolaus. Pero un hombre tan importante ya lo sabe todo por sí solo. Los padres pueden retirarse, pues no son ellos los que están enfadados o entristecidos y por tanto pretenden castigarlo teniéndolo en vilo por lo que respecta a los regalos; ¡qué val!: es Nikolaus quien está molesto y enfadado y quien mueve la vara y echa la bronca. Los padres siguen siendo los «buenos»; a ellos puede recurrir el niño angustiado cuando se aproxima tan desagradablemente personaje tan importante. El recurso a Nikolaus como celeste terror de los niños en el fondo deja de manifiesto la ausencia de confianza en que los niños pueden tener el deseo y la fuerza para comportarse correctamente, tener respeto y evitar hacer daño por amor a los demás.

Con las figuras de nuestros cuentos y representaciones navideños no se debe explotar la buena fe de los niños ni sustentar una falsa pedagogía.

Nikolaus, teatro en familia.

Cuando no se utilizan al hombre de la Navidad y a Nikolaus unilateralmente en contra del niño, como lotería celestial o como coco moralizante, el encuentro con ellos en la familia puede convertirse en una representación entretenida y alegre del tiempo de Navidad. Los regalos los traen los padres: eso ha de quedar muy claro. Pero, aparte de las reglas del juego de la Navidad, consiste en que éstos empleen el medio del hombre de la Navidad. Y también es verdad que los dulces que los niños descubren la mañana del

6 de diciembre (*) metidos en sus zapatos provienen de sus padres; pero a ellos, lo mismo que a muchos grandes y pequeños en esos días, les gusta hacer de Nikolaus y que no les descubran al hacerlo. Y, por otra parte también, los niños pueden hacer de Nikolaus y del hombre de la Navidad: la gozan a lo grande. En muchas comarcas es costumbre que el 6 de diciembre los niños se vistan de Nikolaus y vayan visitando a los vecinos recitándoles versos o cantando villancicos y recibiendo en cambio golosinas.

A los niños se les puede decir: «El hombre de la Navidad y Nikolaus son personajes de nuestras leyendas navideñas. Se cuentan muchas historias a su propósito y hay muchas poesías y cantos acerca de ellos. Pero nosotros no vamos sólo a contaros cosas acerca de ellos. Preferimos representar esas historias. Y así, cuando vosotros estéis durmiendo el día de Nikolaus, nosotros nos vamos a disfrazar como él; nos deslizaremos sin hacer ruido por el pasillo para que no os despertéis y pondremos golosinas en los zapatos que estarán delante de vuestra puerta. Y a la mañana os diremos: Llegó Nikolaus; y lo pasaremos en grande porque no nos habéis descubierto cuando por la noche hacíamos de Nikolaus. Y en muchas familias es costumbre escribir al hombre de la Navidad una carta con los deseos que uno tiene. Y entonces los padres no les ponen los regalos a los niños debajo del árbol de Navidad, sino que le piden a un amigo o a un tío que se disfrace como él con una capa roja y un gran saco y una barba blanca muy larga; muchos se ponen también una máscara delante de la cara. Y le entregan los regalos para los niños, y así la noche de Navidad viene a hacer los regalos y se los da a los niños.

De este modo, la atmósfera cambia totalmente. No se finge nada ante los niños: el hombre de la Navidad y Nikolaus son un juego entretenido. No se mantiene artificialmente a los niños en la incertidumbre sobre el resultado de sus deseos, pues los padres, que representan la escena del hombre de Navidad, son los auténticos destinatarios de los deseos infantiles. Es a ellos a quienes se le puede decir lo que a uno le gustaría, cuánto se desea tener esto o aquello, con qué se contentaría uno a cambio o a qué estaría uno dispuesto a re-

(*) *Día en que se celebra esta fiesta en Alemania.*

nunciar si fuera preciso o, en todo caso, a dejarlo para más adelante. Será entretenido y emocionante, pero el miedo estará ausente, porque el hombre de la Navidad y Nikolaus dejan de ser figuras amenazadoras que deducen su autoridad de la timidez de los niños. Mediante esa representación podrán volver a ser lo que fueron siempre, figuras amables que aman a los niños y son amadas por ellos. En cuanto figuras de representación cuya máscara y disfraz pueden revestir tanto los padres como los niños, se las baja del cielo a la tierra y se las despoja de su mito. Ya no tienen nada que ver con el cielo, Dios, Jesús, la fe y, en consecuencia, dejarán de confundir a los niños con su ambigua competencia.

El cuento del niño Jesús.

De este modo, la atmósfera de las Navidades se ha hecho más auténtica y la credibilidad infantil no es utilizada para que el niño tenga por real lo que es un cuento y una representación. La mayoría de los niños toman contacto con la Navidad en primer lugar a través de estos «juegos» de Nikolaus y del hombre de la Navidad.

Pero en el entretanto surge aún una nueva figura, el «niño Jesús», que en muchas regiones sustituye al hombre de la Navidad en su papel de misterioso portador de regalos y cuya «visita» se hace notar en la sala navideña mediante el sonido de una campanilla. El distinguir a este «niño Jesús» del costumbrero popular, del Jesús niño de los relatos bíblicos navideños les resulta a los niños tremendamente difícil, como se puede comprender. Los cuentos y leyendas acerca del niño Jesús y los relatos bíblicos del niño del pesebre de Belén tienen que crear en la conciencia infantil un embrollo y una confusión insolubles. En este caso, lo único que podemos hacer es recomendar que se deje caer lo más rápido y radicalmente posible en el olvido a ese «niño Jesús», y en el caso de que algún niño descubra fuera de su familia esa negativa costumbre, habrá que cortar por lo sano: «En algunas familias se habla de un niño Jesús que trae regalos a los niños por las Navidades. Pero eso es un cuento y una invención. Lo que de verdad sabemos acerca de Jesús niño viene en la Biblia y en ella aparecen muchos relatos sobre su nacimiento.»

Hay que separar con toda claridad ante los niños las figuras folklóricas de nuestras costumbres navideñas, de los personajes de los relatos bíblicos de la Navidad.

Es urgentemente necesario el no abandonar sin orientación a los niños frente a las múltiples impresiones a las que durante semanas se ven abocados durante el tiempo prenavideño y el de la Navidad. La psicología infantil actual repite con insistencia que las primeras impresiones e informaciones se graban en los niños de forma perdurable. Por eso es una tarea tan responsable, si bien difícil, el informar a los niños a propósito de la Navidad y el comunicarles los relatos navideños de manera que más adelante no sea necesario recortar ni corregir nada. Eso supone naturalmente que uno ha de clarificar para sí mismo muchas cosas antes de transmitirles a los niños. Y eso no resulta sencillo precisamente en el tema navideño, porque en este terreno se dan muchas ideas e imágenes falsas que se han ido transmitiendo de generación en generación sin haberlas sometido a examen.

Un capítulo de teología: El relato de la fiesta de Navidad.

Así, por ejemplo, es falsa una idea que, aunque no se formule expresamente con palabras, se transmite tácitamente a los niños mediante la configuración de nuestras fiestas de Navidad: el que la Navidad es la fecha (histórica) del nacimiento de Jesús. Y eso no es verdad. Desconocemos cuándo nació Jesús. El que haya nacido el 25 de diciembre no constituye una noticia histórica, sino una fijación tardía. Ni por los Evangelios, de los cuales sólo dos (los de Mateo y Lucas) incluyen relatos del nacimiento de Jesús, ni por testimonios escritos de las comunidades cristianas de los dos primeros siglos, sabemos nada de una fecha ni se nos suministran indicios que permitan determinarla. Únicamente con un retraso de más de 200 años los teólogos se ocuparon de la cuestión de cuándo habría nacido Jesús. El que finalmente se datase el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre y el que en el segundo tercio del siglo IV se comenzase a celebrar la Navidad como fiesta cristiana, tiene motivaciones teológicas que por otra parte tampoco están muy clarificadas. Con esa fecha se pretendía

expresar algo acerca del significado universal y transformador de la vida de Jesús: con su concepción el 25 de marzo, el día de primavera de igual duración diurna y nocturna, al que simbólicamente se consideraba en la teología cristiana y judía de entonces como día primero de la creación, daba comienzo la nueva creación del mundo y su radical mutación. Si contamos nueve meses más tenemos el 25 de diciembre.

Otra teoría parte del hecho de que el 25 de diciembre estaba instituido en el imperio romano como el día del sol «invencible»: el que la fiesta del nacimiento de Cristo, sol verdadero, hubiera conquistado este día festivo pagano era símbolo de la victoria de la fe cristiana sobre la superstición pagana en el imperio romano. Sea como fuere, Navidad es una fecha fijada voluntariamente y no un dato histórico. Su sentido lo deduce, no de la fecha externa, sino del significado que Jesús tiene para la fe.

Vuelta a la teología:

Origen y sentido de los relatos navideños.

Otro concepto falso: La historia de la Navidad. No existe un relato único de la Navidad. Y esta idea del relato único se ve sobre todo reforzada por los cuadros y representaciones de la cueva en los que se acumulan a la buena de Dios fragmentos y figuras de los dos relatos navideños junto con otros extraídos de otras fuentes: los pastores y los sabios astrólogos de Oriente, que en posteriores leyendas se convirtieron en «los tres reyes magos», el coro de los ángeles y la prodigiosa estrella fugaz, el emperador Augusto y el rey Herodes, los regalos de los tres sabios (oro, incienso y mirra) y los de los pastores, el buey, el asno y tantas otras cosas. De este modo se mezcla un cocktail histórico más o menos romántico y sentimental que ciertamente consigue impresionar a un niño y le hace asombrarse ante una narración tan fantástica. Pero el sentido de los relatos bíblicos acerca de la Navidad no lo constituye ese mudo asombro de los niños ante el supercuento navideño. Los relatos no se ponen a sí mismos por meta, sino que están al servicio de finalidades teológicas: a partir del nacimiento de Cristo se pretende proclamar su significado para el mundo.

Dada la importancia que ha cobrado entre nosotros la fiesta de Navidad, seguramente nos maravillará el que duran-

te bastante tiempo las primeras comunidades cristianas no hayan mostrado, al parecer, un interés especial por el nacimiento de Jesús. En las partes más antiguas del Nuevo Testamento, las cartas de Pablo, se habla de él (cuando se habla) únicamente en unas pocas frases doctrinales. Con frecuencia no es más que el presupuesto no expresado de la vida y obrar de Jesús, mientras que todo el acento de la predicación protocristiana descansa sobre temas totalmente diversos, como su muerte en la cruz y su resurrección. El evangelio más antiguo, el evangelio de Marcos, no refiere ningún relato acerca del nacimiento a la manera de los que encontramos en Mateo y Lucas, Evangelios que surgieron 50 años después de los acontecimientos de la vida de Jesús. Por este hecho, podemos ver que el interés por el nacimiento de Jesús y los relatos acerca de él se desarrollaron sólo paulatinamente en la Iglesia primitiva. Ese interés «tiene una doble intención de fondo». Por una parte había que dejar patente que el «hijo de Dios» era verdadera y corporalmente hombre, que Jesús, nacido de mujer, hijo de José y María, estaba sometido a las leyes de vida de los hombres. Y, a la vez, tenía que quedar en claro su exclusividad e inconfundibilidad, la validez de la persona de Jesús y de su obra, su «divinidad» ya desde el nacimiento... Ya en las épocas más antiguas los cristianos, gracias a la Navidad, reflexionaron acerca del significado de Jesús, el efecto de sus palabras, su comportamiento y su destino» (Helmut Ruhrberg).

Los Evangelios lo narran de diversos modos.

En Mateo y Lucas tenemos narraciones distintas de la Navidad y, por cierto, no sólo difieren por lo que respecta al marco externo, escenas narradas y figuras que intervienen. Lo más significativo lo constituye el que cada uno de los dos evangelistas resuelve de manera totalmente personal la tarea de presentar mediante una narración del nacimiento de Jesús su significado y el valor de su obra, y que al hacerlo tienen ante los ojos metas teológicas, a cuyo servicio ha de plantearse la narración. Lucas hace que el nacimiento de Jesús, con todos los datos concretos y a la vez míticos con los que integra su narración, aparezca como el punto álgido y el centro de la historia universal. Augusto, el emperador del mundo, y el nacimiento mísero de un niño en el límite del mundo civiliza-

do de entonces: ¡qué contraste! Todo el mundo parece ponerse en movimiento bajo el mandato de ese poderoso emperador, entre cuyos títulos honoríficos encontramos las grandes palabras de «salvador» y «señor», y de quien el mundo esperaba la paz. A una voz de ese poderoso dominador, los hombres se ponen en camino para inscribirse en las listas de recaudación. No cabe la menor duda acerca de a quién pertenece el mundo y bajo qué poder viven las gentes. Y mientras sucede todo esto, en una tierra pequeña e insignificante, situada en los confines del orbe y ocupada por los romanos, nace aquél que en verdad moverá al mundo y le traerá la paz, su verdadero salvador y Señor. Pero en esta narración del nacimiento que, en el contexto de nuestras brillantes celebraciones navideñas, adquiere fácilmente el carácter superimpuesto de una esplendorosa y sobrenatural leyenda, hay ya una alusión a la pasión: ese niño participa del dolor del mundo. Es repelido, enviado de un lado a otro, se le niega un lugar, nadie se entera de él, nadie lo reconoce si no es un par de pastores insignificantes y pobretones.

Mateo, por el contrario, orienta sus relatos de la Navidad hacia las expectativas de un cambio radical de las cosas originado por Dios tal como lo habían constantemente formulado las Sagradas Escrituras del pueblo judío, nuestro Antiguo Testamento. El contempla en Jesús la realización de esas esperanzas anunciadas en el Antiguo Testamento. Por eso compone sus narraciones con muchas referencias y citas de pasajes bíblicos, empleadas como profecías orientadas hacia Jesús y emplea motivos que conoce por la Biblia: Los tres astrólogos paganos son los pueblos del mundo que se acercan para adorar al verdadero Dios, tal como lo esperaban los judíos para el fin de los tiempos.

Recapitulación.

Resumamos esta breve teología de los relatos de la Navidad: Los relatos no forman parte de los temas más antiguos de la predicación cristiana primitiva acerca de Jesús. No fue una necesidad histórica (saber a ciencia cierta y con totalidad qué y cómo sucedió al nacer Jesús), sino una necesidad teológica (la de emplear también el comienzo, el nacimiento de Jesús, para presentar su significado y la validez de su persona en lo referente a la fe), lo que condujo a que paulatina-

mente las comunidades cristianas se interesasen por las narraciones acerca del nacimiento de Jesús y a que, mucho más tarde, considerasen importante la celebración de ese nacimiento. Los evangelistas asumieron esa necesidad en sus narraciones, en su época (unos 50 años tras los acontecimientos en torno a Jesús).

En sus relatos de la Navidad emplearon diversos «colores» con el objeto de presentar de forma narrativa sus intenciones teológicas a fin de que sus oyentes las comprendieran. Para ello eligieron los «colores» del horizonte histórico mundial, lo cual nos puede llevar a crearnos la falsa impresión de que la historia de la Navidad posee el significado de un documento histórico que describe en todo su detalle cuanto ocurrió. Utilizaron igualmente el «color» de la reflexión sobre citas bíblicas, entendidas como profecía acerca de Jesús, citas que resultaban conocidas y muy expresivas precisamente para aquellos cristianos que procedían de la comunidad judía. Seleccionaron también colores y motivos familiares para sus oyentes, empleados universalmente en leyendas y narraciones sobre los hombres más grandes e importantes de la historia, con la finalidad de presentar imaginativamente la importancia de Jesús en formas lingüísticas y de pensamiento que les eran propias.

La estrella prodigiosa de Mateo, por ejemplo, constituye un signo que simboliza la importancia de un acontecimiento. En algunas épocas se echó en olvido su carácter de signo, transportándola directamente al contexto de nuestro pensamiento y visión del mundo, con la pretensión de interpretarla como un acontecimiento astronómico ocasional del que se podrían deducir datos acerca de la fecha del nacimiento de Jesús. Tal proceder constituye una burda equivocación que deja totalmente de lado el estilo narrativo de los evangelistas.

¿Cómo es una narración para niños?

De esta teología de los relatos navideños se deducen algunas consecuencias por lo que respecta al modo en que hay que narrárselas a los niños. A través de la confusa maraña que amenaza con convertir esos relatos en «bellos», asombrosos y chispeantes cuentos navideños, nuestra obligación consiste en ponerlos en contacto con la atmósfera auténtica y original y con su finalidad teológica, que no es otra que la de

hacer presente el significado de Jesús a través de su nacimiento. El que sea éste el tema central y no lo sean los detalles, que por otra parte corren peligro de ser mal interpretados, como si se tratase de acontecimientos externos en lugar de ser signos indicativos, no debe suponer un obstáculo para nuestra narración, sino más bien un estímulo. Esta ha de procurar una distancia interna respecto a los detalles exteriores y, a la vez, un contacto con el objetivo interior de los relatos navideños por parte de los niños. Pero, además, es necesario exponer, en forma asequible a los niños, la situación y las necesidades que ocasionaron la confección de los diversos relatos. A este respecto, Dietrich Steinwede ha compuesto un modelo que introduce a los pequeños oyentes, paso a paso, en breves unidades narrativas, en el relato navideño de Lucas. Steinwede opina que, «a pesar de todas las dificultades, es posible transmitir, junto con la narración navideña, la historia aproximada de su origen... sin que por ello tengan los niños que perder nada de la brillantez, consuelo y mensaje del relato lucano».

Este modelo narrativo que proponemos comienza con la presentación a los niños de un modelo de un antiguo rollo de escritura construido al efecto, en el que las columnas de las líneas, las «páginas», vayan de derecha a izquierda. Un modelo semejante es muy fácil de construir a base de dos listones de madera y un papel terso, cuyos márgenes quedan pegados a los listones. En caso de necesidad, sería suficiente el enseñarles a los niños alguna foto o representación de uno de esos antiguos rollos. En todo caso, algún tipo de imagen será útil para corroborar el modelo. Luego se puede hacer que los niños mismos abran y cierren el modelo, mientras, simultáneamente, se les va presentando la narración:

La historia de la Navidad contada de otro modo.

- 1.— Los judíos de hace mucho tiempo no tenían libros, sino rollos de escritura. En esos rollos escritos se conservaban narraciones acerca de Dios y de los hombres. Allí se leía que Dios enviaba ángeles a los hombres para que les comunicasen cosas de parte de Dios.
- 2.— En la época en que vivió Jesús los romanos eran los dueños del país. Los romanos eran enemigos de los judíos.

Pero los judíos esperaban. Esperaban un nuevo rey, el rey de la paz, el salvador, el Mesías, el redentor.

Deseaban mucho que llegase. Decían: El redentor viene de parte de Dios. El nos libraré de los romanos. El instaurará la paz. Y decían: Nacerá en Belén; así consta en nuestros escritos antiguos.

3.— Y luego llegó el tiempo de después de Jesús. Los romanos lo habían crucificado. Y ya habían pasado 50 años desde que Jesús había muerto. En ese período vivió Lucas. Era uno de los que seguían a Jesús, uno de los amigos de Jesús, uno de aquellos que creían en Jesucristo. Lucas era cristiano. Lucas era un escritor. Les contaba a los demás cosas de Jesucristo. Quería que todos se hicieran cristianos. Y lo que decía era: Jesús es el que vino de parte de Dios. El estaba con Dios y Dios con él. Jesucristo quiere ayudaros. El es el Mesías.

Así lo había oído decir a otros cristianos que habían conocido a Jesús en persona. Lucas no había visto nunca a Jesús. Lo de Jesús había sucedido 50 años antes. Pero Lucas observaba lo siguiente: Lo que cuentan de Jesús se ha extendido tan rápido como el viento. Y pensó para sí: Yo también lo voy a propagar. Tengo que explicarle a la gente que Jesús vino de parte de Dios. Voy a escribir acerca de esto.

4.— Una vez vinieron algunos cristianos a visitar a Lucas y le dijeron: Oye, Lucas: Nosotros creemos que Jesús es el príncipe de la paz, el Mesías, el redentor. Dios lo ha enviado. Por medio de Jesús ha llegado la luz al mundo; porque era bueno e hizo cosas buenas. Antes todo era oscuridad. Ahora todo es claridad. Pero hay una cosa de la que no sabemos nada: ¿cómo fue el nacimiento de Jesús? Nadie ha contado nada acerca de él. Su nacimiento tuvo que ser algo extraordinario, sólo que nosotros no sabemos nada. Lucas, ¡dinos cómo fue! Lucas tampoco sabía nada. Nadie lo sabía. Había pasado ya mucho tiempo y nadie había escrito nada sobre el nacimiento de Jesús.

5.— Lucas se puso a pensar y dijo para sí: Yo no sé dónde nació en realidad Jesús, pues nadie ha contado nada sobre eso y ya han pasado unos 80 años. Pero, pensó Lucas, tiene que haber nacido como todos los demás hombres. Y su

madre se llamaba María. Eso está seguro. Y su padre se llamaba José. Eso también está seguro. Y que Jesús fue creciendo en la aldea de Nazaret también es cierto. De eso también estoy enterado: José era allí el carpintero. Pero Lucas sabía algo más y lo creía firmemente: Jesús es el Mesías. Y a Lucas se le ocurrió de pronto: Ya sé dónde nació; está escrito en los antiguos rollos de Escritura. En ellos se lee dónde ha de nacer el Mesías: ¡en Belén! Y entonces Lucas comenzó a escribir una historia para los cristianos que le habían preguntado por el nacimiento de Jesús. Y la historia era ésta:

- 6.— Desde Roma llegó una orden del emperador de los romanos, el emperador Augusto. Todos los ciudadanos del imperio debían pagar impuestos en dinero al emperador: Cada uno habrá de dirigirse a la ciudad de la que procede para inscribirse en la lista de los impuestos. José procedía de la ciudad de Belén, era descendiente del rey David, que había salido de Belén 1.000 años antes. Pero José vivía ahora en la aldea de Nazaret, de modo que tuvo que dirigirse a Belén porque esa era la voluntad del emperador. Y entonces José llevó consigo a su mujer, María, y María iba a tener un niño. Y, escribe Lucas, así sucedió que el niño nació en Belén pobremente. Nació en una cueva para animales, ovejas y cabras, pues no había otro sitio en Belén dada la cantidad de gente que había llegado con motivo del impuesto. El niño estaba recostado en un pesebre y envuelto en pañales. El niño se llamaba Jesús. Y Lucas sigue escribiendo. Piensa en los relatos de ángeles enviados por Dios a los hombres y entonces escribe: En las praderas cercanas a Belén había unos pastores, gente pobre y miserable, gente llena de necesidades y que vivía en tinieblas. Pero, de repente, surge sobre ellos una luz; una luz los ilumina. Y un ángel se les acerca, un ángel de Dios. Y les dice una gran noticia: ¡No temáis! Dios os guarda; Dios quiere ayudaros; Dios quiere alegraros. En Belén ha nacido un niño: es el Mesías, el redentor, el salvador. Lo encontraréis en un pesebre. Y Lucas escribe: Había allí muchos ángeles que alababan a Dios y cantaban: En Dios está la luz y entre los hombres la paz. Al escribir eso, Lucas está pensando en las guerras que hay en el mundo y también está pensando en los relatos sobre ángeles de los viejos rollos de la Escritura. Sabe

que nadie ha visto ángeles con alas en el cielo, pero sigue pensando en las antiguas historias de ángeles que servían a Dios en su reino celestial.

Y después sigue escribiendo su historia hasta el fin: Los pastores van corriendo hasta Belén. Encuentran a Jesús en el pesebre; a Jesús, el niño. Y adoran al niño. Y después se van proclamando por todas partes: ¡Nos ha nacido un niño, el redentor, el salvador!, ¡alegraos!

Igual que se pinta un cuadro, ha escrito Lucas esta historia. Ha pintado un cuadro con palabras. Y ésta es la historia de la Navidad. Desde entonces hay Navidades en el mundo.

Naturalmente que esas unidades narrativas, esas piezas de las que se compone la historia en su conjunto, habrá que ir presentándoselas a los niños paso a paso. Tras cada uno de los pasos se seguirán diálogos en los que los niños podrán exponer sus ideas y preguntas que los padres aceptarán para que, mediante la explicación y repetición, les puedan ayudar a alcanzar una comprensión más profunda. Con este planteo, el modelo narrativo propuesto no constituye sólo un «programa» para la Nochebuena, sino que suministra material suficiente para todo el tiempo prenavideño, los domingos de Adviento, y de ese modo se va preparando la base para la comprensión que los niños alcancen del relato navideño el día de Nochebuena.

Para profundizar en la narración, Steinwede recomienda el hacer caer en la cuenta a los niños del carácter de signo que posee: «La historia de Lucas es como un indicador que señala hacia algo, como una señal: Se pretende que las personas vean algo, que reconozcan algo en la historia. Así la luz es un signo (algo debe iluminarse entre los hombres). El mensajero, el ángel, es un signo (Dios habla a los hombres). El pesebre es un signo (Jesús fue un verdadero hijo del hombre, parido con dolor (*), envuelto en pañales). También el «cielo» es un signo (Dios no está en un cielo allá arriba). Aun las palabras «Salvador», «Redentor» son signos (Lucas quería decir:

(*) *En lugar de emplear esa idea popular, al parecer indeseable, que une automáticamente el pensamiento del proceso del nacimiento con «dolores», sería mejor hablar del esfuerzo, cansancio y trabajo provocados por el nacimiento.*

Jesús es más que el emperador romano, al que entonces se llamaba «salvador» y «redentor»). Toda la narración es un signo: Jesús es el Señor. Vino de parte de Dios. Con él ha llegado al mundo la luz. Los hombres han recibido esa luz. El mundo oscuro ha quedado iluminado.

¡No comenzar por la Navidad!

Otra indicación, todavía, respecto a las narraciones: Así como la historia de la fe en Jesús y de las narraciones a su respecto no comienza con relatos acerca de su nacimiento, sino que esas narraciones surgieron en las primeras comunidades cuando los cristianos ya conocían a Jesús, será también lo más adecuado el que llevemos a nuestros hijos por el mismo camino. Por muy extraño que parezca y aunque la narración de la Navidad guste tanto a los niños (precisamente porque su centro es un niño), no resulta la más apropiada para situarla al comienzo de un primer contacto con Jesús. No se debería empezar por ella. Sólo cuando los niños hayan oído algo sobre la vida del Jesús «adulto» podrán integrar la narración del nacimiento de manera relativamente coherente en su conocimiento previo y limitado de Jesús. El pedagogo religioso Gert Otto, que es quien hace esta recomendación, piensa que, precisamente el hecho de que el mensaje del relato navideño de Lucas esté ligado a la figura de un niño constituye una dificultad de comprensión decisiva y una posible fuente de malentendidos: «Para nadie es más difícil de comprender qué es el ser niño que para los mismos niños; pues lo más difícil de experimentar es lo que uno mismo es.»

El conocimiento que los niños hagan de Jesús no deberá comenzar con el relato de la Navidad y de ninguna manera ha de limitarse a él.

La imagen idealizada de la ingenua fe infantil.

Nos hemos ocupado tan por extenso de las cuestiones relacionadas con el relato de la Navidad, no porque pertenezcan a una materia con la que el niño establece contacto general-

mente ya en la familia y con antelación a la etapa escolar. Cobra además un peso específico para el niño porque está religada a sus propios sentimientos, deseos, expectativas y alegrías navideñas y a su vivencia peculiar de esta fiesta tan destacada, a la que sólo podrá hacer competencia la de su cumpleaños. Y, sin embargo, me parece más importante aún el hecho de que el modo de plantear esos relatos define si uno intenta orientarse en falso, conforme a la imagen idealizada de la credibilidad infantil y pretende mantenerla en el niño al nivel de fe ingenua tanto tiempo como sea posible, o si, con visión de futuro, va ya preparando el terreno en el que pueda crecer esa fe infantil hacia una actitud que, a través de la duda y del pensamiento crítico, llegue a asumir formas de expresión y contenidos de la fe cristiana integrándolos en su concepción vital como algo propio en lugar de rechazarlos a la ligera y sin haberlos comprendido o de aceptarlos sin haberlos «digerido» y por lo tanto de manera no fructífera y formal.

La duda y la fe madura.

Es verdad que los niños pequeños creen en un primer momento «al pie de la letra» lo que les decimos con el respaldo de la autoridad de personas mayores. ¿Qué podrían hacer si no? Pero no se debería sublimar a virtud y a conmovedora e «inocente» fe infantil lo que no es más que una etapa de transición y no debe ser más que eso, si es que el niño ha de poder un día elegir su camino entre una peligrosa credibilidad y una desconfianza morbosa. Y nosotros no deberíamos pasar por alto ni contener sus primeros esfuerzos por cuestionar y poner en duda, que quedan reflejados en frases como: «¿Y por qué es eso así?» o «¿es eso verdad?» «La duda es la guía imprescindible en el proceso de crecimiento hacia una fe madura» (Rogier van Aerde).

Si, en consecuencia, narramos por ejemplo la historia del nacimiento de Jesús de tal modo que disponga respecto de ella de una pequeña distancia crítica en lo que tiene de relato de acontecimientos externos, eso no quiere decir que queramos cargar antes de tiempo a los niños con los problemas que tenemos los adultos ante los relatos bíblicos haciéndoles una exigencia excesiva para su capacidad. El niño sólo progresa en su desarrollo si tropieza con incentivos que van más allá

de lo que ya conoce y ha adquirido. Allí donde no aparecen esos incentivos (que son todo lo contrario de las exigencias excesivas y dañinas que no tengan en cuenta el estadio de desarrollo del niño) se producirá una detención. Y ese peligro es especialmente importante en el terreno religioso; piénsese nada más en la cantidad de ideas y opiniones «subdesarrolladas», las más de las veces meros prejuicios y clichés, que se dan entre los adultos. También ha provocado más de una detención en el desarrollo el presupuesto de pedagogía de la religión vigente por mucho tiempo que suponía que los niños hasta la pubertad eran acríticos en materia religiosa. La expresión evangélica de «fe de los niños» está muy lejos de referirse a una fe infantil o a la que se impidiera violentamente el crecimiento.

La narración de los relatos bíblicos no puede tener por objeto la conservación de una supuesta «fe infantil» ingenua y acrítica; ha de estimular el crecimiento de los niños hacia una comprensión más madura en la que van incluidos el sentido crítico, la duda y la elección por propia cuenta. En vez de esperar pasivamente la crítica, las preguntas y la duda de los niños, habrá que crear un clima en el que pueden crecer y manifestarse.

La Biblia habla muchas lenguas.

Una característica del adulto consiste en que éste puede distinguir el significado de los diversos modos de hablar, el que por ejemplo valore de modo diverso un contrato escrito de una declaración de amor de tipo personal, el que sepa diferenciar la broma de lo serio, los relatos de sucesos de las opiniones y comentarios. Esas diferenciaciones se sitúan a un nivel distinto del de lo verdadero y lo falso. Igualmente habrá que reconocer el carácter y el significado de los modos de expresión en los que se expresan y transmiten las experiencias fundamentales y las convicciones religiosas. El terreno en el que entra en juego entre nosotros el aprendizaje de ese tipo de conocimiento y comprensión lo constituyen los relatos bíblicos. El problema de fondo al que nos vemos abocados frente

a nuestros hijos lo describe Ruth Robinson del modo siguiente:

«Un niño pregunta: ¿Quién hizo el mundo? ¿Cómo se formó?, y nosotros respondemos simplemente y por la rápida: El mundo lo hizo Dios. Pero eso es un fraude pues estamos utilizando palabras de las que nosotros los adultos sabemos que únicamente tienen valor en el terreno del pensamiento abstracto y del lenguaje simbólico religioso. Esas palabras poseen un sentido inagotable, son «verdaderas» para describir el «por qué» de la creación al igual que para designar el significado y el valor que le conferimos y la intención con la que nos relacionamos con ella. Pero esa capacidad para un pensamiento abstracto no está todavía desarrollada en el niño de manera que no está en situación de comprender una afirmación como la de que «Dios ha creado el mundo» si no es en cuanto aserto literal acerca de un hecho histórico. No podrá por menos que entendernos equivocadamente y nosotros sabemos que así sucede.

¿Por qué tenemos en realidad tanto miedo a la distinción entre realidad y mito, entre historia e interpretación? El niño merecía que le hubiéramos dado una respuesta honrada a su pregunta. El se interesa por el «cómo» de la creación y por consiguiente deberíamos haberle suministrado una respuesta científica... Nuestro amor a la distinción entre hecho real y mito resulta tanto más sospechoso cuando se trata de acontecimientos históricos en sentido estricto como por ejemplo el nacimiento de Jesús. En este caso volvemos a tender al empleo indiferenciado de los dos niveles de lenguaje, olvidando al hacerlo el hecho de que el niño, por fiarse de nosotros, acepta todo como verdadero en el único sentido que es para él «verdadero», en el literal. Le decimos «Jesús nació en Belén» y «Dios envió a su Hijo al mundo». La primera afirmación se refiere a algo que de hecho ocurrió; la segunda nos dice algo acerca del significado que le atribuimos en su totalidad, acerca del sentido profundo de la historia. El hacer esta distinción no implica un empobrecimiento de la historia o una reducción del acontecimiento sino precisamente la conservación de su dimensión más profunda. Por el contrario, el entremezclarlas conduciría el riesgo de reducir el acontecimiento junto con su interpretación al nivel de una fantasía sin credibilidad.»

La Biblia no es un libro escrito de una sentada. Su título en latín es «Biblia», es decir, los libros. Ciertamente que tiene sólo un gran tema pero también muchos autores, conocidos y desconocidos, escritores de épocas muy diversas. Y esos escrito-

res (como vimos en los relatos de la Navidad de Mateo y Lucas) perseguían metas e intenciones muy diversas y se servían de medios de expresión y formas estilísticas muy variadas. En consecuencia, encontramos en la Biblia muy diversos modos de expresión: el relato (aun cuando no todo lo que nos pueda parecer relato histórico lo es sin más), la carta doctrinal, cantos y oraciones de la liturgia de las comunidades judía y protocristiana, resúmenes catequéticos de artículos de fe y reglas de vida, proverbios, poemas amorosos, leyendas, cuentos, anécdotas y muchas otras cosas. La Biblia habla muchas lenguas y muchas de ellas quedan mudas ante la pregunta «¿Sucedió eso así?», lo mismo que queda mudo y no nos comunica su significado un cuento al que le hiciéramos la pregunta «¿Es verdad que los animales pueden hablar?».

Con la Biblia sucede algo parecido. Cuando se emplea en ella un medio de expresión característico del cuento, deberemos atender al fin que persigue esa narración, a qué es lo que propiamente pretende expresar. La Biblia puede leerse equívocadamente cuando, por ejemplo, solicitamos de ella una información acerca de la constitución y los procesos que se dan en el mundo, acerca de si existen los ángeles, de si el agua del mar puede partirse por el medio, de si las estrellas caminan o los hombres pueden ser misteriosamente arrebatados por los aires. Frente a esas preguntas mal planteadas, preguntas que los niños proponen debido a su interés inicial por los objetos y procesos externos y a su comprensión, limitada a lo directamente perceptible, la Biblia permanece callada y niega su significado. Pero los niños deberían poder llevar consigo a una edad más madura y crítica el bagaje de sus primeros encuentros con Jesús. Por ello no podemos condicionar a nuestros pequeños oyentes, cuando les contamos historias bíblicas, a formas de expresión y de pensamiento periclitadas e innecesarias con las que los hombres de los tiempos bíblicos revestían sus experiencias de Dios y transmitían sus ideas de lo que significan en la vida la fe, el amor, la justicia y la esperanza.

Preguntas críticas de los niños ante la Biblia.

Los niños hacen muchas preguntas relacionadas con la Biblia y con frecuencia preguntan a propósito de pasajes que nosotros los adultos aceptamos sin cuestionarlos. Con esas

preguntas: «¿Sucedió de verdad así?», «¿Cómo pasó exactamente?», no raras veces nos meten en un aprieto a la vez que pretenden llevarnos a su manera de comprensión que percibe los relatos bíblicos directamente y al pie de la letra como descripción de acontecimientos externos y sucesos concretos. Naturalmente que esas preguntas no quedarán satisfechas con un sí o un no escuetos.

Si se tratase de un cuento no experimentaríamos ninguna dificultad en el caso de que nuestro pequeño oyente nos preguntase con escepticismo si los animales pueden hablar. Nadie intentaría convencerlo de que los animales disponen de un lenguaje o de que, al menos en tiempos muy remotos, lo poseían. Con toda naturalidad reconoceríamos que los animales no pueden hablar y de que en el cuento se presenta al animal como si se comportase a la manera de una persona. Por ello no perdería el cuento su sentido, pues presenta su mensaje con medios procedentes de la imaginación que intentan expresar las vivencias, miedos y deseos humanos simbólicamente en lugar de describirlos de modo realista. Comprendemos perfectamente que se intenta decir algo acerca de nuestros sentimientos, temores, decepciones, deseos y esperanzas respecto a la vida y a nuestras relaciones interhumanas. Pero lo que no esperamos es que el cuento nos instruya por ejemplo acerca del comportamiento de los animales.

Por salvar el «honor» de Dios no deberíamos llegar al supuesto argumento que propuso en una ocasión un pequeño escolar a su hermano mayor, un tanto más crítico: «¡Es que en aquel tiempo Dios podía hacerlo!» El pequeño había estado leyendo en voz alta la historia de la vocación de Moisés que tenía que empollar para la clase de religión: «Y Dios dijo a Moisés...» El mayor, que estaba escuchándole, repuso: «¡Mira que eres tonto! Dios no puede hablar así con un hombre.» «Pues tú estate callado —contestó el pequeño, triunfante—, porque entonces podía.»

El argumento es tumbativo; parece que nadie podría contradecirlo; pero pasa totalmente por alto el sentido de las narraciones bíblicas. Los hombres que hablan en la Biblia y nos transmiten sus experiencias acerca de Dios no lo hicieron con el objeto de mantener el recuerdo de los buenos tiempos lejanos. Lo que pretendían era suministrar a sus descendientes una base para su propia fe, amor y esperanza. Quisieron hacer caer en la cuenta de lo que acontece cuando a un hombre se le impone inmediata e incondicionalmente la certeza de lo

que hay que creer, esperar con fundamento y hacer con amor en una determinada situación, y eso ocurre de una forma tan clara, tan cierta, que «se abren» unos ojos que antes estaban «cerrados». Todo esto quiere decir que cuando nos ocupamos de narraciones bíblicas no debemos únicamente asumir las experiencias y esperanzas de la fe ajena y las intuiciones de tiempos pasados sobre la actuación del amor, sino que, a partir de ellas, se ha de ir formando nuestra atención y nuestra fantasía, nuestra propia confianza y esperanza, de modo que también nosotros descubramos nuestro modo de obrar una vez que nos hemos dejado impactar por el sentido y la misión de Jesús tal como se nos transmiten en la Biblia.

Consecuentemente deberemos ayudar a los niños a liberarse paulatinamente de una concepción de la fe fabular y determinada por la fantasía y por consiguiente no podremos hacer como si participásemos de ese punto de vista, sino que tendremos que dejar constancia ante ellos de cómo la fe y la realidad de la vida van unidas.

4. Las experiencias del niño con la muerte

La finitud de nuestra vida.

Al mismo tiempo que el niño pequeño comienza a decir «yo» cuando habla de sí mismo, va paulatinamente haciendo experiencias cada vez más claras de la más importante condición fundamental de la vida humana, la de que nuestro ser es limitado y finito, ligado a un tiempo determinado y a un espacio concreto. En el momento en que un niño se destaca a sí mismo como algo distinto de los demás, cuando empieza a caer en la cuenta poco a poco de que vive un destino peculiar, diverso de otros, deja de vivir «obviamente». Esa «inocencia soñadora» que el pensamiento desiderativo y el recuerdo de los adultos adjudican tan gustosamente a toda la niñez, finaliza en ese punto.

Por primera vez emergen en forma infantil las preguntas y los miedos que mueven a los hombres cuando se ven abocados a la finitud de su vida y a la amenaza que perciben en ella. Y con ellos comienza un debate interno que continuará como tema de fondo a lo largo de la vida del hombre adulto hasta su último suspiro: el debate de la aceptación de la finitud de nuestra vida, experimentada en el miedo con el que vivenciamos su transitoriedad y en el ánimo con el que vivimos y afirmamos el día presente y el momento actual. También los niños experimentan ese miedo y en sus preguntas y

fantasías sobre la vida y la muerte buscan el coraje de una fe que les haga posible afirmar la vida en su finitud.

La casa en la que se vivía hasta ayer, donde uno jugaba, lo pasaba bien y se cobijaba, hoy ha desaparecido. La familia se ha cambiado de domicilio y ya no habrá camino que lleve a la casa antigua: ya pertenece al pasado. El pájaro que ayer todavía trinaba alegremente en la jaula, que revoloteaba de un barroto a otro y picoteaba sus granos, hoy yace tieso. ¿Qué le ha pasado? Los mayores dicen que está muerto. Y ¿qué es «muerto»? O bien los adultos hablan de desgracias y de muertes y, aunque muchas veces se evitan diálogos sobre estos temas en presencia de los niños, los pequeños van captando aquí y allá retazos de conversación y sobre todo perciben la atmósfera de desasosiego y de temor, de tristeza y desesperación que acompaña a esos diálogos. O resulta que oyen que el abuelo está gravemente enfermo y, tras un par de semanas, en las que no se podía ir a visitarlo, a jugar con él y a contarle cosas, le dicen que «está muerto». ¿Qué le va a pasar ahora al abuelito? ¿A dónde se ha ido? ¿Es malo el estar muerto, ya que ahora los mayores lloran y están tristes? Aquella ingenua y soñadora seguridad de que mañana todo seguirá igual que hoy se va poco a poco abandonando. Cede frente a las múltiples experiencias que los niños van cada vez más conscientemente atesorando a base de vivencias como las de la despedida y la separación, el cambio y el pasado, la amenaza que para la vida suponen la enfermedad y la muerte.

«¿Y si vosotros morís?»

«Y si vosotros morís, ¿quién va a cuidar de nosotros?», pregunta una niña de tres años. La respuesta de los padres: «Dios cuidará de vosotros» no le resulta satisfactoria y sigue preguntando llena de escepticismo: «Entonces si vosotros morís ¿me va a lavar Dios?, ¿me dará Dios la merienda?»

¿Es que esos padres no han reflexionado en verdad sobre cómo asegurar el futuro de su hija en el caso de que les sucediera algo? ¿Es que realmente no va a haber nadie cerca de la niña que pueda «lavarla y darle la merienda»? ¿Iba verdaderamente a quedar abandonada de todo el mundo? Los padres deberían tomar mucho más en serio la inquietud de esa niña; debería proporcionarles la ocasión de preocuparse más a fondo de las medidas de previsión respecto a su hija, en lu-

gar de intentar despachar la pregunta realista con una información vaga y sólo aparentemente piadosa que le sirva de consuelo.

Igualmente la duda comienza a minar la certeza de la presencia de los adultos, de sus padres, ahora ya no tan digna de confianza como antes. Y en el horizonte se le presenta al niño la posibilidad de que los padres mueran y de que él se quede solo. Esta cuestión lo intranquiliza y preocupa tanto más cuanto que aún es pequeño y está a merced del cuidado y amor de sus padres. A esto se suma que el niño comienza ahora a percibir más claramente que no sólo experimenta hacia sus padres sentimientos amables, sino que emergen en él simultáneamente sentimientos de enfado y de rechazo («Mamá, mala») con los que llega a desear la desaparición de sus padres. ¿Qué pasaría si sus sentimientos y deseos se hicieran realidad?

De esta manera el niño va haciendo acopio paulatinamente de experiencias que, de modo cada vez más ineludible, lo enfrentan con el hecho fundamental de nuestra existencia en el mundo: que la vida del ser humano es una vida finita y limitada. Hubo un tiempo en que aún no existía (el niño pregunta: «¿dónde estaba yo cuando aún no había nacido?») y llegará un tiempo en el que ya no existirá (el niño pregunta: «¿A dónde se va cuando se muere?»).

El planteo de la muerte constituye un estadio del desarrollo anímico de los niños; los preocupa aun cuando aparentemente se los haya mantenido alejados de toda vivencia directa de la muerte.

Una falsa táctica: Ocultar y minimizar.

Muchos padres intentan impedir el mayor tiempo posible que su hijo establezca contacto con esta parte seria y dura de nuestra vida. Pretenden ocultarle todo lo posible el hecho de la muerte, preocupados de que el niño no lo vaya a soportar. Y si por casualidad llega a percibir estas duras realidades de nuestra vida a través de la valla artificiosa con la que

se intenta salvaguardar una niñez sin dificultades y feliz, entonces los adultos corren el peligro de trivializar o intentar disuadir totalmente al niño de lo que ha visto.

Así, una madre escribe que al principio impedía, llena de miedo, que su hijita de tres años entrase en contacto con animales muertos. A ella misma le resultaba difícil hablar sobre la muerte. Pero al cumplir los tres años su hija descubrió un día una corneja muerta y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Un pájaro.

—¿No sabe volar?

—Tal vez está enfermito o a lo mejor echa a volar de repente.

Lo volvió a contemplar una vez más:

—Está muerto.

—Y eso ¿qué es?

—Pues que el pájaro duerme y ya no despierta; ya no puede moverse, ya no puede volar, ya no puede comer.

«No supe cómo reaccionar; me pareció que no podía hablarle del cielo y del buen Dios porque se trataba de un pájaro... No se me ocurrió otra cosa que hacer desaparecer lo más pronto posible el pájaro muerto para que no lo volviese a ver, pero ella insistió una y otra vez sobre el tema» (Johana Klink).

Vemos lo difícil que le resulta el tema a la madre y cómo en el fondo se ve obligada contra su voluntad a dar respuestas más precisas ya que su hija no se da por satisfecha con las expresiones vagas y evasivas. Esta madre es lo suficientemente honrada para no justificar su proceder con el argumento de la consideración hacia la capacidad de comprensión de su hija y habla de la propia perplejidad y aprensión frente al tema de la muerte. Pero los mismos padres se sienten las más de las veces incómodos al emplear esa táctica del ocultamiento y de evitar hablar del tema. Y tampoco es recomendable. Cuanto más se difieran las conversaciones con los niños acerca de las realidades de nuestra vida, aún las más tristes y problemáticas, tanto más difícil se irá haciendo con el tiempo volver a hablar de ellas. Silenciar y evitar son dos actitudes que convierten esos temas en algo tenso y explosivo. Y a la vez no se le hace al niño ningún bien; en algún momento se encontrará con esos acontecimientos «desagradables», con esa «seriedad» de la vida y lo hará sin preparación por haberlo cobijado hasta entonces artificialmente. De esa manera surge

justamente el peligro que al parecer pretendían evitar los padres: serán más profundas las heridas que le provocará la vivencia de la muerte y sufrirá más, a la vez que se verán reducidas las posibilidades de que elabore esa vivencia.

También resulta obvio que, para que los padres puedan hablar sinceramente y con utilidad acerca de la muerte con sus hijos, tienen que haber pensado ellos mismos acerca de este condicionante de nuestra vida que la hace limitada, han de reconocer su propio miedo y tomar posición frente a él y han de descubrir y conservar el coraje y la confianza de vivir a pesar de la transitoriedad de la vida. Queda igualmente claro que, así como no ayuda para nada el mantener alejado de experiencias con la muerte, tampoco es solución el trivializar y el hablar de otra cosa o el consolar a base de consideraciones piadosas, ya que los niños descubren su camino a través de sus preguntas y sus miedos. Con frecuencia se acallan las preguntas infantiles acerca del destino de los difuntos con la información genérica de que están en el «cielo» y las cuestiones subsiguientes sobre cómo es el cielo, si allí se puede comer, hablar y jugar, es decir, sobre si aquélla es una vida como ésta o mejor, de modo que la muerte «no es tan mala», se satisfacen con un «sí» más o menos convencido que corrobora la fantasía del niño. De nuevo nos comportamos en este caso como si supiéramos muchísimo cuando la única respuesta honrada y en consecuencia digna de crédito a la pregunta «¿Qué le pasa a uno cuando muere?» sólo puede ser: «Eso no lo sabemos.» Porque la verdad es que no lo sabemos.

Esas respuestas habituales no sólo confunden al niño que pregunta en lo que concierne a la dura realidad de la vida (bajo el supuesto bienintencionado, pero falso, de que el niño todavía no soportaría una confrontación semejante), sino que provocan que el niño, además de problemas necesarios, se plantee preguntas adicionales e innecesarias. El querido abuelito ha muerto «porque Dios se lo quería llevar consigo al cielo» y el niño tendría razón para estar enfadado y molesto con el «buen» Dios que le «llevó» al abuelo. O le entra miedo de ser «llevado» él de repente por el mismo procedimiento. El que Dios haya permitido que el abuelito muriese para que no tuviera que sufrir más los dolores de su enfermedad es un argumento que para un niño posee una fuerza de convicción muy débil; en su lógica, Dios hubiera querido más al abuelito si lo hubiera devuelto la salud. Por este procedimiento se fomenta la falsa impresión de que la fe, confrontada con la

muerte, significa saber muchas cosas, cuando en realidad no se puede saber nada. En este caso la fe significa más bien la confianza y el coraje a pesar de la ausencia de todas las seguridades, aun de la seguridad que da un supuesto saber.

Nada de terapias de shock.

Naturalmente que tampoco es buena la actitud opuesta que confronta a los niños con la muerte dejándolos sin defensas y experimentando una educación a base de shock. Ya le resulta suficientemente difícil al niño el aceptar la realidad de que la muerte le arrebató personas y animales queridos de su entorno (y tardará más todavía en caer en la cuenta de que también él habrá de morir). Precisamente cuando tropieza de manera demasiado dura con esa realidad parece defenderse casi instintivamente por medio de una ausencia de participación o insensibilidad que a los adultos les resulta despiadada y hasta fría, o bien se refugia en imaginaciones fantasiosas que pretenden negar las realidades: «He intentado no pensar en la muerte y me he imaginado que no existe. Yo tenía miedo a la muerte y por eso he pensado que a lo mejor no se muere realmente; me gustaba pensar así», dice una niña de diez años refiriendo sus propios pensamientos. Y ya es consciente de su intento de acabar con la muerte negándola. Con frecuencia la negación de los hechos constituye el primer modo con el que los niños captan las realidades de la vida tomando posición frente a ellas. Otros niños niegan lo definitivo de la muerte y en consecuencia aceptan gustosamente cualquier tipo de alusión que se acomode a ese planteo (p. ej.: «El abuelo sólo está dormido», o «se ha ido a hacer un viaje muy largo»), llegando a elaborar pensamientos fantasiosos que se correspondan con su idea, como, por ejemplo, el de una vuelta a nacer: «¿Qué sucede con las personas que mueren? Pues que vuelven a dentro de sus mamás y se convierten otra vez en bebés.» «Ahora, la tía está en el cielo, pero ¿cuándo va a volver a la tierra? ¿Sabes lo que me parece? Que va a volver en forma de bebé.» Es como si en el niño se manifestase, de forma simple y directa todavía, esa protesta «natural» del ser humano contra su finitud, contra el tener que morir; como si en él apareciese ese impulso humano a ir más allá, a forzar la frontera que amenaza el sentido de la vida. De algún modo esto nos parece más «sanamente» humano que el clari-

vidente y fatalista slogan vital de que el muerto muerto está...

Ahora bien, el poner en contacto a nuestros hijos con ese hecho fundamental de nuestra vida que consiste en que el ser humano tiene únicamente una vida limitada y finita, y el transmitirles el ánimo y la confianza capaces de soportar y conllevar esa realidad «mortalmente seria», no implica en primera instancia y exclusivamente el que hablemos con ellos de la muerte. El que los padres estén dispuestos sin timidez a acompañar a sus hijos en sus experiencias acerca de lo transitorio y del morir y a dejarse cuestionar por sus ideas y preguntas abiertamente, constituye, sobre todo, un problema para su propia posición y actitud. Los niños se dan cuenta cuándo sus padres evitan la confrontación con determinados temas vitales o de si reprimen la reflexión acerca de la muerte; y entonces se quedan solos con sus experiencias, miedos y preguntas, en lugar de acceder al conocimiento de esa zona sombría de la vida, que no les pasa desapercibida, dentro del recinto del cobijo paterno y en diálogo aliviador que les acompañe paso a paso.

La pregunta del niño a propósito de la muerte no es mero juego teórico o curiosidad; cobra una importancia existencial porque en el fondo está preguntando acerca de la seguridad y del cobijo del niño durante su vida: «Si os morís, ¿quién va a cuidar de nosotros?»

¿Cómo hablarles a los niños de este tema?

Ya he dicho que sólo existe una respuesta verdadera a la pregunta de un niño acerca del destino de los difuntos: «No sabemos. Ponemos el cuerpo muerto del abuelo en un ataúd bonito y caliente hecho de madera y después llevamos el ataúd al cementerio. Allí se lo coloca en un hueco hecho en la tierra; se hace un montoncito de tierra encima y se plantan flores muy bonitas; y, por fin, ponemos sobre la tumba una lápida con el nombre del abuelo. Y así podemos visitar su tumba siempre que queramos y la podemos adornar con flores (*). Pero

(*) De acuerdo con la edad, se podrá y deberá hablar más claramente al niño sobre el proceso del entierro y sobre la

lo que no sabemos es lo que sucede con el abuelo, al que conocíamos y queríamos tanto, con el que jugábamos, hablábamos y salíamos de paseo. Creemos que de eso se cuidará Dios. Pero nosotros ahora ya no podemos estar más con el abuelo y por eso estamos tristes. Nos hemos separado de él. Pero Dios no se ha apartado de él; está a su lado.»

Perspectivas de confianza.

Con toda intención hemos evitado todas las imágenes «visualizables» acerca del «¿cómo será aquello?», es decir, todo lo que hable de «cielo», «sueño», «resurrección», «alma», etc. Su aspecto «visual» es simbólico y no directamente literal, y aun cuando empleásemos todas esas imágenes con todas las seguridades posibles no podríamos impedir que los niños la tradujesen en objetos sensibles integrándolas en su fantasía. Pues no podemos impedir que los niños se creen sus ideas fantásticas, ni debemos impedirlo. Sin embargo, no debemos confirmárselas de manera que puedan llegar a pensar que nosotros las compartimos. Ante ellos nosotros debemos representar más bien a la realidad, posibilitándoles de ese modo a lo largo del tiempo una distancia crítica respecto a su mundo fantástico. Por eso, de momento, evitamos al hablar con los niños el uso de símbolos cristianos corrientes alusivos a la fe y la esperanza ante la muerte en vez de emplearlos junto con ellos en forma directa y fantástica. Hacemos esto, no porque esos símbolos no puedan ser verdaderos, sino porque los niños los han de utilizar necesariamente mal y por lo tanto

descomposición biológica del cuerpo muerto en la tumba. Un modo de hacerlo podría ser: «Tú sabes que el abuelo está muerto. Ya no se puede mover ni andar, no puede hablar y naturalmente tampoco puede comer. Y así se va haciendo cada vez más pequeñito hasta que ya no quede nada de su cadáver en la tumba.» De todos modos, no se debería nunca omitir la información mínima propuesta arriba a propósito del entierro, pues si se la sustituye por la acostumbrada respuesta de que «el abuelo está en el cielo» se está poniendo en peligro la confianza del niño para con los padres. Porque el niño se enterará del hecho de que las personas son enterradas, descubrimiento que lo sumirá en confusiones y le planteará problemas, ya que está en contradicción con la única comprensión que le es a él posible de ese «estar en el cielo», la comprensión directa y literal.

no constituyen para ellos una ayuda. Nos mantenemos en que no sabemos nada más allá de la muerte. «Lo más importante para el niño es que le suministremos una perspectiva de confianza y no de la «nada», del «vacío», del abandono total» (Johanna Klink).

«Esa perspectiva de confianza» sólo se nos manifestará si nosotros mismos no eludimos la confrontación con ese condicionante base de nuestra vida, con la finitud, sino que le hacemos frente. El «no lo sabemos» puede llevar consigo el vacío y la resignación que abarca y supera la separación de la vida y la muerte. «Pues vosotros estáis muertos y vuestra vida está resguardada con Cristo en Dios», es la forma cómo Pablo describe esa perspectiva de confianza, perspectiva que incluye el «no sabemos». «Pero cuando se manifieste Cristo, nuestra vida, también vosotros os manifestaréis con él en la gloria» (Colosenses, 3, 3 s.).

La respuesta ha de tomar en serio la pregunta del niño acerca de la vida. En lugar de consolar con falsas certezas o de confirmar las fantasías infantiles, la respuesta ha de patentizar la valentía de la fe que confiesa su desconocimiento pero, en vez de resignarse ante la nada, «espera contra toda esperanza».

Esperanza cristiana: La vida comienza con la muerte.

Con la resurrección de Cristo queda puesto en cuestión lo que solemos llamar «vida»: la vida ya no es simplemente aquello donde aún no se da la muerte. Una imagen tal de la vida sólo la puede elaborar el ser humano cediendo a un gran engaño, el de que el morir supone el fin del vivir, cerrando sus ojos al morir permanente que se da en la vida, morir que acontece irrevocablemente, día a día, con el pasar del tiempo, la despedida de personas y cosas, la pérdida de oportunidades y posibilidades vitales, el desgaste de sus fuerzas y energías. «El auténtico problema no es la muerte de mañana, sino la muerte de hoy: el odio, la autoafirmación, el deber ser más fuerte que otro y el aparato militar que configura el duro símbolo de la muerte que segrega a unos hombres de otros y llega a ser más que un mero símbolo» (J. Sperna Weiland).

Esa es la muerte que hoy nos importa y amenaza. Dura toda una vida y, comparado con ella, el momento de nuestro fallecimiento biológico carece de importancia, ya que muchas veces no es ni siquiera vivenciado conscientemente. El mensaje de la resurrección me hace ver que no estoy ya viviendo por el mero hecho de aferrarme a la vida o por debatirme contra la permanente pérdida vital, contra ese constante morir que se da en mi vida, creyendo que de ese modo lo detengo o retraso. Porque, al obrar de esa manera, en realidad sigo bajo el poder de la muerte al permitir que ella determine todo mi obrar. Sólo participaré de la vida si asumo mi propia muerte y la concibo como la realidad de la vida, si entrego mi vida y a mí mismo a la muerte, me dejo crucificar con Cristo (Gálatas, 2, 19 s.) y de ese modo me adelanto a la misma muerte. Pues eso que la muerte le dice al hombre de manera definitiva e ineludible: «tienes que entregarte; has de abandonarte», lo hemos percibido nosotros en Cristo, pero no ya como final y destrucción de la vida, sino como plenitud, como el comienzo de la vida verdadera: no se vive más para sí, sino para los demás.

*«Pues, ninguno de nosotros vive para sí
y ninguno muere para sí.*

*Si vivimos, vivimos para el Señor;
si morimos, morimos para el Señor.
Por tanto, vivamos o muramos,
somos del Señor.*

*Pues, para eso Cristo murió
y volvió de nuevo a la vida,
para ser Señor de muertos y vivos.»*

(Romanos, 14, 7-9)

Por eso la muerte ha perdido su poder sobre nosotros y la vida se ha enseñoreado de nosotros. En consecuencia, la vida no acaba sino que comienza con la muerte; ya tiene tras de sí a la muerte, aunque todavía no haya llegado el fallecimiento clínico, del mismo modo que Cristo tiene tras de sí la muerte y está en la vida: «Habéis sido enterrados con él (Cristo) por el bautismo, y con él habéis resucitado por la fe, operada por Dios que lo resucitó de entre los muertos. Y él os ha vivificado junto con él, a vosotros que estabais muertos en los pecados... y nos ha perdonado todos los pecados» (Colosenses, 2, 12 s.).



Estas reflexiones teológicas de Pablo, en las que da cuenta del valor que la fe confiere para vivir confrontados con la muerte, no son naturalmente adecuadas para introducir a los niños a la esperanza de la fe cristiana. Será mucho más oportuno en este caso echar mano de narraciones. Pero, ¡cuidado con esas narraciones! Los relatos pascuales son narraciones de un tipo especial y no pretenden describir acontecimientos históricos concretos sino verdades que fundamentan el planteo esperanzado de la vida de los hombres, al igual que lo hacían de modo muy diverso las reflexiones de Pablo.

Con este fin escogeremos una narración que contenga un número relativamente pequeño de rasgos milagrosos y legendarios (tumba vacía, apariciones de ángeles, apariciones milagrosas del resucitado cuando están cerradas las puertas, etc....). Precisamente la acumulación con la que son empleados esos detalles en la mayor parte de los relatos pascuales, dificulta una adecuada comprensión por parte del niño. Ciertamente que en ese momento no suponen para él un problema, pues más bien está dispuesto a aceptar ingenuamente y sin cuestionarlas esas narraciones maravillosas, lo cual con frecuencia ha llevado a la falsa impresión de que de esa manera entiende esos relatos con más inmediatez y mejor que los adultos más críticos. Y precisamente esas narraciones no son apropiadas para niños pequeños justamente por conceder tanta atención a los detalles maravillosos. Hay que irlos preparando poco a poco para que comprendan que esas historias no describen objetos exteriores y acontecimientos únicos a la manera de un «reportaje» sino que utilizan medios narrativos y formas de expresión que refieren a algo distinto que se sitúa en el plano de la concepción humana de la vida y de la fe, intentando presentarlo de forma simbólica. Elegimos por lo tanto una historia en la que esos rasgos quedan en un segundo plano: la de la aparición del resucitado en el lago de Tiberíades (Juan 21,1-13).

Un poco de teología: Origen y contexto de un relato pascual.

Hasta un lector superficial de este relato puede percibir que se integra a duras penas en el contexto. Da la impresión de haber sido añadido al final auténtico del evangelio de Juan y de sus narraciones sobre la pascua que aparecen en el capítulo 20 (¡cfr. sobre todo los versos finales 30 y 31!). Sin transición con respecto al lugar, que hasta el momento ha encua-

drado los relatos de la pascua, Jerusalén, aparece ahora como nuevo escenario el lago de Tiberíades (lago de Genesaret). Los discípulos han vuelto a su antiguo oficio de pescadores como si la pascua no hubiera todavía ocurrido, como si en el capítulo previo (verso 21) no hubieran sido enviados precisamente a difundir el mensaje de Jesús por el mundo. Por esta razón los comentaristas consideran que esta historia constituye una narración originariamente independiente que, por sí sola, pretende hablar acerca de una primera revelación del resucitado a sus discípulos junto al lago de Tiberíades.

El evangelista la habría añadido a su evangelio como un apéndice. El que no le molestasen las incoherencias señaladas (pues hubiera podido fácilmente reducir las diferencias) puede comprenderse como algo intencionado: Los discípulos, que se saben enviados por Jesús a transmitir al mundo su mensaje, fracasan en su tarea debido a la oposición que encuentra ese mensaje entre los hombres. Podemos a este respecto recordar las dificultades y peligros de las primeras comunidades cristianas tal como han quedado testimoniadas en los Hechos de los Apóstoles. Los discípulos fracasan hasta tal punto en su tarea que abandonan totalmente y vuelven a su antiguo modo de vida, a su oficio y a su tierra: viven como si nunca los hubiera convertido Jesús en discípulos y amigos suyos. El que a pesar de todo vuelvan a asumir la causa de Jesús y permanezcan en ella no es resultado de su esfuerzo y de su capacidad de aguante sino señal de que Jesús los sigue impulsando, fortaleciendo y animando con su espíritu y sentido del vivir. Esta narración de la pascua pretende ser la expresión figurativa y simbólica de todo eso. El que se siente solo pierde el ánimo. Pero los discípulos ya no están solos desde la resurrección. La pascua ya no constituye en este caso un acontecimiento puntual sino la experiencia constante de la presencia viva del sentido y de la pascua de Jesús, una experiencia gracias a la cual los cristianos pueden constantemente recuperar su coraje de vivir, su esperanza y su confianza.

En el actual contexto del evangelio de Juan, la narración, entendida como una aparición reiterada a los discípulos con el objeto de animarlos, se refiere a una experiencia fundamental que forma parte ineludible de la vida del hombre: la de que el ser humano fracasa y se atemoriza enfrentado con una tarea que supera sus fuerzas. Esa experiencia fundamental todavía no es asequible a los niños en toda su dimensión e impor-

tancia. Es verdad que también ellos comprueban fragmentariamente que no logran realizar algo o que fracasan en sus tareas. Sin embargo la significación de esa vivencia la camuflan fácilmente con el consuelo de que «lo que todavía no puedo ahora lo podré más adelante cuando sea mayor». El que fracasar en una tarea constituya un acontecer básico que acompañe inevitablemente la vida del ser humano es algo que cae lejos de su horizonte.

Como dijimos, esta narración era originariamente un relato pascual independiente que pretendía representar la primera aparición del resucitado gracias a la cual los discípulos habían recuperado el ánimo. Y es así como podremos presentársela a los niños, pues de esa manera quedará situada con el trasfondo de una experiencia que conmueve también la vivencia de los niños, la experiencia de quedarse solos, que conlleva el pasar miedo y priva de la valentía («Cuando mis papás, mi mamá, estaban fuera...»).

Un ejemplo de narración: Jesús resucitado entre sus discípulos.

Los discípulos habían vuelto al lago en donde Jesús los había llamado en otro tiempo. En aquella ocasión se habían hecho discípulos suyos; habían partido junto a él. Habían oído cómo les hablaba a los hombres del amor de Dios y de cómo Dios quiere y valora aun a aquellos que son rechazados, despreciados y abandonados de los hombres. Habían sido testigos de cómo Jesús se juntaba con esas personas, se sentaba con ellos a la mesa y comía con ellos, con paganos y pecadores, con publicanos despreciados, con los enfermos y también con los niños. Habían visto cómo Jesús ayudaba y alegraba a esas personas y a la vez tuvieron que contemplar que con ese comportamiento Jesús no sólo cosechaba aprobación; también le produjo enfados y enemistades, pues muchos no podían comprender cómo Jesús se atrevía a juntarse con una gente que no era bien vista, que era odiada o de la que se tenía miedo; gente de la que se pensaba: Dios tampoco los quiere, son malos; o gente como los niños de los que se dice: son pequeños y sin importancia, lo único que hacen es estorbar.

Esa gente no gustaban de Jesús: debería ocuparse de los buenos que se lo han merecido. Los malos no merecían la pena; era trabajar en vano (y pensaban que ya se veía lo malos que eran en la suerte que les había correspondido o en

que estaban enfermos o sufrían otras necesidades; pero Jesús pensaba de otra manera a este respecto). A los mismo discípulos les resultaba con frecuencia difícil comprender todo aquello, pero más tarde llegaron a comprender a Jesús también en este punto.

Todo eso le había costado a Jesús la vida. Cuando se dirigía a Jerusalem para celebrar la pascua cayó en manos de los romanos. Por aquel entonces éstos habían ocupado la nación judía y la gobernaban. Y siempre sospechaban de alguien que llevara consigo muchas personas, amigos, discípulos, gente que le acompañaba. Pensaban: a lo mejor se produce un levantamiento y tenemos que abandonar el país.

Pero cuando Jesús fue hecho preso hubo muchos que levantaron sospechas contra él y dijeron de él cosas muy malas y no hubo nadie que se atreviese a hablar a su favor, ni siquiera sus discípulos.

Así que Jesús fue llevado a los tribunales y condenado a muerte. Su condena fue la corriente en aquel tiempo: la muerte en una cruz de madera.

Por fin Jesús fue ejecutado y enterrado y sus discípulos se quedaron solos y tuvieron miedo. Temían que se pudiese volver contra ellos la enemistad que se había alzado contra Jesús. Tenían el miedo que tiene cualquiera que se siente abandonado. Y ellos estaban ahora solos frente a un trabajo enorme: el de hacer lo mismo que Jesús, llevar el amor de Dios a los hombres, preocuparse de las personas, de cuantos se sienten abandonados, despreciados o en necesidad. Para eso los había llamado Jesús y para eso habían vivido con él.

Pero esto les daba miedo. Pensaban: lo más seguro será que nadie note que somos de los de Jesús y que aprendimos a su lado. Y por lo tanto se marcharon de Jerusalén, aquella ciudad tan peligrosa. Volvieron a su tierra y se hicieron pescadores como antes. Actuaron como si no hubiera pasado nada con Jesús. Tal vez hablaban entre sí con frecuencia de los días pasados con Jesús: «En aquel tiempo; sí, en aquel tiempo...» Pero sólo lo hacían ocultándose, con las puertas cerradas. En público no decían nada sobre el particular.

Hasta aquí la narración sumaria previa a la historia de los discípulos con Jesús. Naturalmente que se la puede cambiar según lo que los niños conozcan ya acerca de Jesús y de

pendiendo de la imagen que posean acerca de su especial modo de comportarse, de su misión y de su vida. Presentada de esta manera sirve a dos finalidades; plantea nuestro relato pascual en un contexto que es necesario para su comprensión: el que Jesús se manifieste y vuelva a hacerlos sus discípulos. Y además resulta que este relato incluye muchas referencias y recuerdos de la vida de los discípulos con Jesús antes de pascua: La llamada en el lago y el abandono de su oficio de pescadores, los relatos de las comidas de comunidad con Jesús incluida la última cena, etc...

Todo eso hay que hacérselo ver a los niños durante la narración para que capten el significado de esta historia: que esa vivencia de estar con Jesús no se ha acabado, que no es mero recuerdo que se puede traer a la memoria («Entonces, cuando Jesús aún estaba entre nosotros, nos acompañaba a pescar, en la comida... y nos conmovía con sus palabras»); sino que esa convivencia continúa.

Y ahora volvamos a nuestro relato pascual (contado según «La historia de Jesús» de Wilhelm Beneker):

Así que los discípulos estaban de nuevo junto al lago en el que en otro tiempo los había llamado Jesús. En aquella ocasión se habían hecho discípulos suyos. Pero ya había pasado mucho tiempo.

Allí junto al lago estaba Pedro, con Tomás y Natanael y también los hermanos Santiago y Juan y otros discípulos. Y Pedro dijo: «Voy a salir al lago a pescar» y subió a la barca. Los otros discípulos se le unieron. Se adentraron en el lago y lanzaron las redes y así estuvieron trabajando toda la noche sin pescar nada, ni un miserable pez. Amaneció y los discípulos se dirigieron de vuelta hacia la costa.

Y allí estaba él, Jesús, el Señor resucitado. Los discípulos le vieron pero no le reconocieron. No sabían que era Jesús.

Pero él les dijo: «Hijos míos ¿no tenéis algún pescado que podamos comer?» Le respondieron: «No, no hemos pescado nada.» Entonces les dijo: «Lanzad vuestras redes una vez más por la borda derecha de la barca y haréis una buena captura.»

Así lo hicieron. Lanzaron la red y ya no podían sacarla del agua. Había tantos pescados en la red que no eran capaces.

En aquel momento el discípulo a quien Jesús quería más especialmente dijo: «¡Es el Señor!» Al oír esto, Pedro se vistió la túnica, saltó al agua y fue nadando hasta la costa. Los demás discípulos llegaron tras él en la barca y descargaron la red cargada de pescados en la costa. Bajaron a tierra y vieron un fuego en el suelo y pescados colocados sobre las brasas. También había pan.

Jesús les dijo: «Traed también algunos de los pescados que habéis capturado.» Fue Pedro y arrastró la red a tierra. En la red había ciento treinta y cinco peces grandes pero la red no se rompió. Y Jesús dijo: «Acercaos a mí. Vamos a almorzar juntos.»

Y ninguno de los discípulos le preguntó «¿quién eres?» pues sabían que era el Señor. Había resucitado de entre los muertos: de eso estaban seguros.

5. La educación de la conciencia

Educación «cristiana»: muchos castigos y muchas prohibiciones.

Dos señoras jóvenes charlan en el tranvía recordando su niñez y la educación que les dieron. «Claro —dice una—, es que a mí mis padres me educaron muy cristianamente.» «Ya me lo imagino —tercia su amiga—, seguro que todo eran prohibiciones: ni cine, ni baile, ni chicos, o algo parecido.» «No, era un poco distinto. A nosotros nos castigaban mucho y yo en especial aguanté muchas palizas. Mi hermano salió mejor parado, pero al fin y al cabo era más pequeño y puede que mi madre ya hubiera agotado el cupo de palizas conmigo. O tal vez la razón fue que él era un niño y yo una niña. En todo caso, para mí siempre estaba preparado el cazo en el cajón.»

Educación «cristiana» quiere decir muchas prohibiciones o castigos muy severos: tal es el recuerdo que guardan esas dos niñas crecidas. «Cristiano», en este contexto, significa un estilo educacional en el que son importantísimas la moral y la decencia. «Nuestro hijo tiene que aprender los mandamientos; eso a nadie le ha hecho mal», es lo que opinan muchos padres acerca del valor de las clases de religión o de preparación para la confirmación. Bueno y malo, permitido y prohibido, se puede y no se puede, mío y tuyo: esas son las distinciones que ha de encajar un niño en su conciencia, coincidiendo con la opinión popular más generalizada. «Quizás ape-

nas nos damos cuenta de hasta qué punto es moralizante el tipo medio de educación y de qué forma tan primitivamente moralista reaccionamos todos ante los niños», constata a este respecto Johanna Klink.

Más allá del bien y del mal.

En un primer momento, los niños pueden gozar de algo parecido a una «veda» moral. Al bebé no se le plantean exigencias. Nos alegramos cuando come bien, cuando sonrío amablemente o balbucea, cuando duerme tranquilo, nos alegramos de que crezca y de cualquiera de sus progresos evolutivos. Y tendríamos que ser muy meticulosos o timoratos en exceso si intentásemos ya adiestrarlo en el orden y la puntualidad imponiéndole unas horas fijas de alimentación, por ejemplo. Al fin y al cabo, el niño tiene mucho tiempo por delante para entrar en contacto y ejercitarse en las ordenanzas y convenciones de nuestra vida adulta.

Pero luego comienza un tiempo difícil para las dos partes, cuando el bebé encantador se convierte en el niño pequeño inquieto, curioso y emprendedor, unas semanas antes pasaba todavía el tiempo durmiendo o quieto en la cuna gorjeando. En pocas ocasiones se producían fuertes colisiones del bebé con su ambiente: a veces estaba inquieto, o gritaba en momentos que disturbaban a los mayores en su descanso o en su trabajo concentrado. Pero eso se pasaba por alto: sólo se ponía un poco «tonto», un juicio que, considerado en otra óptica, es totalmente falso, pues nunca «aprende» un hombre tantas cosas como en su primer año de vida.

Las primeras exigencias.

Pero, ahora, la situación cambia notablemente: el niño aprende a tenerse en pie, a correr y a agarrar con la mano, y con ello surgen cantidad de cosas ante su ámbito visual. Y no sólo puede verlas, sino también dirigirse activamente hacia ellas y atraparlas; pero, por desgracia, pertenecen a otros... Le gustaría jugar con ellas, investigarlas y comprenderlas, pero las cosas que excitan su interés son muchas veces frágiles o peligrosas para el niño, o bien alguien las está utilizando en ese preciso momento.

Así que el niño se ha desarrollado corporalmente; ya es más hábil y flexible. Y en ese punto justamente es cuando se le plantean las primeras exigencias, muchas veces demasiado temprano y con demasiada impaciencia. Ahora es cuando ha de aprender hacer sus necesidades en la bacinilla, en lugar de hacerlas en los pañales. Ha de avisar cuándo quiere ir al cuarto de baño, en vez de llegar demasiado tarde con el pantalón húmedo o sucio. Tiene que saber coger con la mano el jabón, manejar la cuchara y el tenedor (y, por cierto, «con educación»). Tiene que aprender a cuidar de su vestido, en vez de mancharlo o romperlo jugando sin trabas. Y, además se le impone la iniciación en todo el entramado de convenciones y respetos que se acostumbra entre adultos. La tía que hasta hace poco consideraba una encantadora timidez infantil el que uno se negase a saludarla y a darle la mano y se retirase lleno de miedo, ahora se enfada si no se le da el saludo de los «buenos días» con la mano derecha que es la «buena». Así cambian las cosas casi de un día para otro. ¿Quién entenderá este lío?

Diario de un niño de dos años.

Sobre estos choques dolorosos y perturbadores que el niño experimenta en su creciente impulso de descubrimiento y dominio al contacto con los adultos, nos ilustra el «Diario de un niño de dos años», que intenta expresar los pensamientos y sentimientos de uno de esos pequeños (citado aquí libremente, siguiendo a Helmut Holthaus):

MIÉRCOLES:

- 8,10. He salpicado agua de colonia en la alfombra. Huele muy bien. Mamá, enfadada. El agua de colonia queda prohibida.
- 8,45. He metido el encendedor de papá en el café. Me gané una paliza.
- 9,00. Estuve en la cocina. Quería inspeccionarla. La cocina queda prohibida.
- 9,15. Estuve en el escritorio de papá. Saqué algunos libros. Me echaron fuera. El escritorio queda también prohibido.

- 9,30. Extraje la llave del armario. Mamá no sabía dónde estaba. Yo tampoco. Hansi malo. Palmada en la mano. La llave, prohibida.
- 10,00. Encontré un lápiz rojo. Pinté el empapelado. También está prohibido.
- 10,20. Extraje la aguja de calcetar de la calceta y la doblé. Clavé la otra aguja en el sofá. Las agujas de calcetar quedan prohibidas.
- 10,40. Encontré un periódico. Cruje muy bonito al rasgarlo. Prohibido.
- 11,00. Tenía que beber la leche, pero yo quería agua. Grité con todas mis fuerzas. Me dieron una paliza.
- 11,10. Moje el pantalón. Paliza. Mojar el pantalón queda prohibido.
- 11,30. Encontré unos cigarrillos. Los abrí. Tienen tabaco dentro. No sabe bien. Son sólo para mamá, para Hansi están prohibidos.
- 11,45. Perseguí hasta el muro un cienpiés. Allí encontré una cochinilla de la humedad. Tiene un sabor interesante, pero está prohibida.
- 12,30. Escupí la ensalada. Estaba intragable. Prohibido escupir.
- 12,35. Baño. Me desnudé. Tengo un rabito en el cuerpo. Prohibido. Palmada en la mano.
- 12,45. Unté las manos en el orinal. Mamá gritó: «¡Qué asco!». Terminantemente prohibido.
- 13,50. Siesta en la cama. No dormí. Me levanté y me senté sobre la colcha. Cogí frío. Prohibido enfriarse.
- 14,45. Tiré del mantel. Se rompió el cenicero. Sonaba muy bonito. Prohibido el mantel.
- 14,50. He estado reflexionando. He constatado que todo está prohibido. Entonces, ¿para qué estamos en el mundo?

Tan drásticamente no suele darse una situación semejante cada día ni en todas las familias, ¡por suerte! Pero nos podemos engañar tremendamente acerca del número de las negativas, de las prohibiciones, palmadas y castigos a los que sometemos a nuestro hijo al cabo de un día. ¿Eran realmente necesarias todas las prohibiciones? ¿No se podía solucionar la situación de otra manera?

Ante este niño de dos años que, saturado de prohibiciones y castigos, comienza a desesperar de la vida, uno tiene la impresión de que son las constantes amonestaciones, reproches y castigos las que lo llevan de acá para allá por la casa, como si su inquietud avivada a causa de esas prohibiciones lo impulsase a nuevas actividades que le hacen entrar en conflicto con su madre. El caso es que podían haber surgido diversas oportunidades de dirigir esa inquietud por cauces más tranquilos y de conducirlo a una actividad que lo interesase de verdad manteniéndolo quieto. Por eso, una solución mejor para las dos partes consiste en que los padres se interesen y participen como animadores en las acciones promovidas por la curiosidad infantil, el juego o el impulso a la investigación y el movimiento, siempre que sean oportunas por no ocasionar ningún peligro ni para el niño ni para el mundo que lo rodea.

Cuanto más se participe positivamente con el niño y en su vida, tantos menos motivos habrá para prohibiciones, amonestaciones y limitaciones.

El equilibrio necesario entre lo permitido y lo prohibido.

El mundo circundante se parece, por lo tanto, a un estimulante mapa de excursión que en primer lugar informa suficientemente acerca de las rutas, senderos y paisajes interesantes y asequibles. Un mapa de excursiones puramente «negativo», que informase exclusivamente acerca de carreteras cerradas al tráfico y de terrenos prohibidos sería algo inútil. La única alternativa sería la de quedarse en casa atemorizado ante cualquier tipo de empresa, mientras que el mapa «positivo» atrae a quien lo contempla hacia metas siempre nuevas.

Ahora bien, este niño de dos años corre el peligro de sentirse desanimado y oprimido por la constante experiencia de que todo lo que hace y le interesa le hace entrar en conflicto con su madre y causa a ésta molestias, conduciendo a fracasos y castigos. Y, en consecuencia, omite ya, de antemano, cualquier actuación: no compensa. A uno sólo lo quieren cuando está quieto y es «bueno». Con frecuencia los niños manifiestan sin tapujos cuándo les resulta demasiado estrecha la coraza de las limitaciones educacionales, hasta el punto de amenazar oscurecer con exceso su sentimiento vital. Esa alegría emprendedora y esa curiosidad, el gozo de experimentar, investigar y conocer cosas nuevas, que muestra ese niño de dos años son algo que hay que conservar. Es cierto que habrá que encauzarlo de manera que ni le resulte a él peligroso ni demasiado molesto o dañino a los que lo rodean. Pues va a necesitar de esa actividad y de la alegría del descubrimiento para poder orientarse en el mundo, para situarse en él y para comprender las relaciones y las normas.

Todo un despliegue de prohibiciones se opone al desenvolvimiento de esas capacidades provocando con facilidad que el niño se haga insensible y quitándole pronto el gusto por la actividad. Hablando en sentido figurativo, habría que permitir que el niño descubra por sí mismo si se ha metido en un callejón sin salida o si circula por una calle llena de vericuetos y plagada de baches, en lugar de frenarlo ya al comienzo del camino. Pero, es algo más lo que exige la alegría con la que los padres acompañan la actividad de sus hijos, que va creciendo, se desarrolla y cada vez se hace más segura de su meta, alegría que los hace participar con su atención, estímulo y corrección.

Es verdad que los padres no deben dejar que sus hijos procedan al margen de la crítica pero han de dar importancia y tomar en serio sus deseos y actividades. Son más oportunos los ruegos y propuestas concretas que los mandatos y prohibiciones que suponen un reto a la terquedad infantil.

La nueva palabra: «No».

Y, finalmente, llega «la» nueva adquisición de los primeros años, el aprendizaje de la lengua y, antes que nada, las prime-

ras palabras importantes. Entre ellas se encuentran esas palabras que parecen ser esperadas impacientemente por cuantos lo rodean y en particular producen una especial alegría, como «papá» y «mamá». Pero, también las palabras «no», «pero yo quiero», «yo no quiero» que, al parecer, son menos cotizadas entre los mayores. «Ahora comienza este renacuajo con su época tozuda», constatan los padres con un suspiro. Hasta ahora había sido tan bueno, dócil y obediente y ahora amenaza con convertirse en un «cabezota» insoportable.

Pero resulta que, precisamente, esas palabras «no» y «no quiero», junto con la vivencia que en ellas se desarrolla, son especialmente importantes. Pues es justamente en ese momento cuando el niño ensaya los primeros pasos de una autodeterminación y autoconducción más consciente, orientada a partir de la realidad. A la vez emerge algo nuevo en el horizonte de su vivencia. Hasta este momento el niño pequeño había hablado acerca de sí en tercera persona: «Tomás hace, Tomás come, Tomás juega.» La paulatina introducción de la palabra «yo» denota que el niño ha descubierto su propia persona. Experimenta que es un «yo» en contraposición a un «tú», a un mundo circundante con el que comienza a compararse y debatirse. De igual manera van creciendo sus capacidades de conservar cosas en la memoria, de tener intuiciones, experiencias de complejos y relaciones, causas y efectos. Se ensancha su idea de lo que se puede y no se puede, de lo que es útil o hace daño, de lo bueno y lo malo, y con ella su conocimiento y su conciencia.

Esto acontece no sólo en razón de sus propias experiencias, sino también con la ayuda de la toma de postura de sus padres referente a su modo de obrar, al hacerle ver lo que les agrada, lo que les resulta grato o lo que los molesta o enfada.

El sentido de la obediencia: ¿finalidad por sí misma o etapa de tránsito.

Naturalmente que al comienzo no se ha de dejar expuesto al niño a múltiples experiencias, sino que habrá que resguardarlo de ellas. No se puede correr el riesgo de que vierta sobre su cabeza una cazuela de agua caliente para que comprenda que se trata de algo doloroso y peligroso. En este aspecto cobran una cierta justificación los mandatos estrictos y la exi-

ra podido contemplar, acariciar, con el que hubiera podido correr y jugar. Y todo eso lo ha hecho fracasar su madre; por eso es mala y hay que reaccionar contra ella.

Ana no puede comprender todavía los verdaderos motivos de la madre: para ella el peligro del tráfico no significa nada. Por eso Ana está enfadada. Otra cosa no era previsible: Eso es lo que debía haber pensado la madre, mostrando comprensión hacia Ana una vez que ha conseguido su finalidad de retirar a la niña del peligro del asfalto; en vez de enfadarse a su vez (lo que confirmará a Ana en la idea de que su madre es mala y en que el haberla retirado es una prueba de ello) debería haber hecho algo con lo que Ana pudiera comprender ese empleo de fuerza como algo distinto de dureza y falta de cariño.

Prudencia razonable y no timidez morbosa.

Por difícil que parezca, en este caso era necesario un consuelo para la niña decepcionada y conmovida hasta el límite de sus posibilidades: «¡Qué pena! El Baubáu se marchó. Querías jugar con aquel perrito. Pero la calle es peligrosa, por eso no puedes echar a correr por la calle. Cuando vuelvas a ver un perrito me lo dices y atravesamos la calle juntas.» Puede que Ana no capte todavía plenamente el sentido de esta explicación, pero percibirá algo: mi deseo de jugar con el perro no era malo, me lo comprenden y aprueban. Si Ana llega a entender esto le será una gran ayuda para no recordar el fracaso de su propósito y el empleo de la fuerza por parte de su madre como una falta de cariño.

La señal «no» ha de utilizarse con claridad y consecuencia. Pero un uso demasiado frecuente la hará inoperante y cohibirá al niño. El mundo, todo lo interesante, excitante y nuevo que le gustaría experimentar, conquistar, comprender y conocer, le aparece desfigurado de puros «nos». Y entonces todo ese mundo que le rodea corre el peligro de adquirir un carácter negativo cuando de lo que se trata es de que el niño mantenga su actividad y su curiosidad. Es verdad que «quien ama el peligro perecerá» y que los niños pequeños se ven, en particular, expuestos a peligros, porque aún no reconocen los riesgos de la vida y no saben defenderse de ellos. Pero también es verdad que «quien nada arriesga nada gana», no aprende nada nuevo y se queda parado. La auténtica meta es, por

gencia de una obediencia incondicional; hay que conseguir que el niño responda a las señales de peligro de los padres. «Eso a mamá no le gusta», es la primera posibilidad que el niño tiene para controlar su comportamiento. Pero «eso a mamá no le gusta» es bastante diferente de decir «mamá no te quiere», pues este segundo caso es un signo de castigo. El por qué mamá (o papá) no quieren algo es un asunto que naturalmente no se le puede explicar al niño todavía en la etapa previa al lenguaje y en esto consiste otra de las diferencias respecto al niño mayorcito, diferencia que complica el proceso, pues una señal prohíbe o permite, pero no explica. Mamá y papá dicen «no», hacen un gesto de rechazo o ponen una cara enfadada o tal vez le dan una palmada en la mano a la fierecilla imprudente. Pero hasta el significado de las explicaciones primeras más simples, como «quemá», «hace pupa», es algo que el niño debe aprender.

Ana, una niña de dos años muy vivaz, está con su madre en la acera. La madre charla con una conocida. Ana se aburre enormemente e intenta pasearse por allí. La madre le dice: «¡Pero no pasees por la calle!» Apenas un instante y contempla con horror que Ana, unos pasos más allá, comienza a andar por el asfalto. «Baubáu», grita entusiasmada, pues en la otra acera ha aparecido un perrito precioso. «Ana, ¡vuelve atrás!», grita la madre. Pero Ana ya ha echado a correr sin preocuparse del tráfico. La madre tira con todo, corre tras de ella y logra atraparla a tiempo. Luego la vuelve a traer por la fuerza. Pero Ana se enfada, se opone, patatea y llora: «Baubáu», jugar; ¡mamá mala!». —«¡Qué mal educada estás!, ¿es que no oyes?», le echa en cara la madre nerviosa, propinándole una palmada saludable cuando ya la tiene felizmente sobre la acera. «Esto por portarte mal.» Ana sigue llorando a lágrima viva, pero ya no opone resistencia.

Este ejemplo nos aclara muchas cosas: en primer lugar, que hay que emplear únicamente aquella violencia que sea estrictamente necesaria, la que aquí, por ejemplo, fuera suficiente para sacar a Ana de la zona de peligro. La palmada estaba de más. ¿Es que iba la madre a suponer que su hijita se alegrase de ser atrapada por la fuerza o podía esperar que se le fuese a someter por propia voluntad? El planteo de la niña era totalmente distinto: la madre le había impedido a Ana algo que encontraba tremendamente atractivo y bonito. Por fin, había descubierto un perrito precioso, al que hubie-

tanto, una actividad que corra pareja con una prudencia razonable y no se vea impedida por un miedo morboso.

Mandatos y prohibiciones como recursos provisionales.

Ese «no» y esas señales de aviso por sí solas ¿constituyen ya una educación moral y una formación de la conciencia? Tal vez nuestras gruesas y pesadas palabras «conciencia» y «moral» no son realmente lo más adecuado en este caso. Pues si lo consideramos sobriamente, lo que se pretendía aquí eran dos metas muy simples. En primer lugar, se tiene en cuenta que un niño pequeño no es lo suficientemente «razonable» como para controlar las consecuencias de su comportamiento. Puede ponerse en peligro sin percatarse de ello. Para salir al paso de tal eventualidad es preciso apartarlo de determinadas cosas y situaciones peligrosas. Pero hay que tener en cuenta que esos mandatos y prohibiciones no son válidos para siempre jamás, pues el niño ha de aprender también, poco a poco, a reaccionar y defenderse a sí mismo en situaciones de peligro que ocurren tanto en la calle como en casa. En segundo lugar, hay cantidad de cosas por las que, con su sana curiosidad, estará interesado; pero acontece que al manejarlas puede con frecuencia estropearlas o romperlas. Sucede que esas cosas significan simultáneamente un valor para los demás, un valor a veces muy grande, y son necesitadas por ellos. O puede también suceder que un niño estorbe o moleste a los otros con su forma de proceder. De momento, todavía no se percata de ello y no porque no lo quiera percibir, sino porque no puede darse cuenta aún. En una primera fase vive todavía como si todo el mundo le perteneciera a él únicamente, desde un punto de vista «egoísta», si es que tiene sentido emitir un juicio semejante respecto a un niño pequeño.

Nosotros pretendemos que un niño llegue algún día a respetar a los demás. Pero para esa finalidad la vía de los madamientos y prohibiciones no es más que un recurso provisional, puesto que aun cuando le diéramos al pequeño explicaciones apenas las entendería.

La «conciencia timorata».

El niño estruja y rasga, por ejemplo, el periódico del día y al hacerlo realiza descubrimientos estimulantes: Yo puedo

romper papel, pues lo destrozo, en tanto que no puedo romper la madera. ¿Qué es el papel? Primero es todavía grande y está entero y luego ya no quedan más que trocitos pequeños. Al niño le fascinan estos nuevos descubrimientos acerca de todo lo que es capaz de hacer con el papel. Y la necesidad que siente de repetir esa experiencia consolidándola es tan fuerte que se olvidará de todo lo demás. No tiene idea alguna todavía del valor que supone el periódico para un adulto, de lo que significa «leer». Y el que se le arrebate el periódico con el argumento de que lo voy a leer es para él lo mismo que si un hermanito le quita un juguete interesante y por consiguiente se opondrá a ello. Pues ¿qué es más importante, el que su madre o su padre hagan algo con el periódico o el que él mismo se entretenga con él?

De momento, lo único que entiende es que los padres están enfadados cuando hace esto o aquello y le entra miedo de perder el cariño de los padres del que depende totalmente. «Cuando rompo el periódico mamá se enfada» es al principio el único motivo que mueve a un niño a obedecer una prohibición y por eso dejará de coger el periódico con el objeto de evitar la pérdida de su «querida» mamá. Con el tiempo el niño irá coleccionando una serie de experiencias similares sobre lo que «enfada» a mamá o la hace mostrarse cariñosa. Convencionalmente podemos llamar al tipo de conciencia que se configura de modo semejante «conciencia timorata». Y dado que su capacidad de conservar cosas en la memoria va creciendo lentamente, poco a poco, ya no será necesario el repetirle constantemente indicaciones y prohibiciones. El niño podrá ya decirselas a sí mismo.

Conciencia, voz de los padres.

«Llevamos a papá dentro» opina un niño de siete años. «A veces se le oye hablar cuando uno quiere hacer algo malo. Ayer quería yo usar el hacha pequeña de papá. El me lo había prohibido porque le estropeo el filo (aquí comienza ya a aparecer operando claramente la comprensión de una explicación objetiva). Cuando cogí el hacha oí su voz aunque él no estaba allí. Su voz que estaba dentro de mí me dijo muy seria: ¿Qué fue lo que te prohibí? Y entonces caí de nuevo en la cuenta de que no podía usar el hacha» (tomado de Hans Zulliger). Algo parecido puede observarse ya en los

niños más pequeños que se privan de algo citando la prohibición de los padres («a mamá no le gusta») o que los imitan dando un cachete a la mano «mala».

La demanda de obediencia tiene una cierta justificación en la época en que no es aún posible hacerse entender del niño hablándole. A la larga los mandatos y prohibiciones sólo constituyen un recurso de emergencia en una educación para la responsabilidad y el respeto.

La manera cómo surge la «conciencia», que en un primer momento no es más que el conocimiento de lo que enfada o agrada a los padres, la podremos observar muy bien en el ejemplo de la niña de cinco años Andrea:

Con frecuencia mientras come patalea tozudamente cuando hay algo que no le agrada. Los padres se lo echan en cara: «Eso no está bien.» Un par de días después pretende de nuevo soliviantarse y comienza a patalear pero se contiene de repente y sólo da un nuevo pisotón suavemente mientras dice como para disculparse: «Es que este pie todavía es un poco maleducado.»

Vemos que la amonestación paterna ha comenzado a funcionar. La segunda vez es Andrea misma quien se llama al orden repitiendo la prohibición paterna («porque este pie todavía es maleducado»). Podríamos considerarlo un éxito total. La niña ha asumido la instrucción paterna que se ha convertido en parte de su conciencia. A este respecto ya no necesitarán los padres dirigir a Andrea ni será preciso que estén presentes para que la niña cumpla lo ordenado. La conciencia asume la prohibición paterna y comienza a dirigir. En ella se encuentran los padres representados.

Educado-maleducado, bueno-malo.

Alguien podría darse por satisfecho con los resultados si la educación de la conciencia no tuviera que conseguir más que el que los niños abandonasen formas de conducta perturbadoras, es decir, que no pataleen, que no metan el dedo en la mermelada, que no estropeen o se lleven objetos que per-

tenecen a los demás y cosas parecidas. Pero entonces ya no se puede llegar a hablar con ellos acerca de por qué han sido maleducados, porqué han hecho esto o aquello.

Porque Andrea no ha negado el hecho (el pataleo) pero sí el que ella misma sea la causante. Ella no fue; ella es educada y cumple el mandato de sus padres. Fue la pierna la que lo hizo. No se ha de valorar esto como una «mentira» con la que la niña pretenda engañar a sus padres. Al nivel en que nos encontramos, en el que las conexiones reales todavía no han sido captadas en su totalidad, le basta al niño con la suposición de que la pierna maleducada no es cosa suya y de que él está completamente de acuerdo con la opinión de los mayores.

Y con frecuencia los mayores confirman ese intento del niño. Cuando Hans molesta, se pone terco o quejica se le echa fuera de la habitación diciendo: Ya volvió Hans el malo; hay que echarlo fuera; cuando vuelva a aparecer Hans el bueno lo dejaremos entrar. O se habla del «tozudito» que Hans ha de dejar fuera. ¿Qué cosa más fácil para un niño que el descargar inmediatamente la forma de comportamiento rechazada por los padres sobre el «chivo expiatorio», sobre Hans «el malo» y eso precisamente en situaciones en las que los padres intentan transmitir a su hijo el sentimiento de que cada uno es responsable de sus actos?

¿Qué es más importante, «portarse bien» o tener consideración con los demás?

El que Andrea deje de patalear con los pies no es normalmente muy difícil de conseguir pero no constituye más que una meta parcial. Mucho más importante hubiera sido el hacerle caer en la cuenta a la niña de que el golpear con el pie no es la expresión adecuada para participar a los demás el propio estado de ánimo, el fastidio o la desgana. Quien se comporta de ese modo no consigue que los demás le hagan caso y lo tengan en cuenta; sólo logrará enfadarlos y por consiguiente hacerse daño a sí mismo. Pero al fin y al cabo Andrea no tiene más que cinco años y le queda aún mucho tiempo por delante. Tendrá que aprender y llegará a aprender a hacerse oír de una manera menos molesta al oído que la de armar jaleo sin palabras; llegará a poder expresar con palabras lo que haya suscitado su enfado, y de ese modo

se hará comprender y será comprendida. Pero son los padres los que le han de ayudar a ello. Y eso supone el que le posibiliten en una situación semejante el expresar aquello que ocasionó su arrebatado pataleo.

En los casos en que sea posible habría que estimular al niño a que exprese el motivo de su «terquedad» en lugar de calificarlo de «malo» y «echarlo fuera» por las malas. Cuando no sucede así cada acción de los padres corre el peligro de no acertar en el blanco, fortaleciendo con ello el rechazo del niño.

¿Reflejos morales o conciencia madura?

Con lo dicho ya queda indicado el camino que han de seguir los padres si tienen interés no sólo en que su hijo adquiera una serie de «reflejos morales» sino una conciencia madura, objetiva, libre, regida por la inteligencia y la responsabilidad y movida por la sensibilización y el respeto al otro. Es verdad que intentamos transmitir a nuestros hijos un par de «normas morales incommovibles» para toda la vida, cuyo cumplimiento facilite la convivencia y nos defienda a todos de daños y molestias innecesarias. Pero la vida es con frecuencia mucho más complicada que la clasificación corriente entre bien y mal que solemos impartir a los niños.

La moral infantil de blanco y negro.

Al fin y al cabo también el niño llega a experimentar cada vez de forma más clara en qué medida tan limitada es auténtica su simple visión moral del mundo, una visión que divide a los hombres en buenos y malos y confía en que el bien se impondrá y será recompensado, en tanto que el mal será castigado y habrá de ceder. Hasta ahora estaba tan claramente repartido como las figuras de un teatro de marionetas. Por una parte, los buenos, los valientes, los héroes: Kasper, la princesa, el rey bueno y anciano, la abuela, el policía. Por la otra, los malos, las figuras peligrosas y extrañas que con frecuencia ya no son seres humanos sino animales: el coco-

drilo, el lobo, el mago, la bruja, los bandidos. Ya por el exterior y por los rostros se puede saber quién forma parte de esa mala sociedad: por los dientes aguzados, las fauces devoradoras, las verrugas y arrugas de la cara, los cabellos encrepados y los vestidos en harapos, la voz profunda y cavernosa o aguda y dulcemente insinuante. Quien tiene una apariencia semejante y habla de ese modo no puede hacer nada bueno y necesariamente acabará mal. Por eso las simpatías de los espectadores de las marionetas se distribuyen con toda claridad: Se apoya a Kasper y su causa y en cambio se grita contra los bandidos, la bruja y el mago, se los engaña, se les silba y se hace burla de ellos. En todo ello el niño se siente total y unívocamente de parte del bueno y del justo.

«El buen Dios lo ve todo.»

Es normal que el niño suponga que Dios también está de esa parte y que, en consecuencia, espere de él que, en esa lucha entre el bien y el mal, se ponga del lado de los valientes e inocentes y los defienda, a la vez que castiga a los malos, y que eso quede bien patente y visible en el gran «teatro del mundo». Esa cosmovisión del niño no es por supuesto independiente de cuanto es tenido por válido y defendido en su entorno. Es ahí donde muchas veces se le presenta a Dios como una especie de inspector moral: «El buen Dios lo ve todo», aun cuando los padres no estén presentes. O bien: «Dios se pone triste cuando hacemos algo malo.»

El cuento de «Dios en todas partes».

Esa visión moralizante de Dios que lo convierte en una especie de institutriz moralista y en una ayuda prepotente de la educación al servicio de los padres, queda patente con especial claridad en el cuento de Bechstein «Dios en todas partes».

En él se refiere cómo les van las cosas a dos hermanos, Görgel y Lieschen, un día en que sus padres van al mercado y dejan solos a los niños después de recomendarles que sean buenos y juiciosos. Rápidamente han dado fin a la merienda que les ha preparado su madre, pero el estómago todavía les protesta con el hambre. A Görgel se le ocurre una idea sal-

vadora: en la despensa de la madre está el tarro de almíbar y por tanto la cosa tiene solución. Pretende convencer a Lieschen para que participe: «Mamá no lo va a notar y nadie nos va a ver.» Pero Lieschen, la niña buena, reconviene a su hermano: «¿No ves los rayos de sol? Pues es Dios quien los envía y él nos verá si robamos.» Görgel no se da tan pronto por vencido. En el desván están las peras y además allí no hay ventanas. Pero resulta que también allí se cuelan los rayos de sol por las rendijas y agujeros del tejado. Así que no hay nada que hacer.

Finalmente Görgel se acuerda del tarro de nata que hay en el sótano. Allí sí que está todo oscuro; cierto que no entran ni el sol ni el buen Dios. Pero aun allí se cuele una leve luz por una grieta del muro. Lieschen se retira; se le han pasado las ganas con tanta mala suerte. Pero Görgel tiene otra ocurrencia: rellena la grieta de musgo. Por fin queda aislado el buen Dios y él puede dedicarse a su tarea sin ser molestado. Más cuando Görgel alcanza con el dedo el tarro de la nata queda tieso de pavor. Un rayo se cuele con un trueno terrible por la grieta del muro, el sótano se ilumina como el día y aparece ante el niño que tartamudea de miedo una figura negra con ojos como brasas.

A su vuelta los padres sólo encuentran en la habitación de los niños a Lieschen. Durante todo ese tiempo ha estado jugando con un ángel bondadoso por haber sido buena. Tras haber hecho averiguaciones descubren a Görgel, paralizado por el miedo, al lado del tarro de la nata, por así decirlo con las manos en la masa. Recibe inmediatamente la paliza supuestamente merecida y promete no volver a robar, convirtiéndose, según el autor, en un verdadero modelo de rectitud y juiciosidad. En adelante ya nunca volvió a dejarse llevar a cometer una acción mala, defendiéndose de las incitaciones que se le presentaron con las palabras: «No lo haré pues Dios lo ve todo.»

¡Qué sencillo es ese mundo! El bien es recompensado inmediatamente y el mal es de igual manera castigado, y todo ello de un modo tan definitivo que la educación moral de Görgel puede darse por concluida. Con Görgel ha funcionado el famoso propósito con el que los niños intentan una y otra vez aplacar a los padres que los corrigen o castigan: «¡No lo volveré a hacer!»

Digamos de pasada que el motivo elegido para presentar esta drástica educación moral es el peor que se puede ima-

ginar. Lo que el cuento presenta como un «sisar» malicioso, es, visto desde la perspectiva del niño, pura y simplemente hambre. Quienes en realidad merecen el castigo son los padres que no han dejado a los niños comida suficiente. Un Görgel con un poco más de conciencia de sí podría haberse defendido: «A mis padres no les ha hecho ningún daño el que yo haya ido al tarro de la nata. ¿Por qué no me dejaron más merienda?»

Dios, ¿un coco para niños?

Todavía es peor la figura que hace Dios en este caso. Queda situado en una relación misteriosamente ambigua respecto a esa aparición oscura, llameante que, junto con el relámpago y el trueno, aterroriza mortalmente a Görgel en el sótano. Hay que colocarlo entre esas imágenes de terror a las que padres irreflexivos pudieran aludir, utilizándolas como aliados educativos, con el objeto de hacer volver a razón a un niño «maleducado»: el guardia, el maestro («Espera a que vayas a la escuela...»), el hombre del saco, Nikolaus («Si se lo contamos a Nikolaus...») o el hombre de la Navidad con la vara. ¡Dios como el coco de los niños! Ese no es el Dios del evangelio, el Dios al que Jesús llamó Padre. Es un Dios que se pone de una parte, que apoya a los mayores en contra de los niños, un Dios que no impulsa al amor sino que impresionada por medio del miedo y del terror. Así un niño de seis años, tras aguantar la prédica paterna que al parecer hizo referencia al gran aliado celestial, se explicó de este modo: «Ya sé que Dios es tu mejor amigo pero no lo es mío y por tanto no quiero saber nada de él» (tomado de Johanna Klink).

Esa frase de que «el buen Dios te está viendo y tiene sus ojos puestos en ti aun cuando nosotros no estemos presentes» no es en sí falsa. Pero se convierte en falsa, cuando, en lugar de reforzar la confianza, la seguridad y el amor del niño, aumenta su miedo e inseguridad. Y eso sucede cada vez que un niño se ve obligado a percibir a Dios como alguien que está en contra de él en lugar de experimentarlo a su favor en cuanto fundamento de su confianza y de su alegría y como salvaguarda contra el miedo. Jesús nos anuncia un Dios que no apuesta por el miedo como los ídolos de los paganos sino por el amor. Por eso, siempre que en la Biblia se habla de encuentros de los hombres con Dios o con sus mensajeros,

el diálogo comienza: «¡No temas!» Por consiguiente, la frase «Dios te ve» ha de poder ser captada por el niño a la vez como un testimonio del amor de Dios. Esa es la razón por la que en la Biblia se habla de dos maneras a propósito de la mirada de Dios: como mensaje del hecho de que el hombre es amado incondicionalmente por Dios y de que, a la vez, es ineludiblemente responsable ante él.

¿Moral del miedo o de la inteligencia y el amor?

Y a fin de cuentas ¿cuál es la actitud moral que va a surgir en el niño sometido a una educación semejante a base de un coco divino? ¿Qué es lo que se ha ayudado en cuanto a su capacidad de conocer y juzgar lo que es necesario, útil y bueno para sí y para los demás y lo que es inútil, sin sentido, dañino e hiriente? ¿Qué esfuerzo se ha realizado para que más adelante sea capaz de dirigir su comportamiento, de prever las consecuencias y efectos de ese comportamiento y, en consecuencia, ser responsable de él?

La experiencia propuesta por una educación a base de castigos de que «al niño le va bien cuando obedece y es bueno y le va mal cuando ha hecho una de las suyas» (Horst Wetterling) no vale para nada. Y el que en el cuento citado se la apuntale con la suma autoridad, la autoridad de Dios, no hace sino empeorar las cosas. Esa experiencia es inválida porque corrompe las motivaciones a partir de las cuales el niño aprende a comportarse con amor y respeto. Y lo es también porque una vez más engaña acerca de las circunstancias reales de la vida. Para poder defenderse eficazmente contra los peligros reales de la vida hay que estar bien informado sobre ellos, conocerlos, con el objeto de evitarlos o al menos poder aminorar sus consecuencias. Uno no es atropellado por un coche o se cae del patín por haberle pegado el día anterior a su hermana o mentido a su madre. Cuando se pretende demostrar algo al niño con frases como «esto es el resultado de aquello» o «esto es el castigo por aquello», se está provocando una desorientación fatal.

Educación sin castigo.

En lugar de poner las bases del desarrollo hacia una conciencia madura y libre dominada por la comprensión y la

sensibilización hacia los demás, el niño es mantenido en el nivel primitivo de la «conciencia timorata» que sólo ha aprendido a reaccionar ante el castigo y el miedo. «El miedo no reside en el amor sino que el amor perfecto expulsa al miedo pues el miedo tiembla ante el castigo» se dice en la primera carta de Juan. Si una educación de la conciencia bien entendida es una educación para la capacidad de amar, no podrá ponerse ninguna esperanza en el estímulo al miedo.

Cuando pedagogos y psicólogos se deciden por una educación sin castigo no lo hacen porque piensen que los niños sólo hayan de ser acariciados o mimados sin medida. La conciencia de un ser humano es algo demasiado valioso como para que pueda ser promovida con medios tan groseros como el castigo o el miedo. Así por ejemplo, Hans Zulliger, que ha investigado a fondo el castigo y sus efectos sobre la conducta de los niños afirma: «He de confesar que soy por principio totalmente contrario al castigo. Tengo la impresión de que tendemos con demasiada facilidad a castigar, y que con ello pretendemos más el suministrar un tubo de escape a nuestros afectos que servir a la formación del niño y de su conciencia. El niño, después de sufrir el castigo, piensa que el «caso» queda clausurado y no crece a partir de él. Cuando un niño no puede crecer a partir de un castigo, éste no tiene sentido.»

¿Tiene que haber castigos?

Y sin embargo sigue siendo casi imposible de desarraigar el principio educativo de que «tiene que haber castigos». Quien lo pone en cuestión resulta ya de antemano sospechoso de un estilo de «laissez-faire» pedagógico. Y entre cristianos se le echará pronto en cara que no toma en serio el «poder del pecado», la culpa. También a las dos señoras jóvenes del tranvía el castigo les parecía una de las características seguras de educación «cristiana». Y a pesar de todo, ¿es que tiene que haber castigos?

Hans anda saltando por la cocina y tropieza con el carrito del té; cae la jarra de la leche y la leche se vierte. ¿Qué hacer? Lo más probable es que Hans mismo se haya quedado aturrullado, que se quede mirándola con aspecto lastimoso y lágrimas en los ojos y necesite del consuelo de su madre. Le da pena lo que ha hecho porque ahora ya no va a poder

tomar cacao en la cena. Recoge con las orejas gachas los pedazos y va a buscar la fregona.

¿Estará indicado en este caso el castigo cuando vemos que Hans muestra un sentimiento tan claro ante el daño que ha ocasionado, sentimiento que no aumentaría ningún miedo adicional? Se le ve en la cara, y si él, abatido como está, no fuera capaz de expresarlo, se puede ayudarle a decirlo en su lugar con el objeto de que se le haga consciente: Seguro que te da mucha pena lo que hiciste y que en adelante tendrás más cuidado de por dónde saltas. Hoy va a haber que beber algo distinto del cacao que tanto le gusta a Hans. Con eso basta. Todo lo demás: amonestaciones, castigos, serían un exceso y no para bien sino para mal. Pues, en caso contrario, Hans de seguro que comenzará a hacer comparaciones entre lo seriamente que tomaron su descuido y la rapidez con la que los mayores pasan por alto sus propias inadvertencias. A mamá no la castigan cuando vierte algo de leche. Intentará poner en la mesa otra cosa para suplir el daño causado. Y hará eso porque le interesan los comensales de la familia, no porque tenga miedo de reproches o críticas.

Respeto mutuo.

Es suficiente el haber remachado la conciencia de Hans acerca del mal ocasionado y de las dificultades que ha supuesto para los demás su conducta descuidada e irreflexiva. Pero eso sólo se logrará si Hans ha experimentado a su vez que los mayores tampoco trivializan los hechos cuando son ellos los que por precipitación o falta de atención destrazan o estropean algo.

De ese modo una «situación conflictiva» como la de la leche vertida no queda aislada ni es despachada con un procedimiento aislado referido únicamente a esa situación concreta. Esa situación ha ido precedida de otras cosas: Las experiencias que Hans ha hecho acerca de cómo sus padres proceden con los objetos de su propiedad y de cómo valoran y resuelven sus propios descuidos y negligencias, pequeños y grandes. A una situación semejante se suman para Hans muchas otras experiencias y vivencias. Sólo cuando la suma de esas experiencias sea lineal y consecuentemente dirigida hacia una razón más profunda que Hans pueda aceptar (que por

cariño hacia los demás hay que tener cuidado de las cosas) es cuando se habrá conseguido algo.

Pero si resulta que Hans se ha comportado de esa manera «adrede» y con la intención declarada de molestar a su madre, tampoco en ese caso sirve para nada el concentrar el punto de mira sobre esa «transgresión» concreta por medio de una acción directa. Estaríamos tratando sólo los síntomas externos. Si Hans ha obrado por rabia, el castigo únicamente le ayudará a corroborarse en que tenía razón al albergar sentimientos de enemistad contra sus padres que quedaron expresados en su atentado contra la jarra de la leche. En ese ir y venir de transgresiones del niño y consecuente castigo, se irá extendiendo el espíritu de una oculta hostilidad en la familia.

Nos equivocamos acerca de la utilidad del castigo con tanta frecuencia porque con él se consigue a veces que desaparezca la conducta castigada y se ayuda a mantener en vigor prohibiciones y normas. Por ese procedimiento Hans no deseará volver a volcar nada en su vida (aunque tal vez eso ocurra tras el segundo o tercer castigo reforzado). Quien considere que eso constituye la meta de la educación puede darse por satisfecho. Aunque por otra parte lo que se está consiguiendo a la vez es que el niño siga incubando sentimientos de enemistad que lo conducirán a nuevos ataques cuando se le presente una oportunidad más favorable (por ejemplo, cuando lo pueda organizar de manera tan hábil y diplomática que pueda esperar que se librá de castigos). Simultáneamente se corre el riesgo en ese caso de que Hans esté aguardando un cambio en la correlación de fuerzas en el que él mismo ya no esté situado por debajo como castigado sino por encima como castigador, para poder entonces dar rienda suelta sin peligro a sus sentimientos de revancha y venganza. ¿De qué manera se comportará Hans con personas que le sean inferiores o dependan de él?

En el caso de que Hans haya hecho daño intencionadamente para molestar a los mayores, a la larga la única solución será la de tener con él un diálogo sobre lo que lo enfada o molesta hasta ese punto. Pues naturalmente puede darse la posibilidad de que el niño tenga razón para estar enfadado y haya por lo tanto que dársela. De esa manera irá cediendo poco a poco en él el impulso a expresar su enfado de forma inadecuada. Ya no le será necesario si da con unos padres dispuestos al diálogo capaces de mostrarle y permitirle otras formas de expresión de su desagrado. Esto es algo muy diverso del dis-

culpar globalmente las tonterías y transgresiones de Hans: «No importa; tampoco es tan grave.» Naturalmente que importa y eso hay que hacérselo ver con cariño pero también con firmeza. Pues lo que se pretende es que crezca en él la sensibilización hacia lo que los otros experimentan cuando él hace esto o aquello, que se le transmita el sentido de los efectos que tiene en las relaciones humanas su comportamiento para bien o para mal. De esta manera puede uno llegar a comprender y lograr un acuerdo en vez de combatir sin palabras y con disimulo. De esta manera también llegará el niño poco a poco a percibir de modo más patente «que la verdadera vida hay que buscarla en las buenas relaciones con los demás y no en un aislamiento egoísta» (Pierre Ranwez).

La paliza, una seducción a la violencia.

¿Pero qué sucede si en el calor de la disputa se le escapa a uno la mano? ¡Al fin y al cabo no somos más que hombres y también tenemos nuestros nervios! Puede que sea así pero en ese caso habría que llamarlo por su nombre y ser consciente de ello: fue un «escape». Y no se debería hacer de ello a posteriori y para justificarse un método educativo, por ejemplo citando el slogan: a nosotros no nos hicieron daño las palizas. De hecho nos lo hicieron aun cuando nosotros no lo notemos.

¿Qué hacemos entre adultos cuando uno se ha «pasado» y cae en la cuenta que su relación para con los demás ha quedado deteriorada? Quien tenga sentido común no pretenderá justificar todavía a posteriori su desliz («no controlé los nervios») pretendiendo dorar la píldora por el procedimiento de convertirlo en norma útil y práctica de convivencia humana, sino que intentará sencillamente disculparse.

Pues eso mismo habría que hacer en el caso de Hans. ¿O es que habría que emplear aquí otro baremo por el hecho de que Hans es pequeño e impotente y en cambio el adulto es mayor y puede defenderse? Si Hans todavía no está totalmente intimidado y sumiso no le convencerá en absoluto la regla de que los mayores pueden pegar a los pequeños y de que eso es un castigo justo, y de que los pequeños no pueden pegar a los mayores porque eso es una falta de educación y una mala acción. En un primer momento responderá sin mi-

ramientos al lenguaje de la violencia golpeando e insultando a su madre. ¿De dónde se pretenderá deducir la justificación para una doble moral que permite el empleo de la fuerza a una sola de las partes, la de los mayores? No será de extrañar el que Hans más adelante golpee, no a los mayores pues eso es peligroso y no se puede hacer, pero sí a los pequeños, a los débiles, a los más jóvenes, a sus muñecos de trapo, y que pronto ya no experimente ningún sentimiento por el dolor o miedo que ocasiona: el osito o su hermanita habían sido «maleducados» y él no ha hecho sino «castigarlos».

Así brota la semilla de la violencia: Maldad, enemistad y odio siguen propagándose camuflados bajo la capa de bondad que no es sino el disfraz especialmente transparente y preferido de la maldad. La ley de este mundo, la antiley del amor (ojo por ojo y diente por diente) alcanza una nueva confirmación y continuidad. Y a eso es a lo que precisamente no deben colaborar unos padres cristianos. Son ellos los que deberían más bien saber que el castigo, la violencia y el miedo no hacen al mundo mejor, ni más amable, ni más pacífico, ni más amigable. Son ellos justamente los que no deberían ver en el niño un enemigo camuflado al que hay que contener dentro de sus límites por la fuerza, ni a un reo al que sólo por el castigo se conseguirá hacer que entre en razón, sino que deberían reconocer en él al prójimo a cuyo servicio nos llama Jesús (*).

(*) A este respecto ha jugado con frecuencia un papel lamentable en el pasado la alusión acrítica a frases de la Biblia que parecían justificar el castigo y la disciplina corporal en la educación: «Quien perdona la vara, odia a su hijo; quien lo ama lo corrige enseguida» (Prov 13,24). Puede ser útil que recordemos aquí que esas reglas educacionales no son genuinamente bíblicas sino que citan lo que parecía «Sabiduría» pedagógica en el mundo en torno a la Biblia, el mundo del Antiguo Oriente o de la antigüedad griega. Proverbios semejantes los encontramos en la literatura antigua por doquier. Es obvio que esas reglas pedagógicas draconianas no pueden ser consideradas como una instrucción directa para los padres actuales, puesto que surgieron en condiciones sociales, familiares y culturales totalmente distintas. El «amor» a los niños que pretendían esas normas tendrá que asumir hoy un aspecto totalmente diverso. Contra ese amor actuarían hoy unos padres que pretendiesen esperar algo bueno de la violencia corporal. Así como han cambiado a lo largo de milenios la forma y función de la familia y nuestros conocimientos acerca de la evolución de los niños de manera

Otra forma de proceder: las consecuencias normales.

Pero entre tanto puede que se deje de lado otra tarea: la de hacer caer en la cuenta a los niños de las consecuencias obvias y lógicas de su proceder. Según van creciendo han de aprender a valorar y calcular de antemano las consecuencias de manera que las prevean cuando toman decisiones.

Mucho de lo que se considera un castigo no es en verdad más que una consecuencia obvia y lógica de un comportamiento. Esas consecuencias por sí mismas producen ya un efecto educativo en el buen sentido de la palabra si no es que se ve frustrado una vez más por su revestimiento de castigo. Pues mientras esas consecuencias tienen un origen en la causa o acción misma y por consiguiente a fin de cuentas provienen del niño, el castigo tiene su origen en los adultos, es algo adicional y da la impresión de ser algo dispuesto a ciencia y conciencia y hostilmente en contra de la persona en cuestión. Pero cuando se considera a alguien como enemigo o contrincante hay muy pocas esperanzas de que se pretenda promover en él una auténtica mutación de su manera de ser. Quien me castiga es mi enemigo. Y su afirmación de que a fin de cuentas me castiga sólo por mi bien o porque me quiere, carece de credibilidad aun cuando por motivos tácticos yo no la contradiga. También esta inautenticidad del silencio obsequioso que simula aceptar el castigo se convierte en algo permitido de frente a un enemigo: al fin y al cabo uno está defendiéndose.

La situación cambia cuando un niño ha hecho algo y se ve de repente confrontado con las consecuencias subsiguientes. Cierto que a veces serán desagradables y dolorosas, muy parecidas a un castigo, pero en este caso los padres están situados al lado del niño y no contra él; pueden asumir el papel de auxiliares que acompañen al niño aconsejándolo, consolándolo, comprendiéndolo y apoyándolo para que sepa hacer frente por su cuenta a esas consecuencias. No se las evitarán, como haría un cariño falso y blandengue, pero la religación

radical, habría también que leer hoy en esas frases todo lo contrario: «Quien echa mano a la vara, odia a su hijo; quien lo ama no lo golpea», si es que queremos traducir la intención de aquella frase bíblica.

entre padres e hijo no habrá cambiado en nada. Los padres se colocan de parte del hijo en lugar de situarse en frente de él (según lo que éste puede percibir) alzándose sobre él como jueces.

Los niños han de irse familiarizando con las consecuencias de su comportamiento y han de aprender a preverlas y a soportarlas. Es una equivocación el añadir a esas consecuencias o el poner en su lugar el castigo. De ese modo no se favorece el que los niños reconozcan y aprendan a asumir las secuelas de su obrar y de sus fracasos, sino que se les hace más dificultoso.

«¿El que no quiere oír ha de sentir?»

Carlos, un niño de cinco años, se está columpiando en la silla mientras come. Es una situación peligrosa; puede caerse de un momento a otro. Le corrigen: «¡Estate quieto!» Pero la corrección sólo tiene efecto por breves instantes; el balanceo vuelve a empezar. El tono de la reconvención sube de grado: «¡Estate quieto de una vez! ¡Qué malo eres!»

Podemos imaginarnos la situación con todo detalle. Hay nerviosismo en la familia. Y, por fin: el que no quiere oír ha de sentir... Carlos llora y se pone de morros, pero se ha quedado, por fin, quieto en su silla. Una palmada a tiempo hace verdaderos milagros. Es verdad que no empezamos por ahí, pero cuando el resto no sirve de nada, ¿qué hacer si no?

Ahora bien, en el interior de Carlos el asunto cobra este otro aspecto: el balancearse le estaba gustando; para él era una especie de sucedáneo de columpio. Pero resulta que los mayores no le consienten ese placer. Es verdad que papá dijo que la silla puede volcarse y uno se puede hacer daño. Pero todo eso son tonterías; uno no tiene por qué caerse y, además, nunca se ha caído antes. Eso no es lo que les interesaba a los mayores. Lo que no querían es que uno lo pasara bien. Eso es mala voluntad.

Y, aunque lo que pretendían los padres era impedir que Carlos se hiciera daño, y por más que Carlos, finalmente, se someta (¿quién se arriesgaría a recibir otra bofetada?), él lo

ha percibido todo de modo muy distinto, como un acto hostil. Si nos esforzamos por imaginarnos el asunto desde el punto de vista de Carlos y llegamos a comprenderlo, esto no nos maravillará.

«El daño aguza el ingenio.»

La historia discurriría de otro modo si los padres en esta situación hicieran caer a Carlos en la cuenta de las consecuencias naturales del caso. Para ello hay que haber, por supuesto, calculado con seguridad si Carlos las puede soportar. Permitir, por ejemplo, que un niño de un año pueda llegar a caer de la silla no hubiera sido lo más aconsejable; pero Carlos es un niño fuerte y puede aguantar bien un coscorrón. En este caso se le dirá con cariño y objetividad: mira, si sigues columpiándote en la silla te puedes caer y eso te hará pupa. Si Carlos ya ha coleccionado una serie de experiencias con consecuencias dolorosas semejantes ocasionadas por descuidos parecidos, dejará de actuar de ese modo. Ya no podrá comprender una corrección de ese tipo como un acto de hostilidad (los mayores no me consienten que me divierta) sino que pensará: se preocupan por mí. Y esto constituye una diferencia fundamental, pues al hacerlo así cesará la tendencia a defenderse y defender su placer en contra de los padres, porque ya no se trata de eso.

Con todo, también puede suceder que Carlos todavía no haya acumulado experiencias dolorosas propias en cantidad suficiente. No puede aún imaginarse que las consecuencias de una conducta que le proporciona placer puedan ser dolores y chichones. Y, por ello, la indicación cariñosa y objetiva de sus padres referente a las consecuencias posibles de su bamboleo arriesgado y molesto no encuentran en él audiencia. En ese caso habrá que confiar en la norma de que el daño aguza el ingenio. Carlos vuelca y se hace un chichón; eso duele; llora. Ha hecho una experiencia. No hay que añadir nada, pues hará efecto por sí misma. Y además se trata de una experiencia que Carlos puede aceptar, ya que no ha sido dispuesta con malicia por los demás. Es él mismo quien se adjudica el chichón y el dolor.

Por el contrario, podría emerger en él la sospecha de que su desgracia ha sido organizada a fin de cuentas misteriosamente por los mayores si posteriormente se la eleva al rango

de castigo o se ve agudizada por un castigo complementario: «¿Ves lo que conseguiste? Ya te lo habíamos dicho. Eso es un castigo por haberte portado así.» En esa coyuntura ya no podrá entender que lo que le ha sucedido es consecuencia de su manera de obrar, lo cual implica: si quieres evitar otra desgracia semejante has de comportarte de modo diverso. Lo que experimentará de toda la historia es lo siguiente: fue culpa de los demás, que no te quieren. Se les veía la alegría en los ojos a causa de tu accidente. También hay que evitar terminantemente el intentar, por ejemplo, negar que las consecuencias hayan sido en verdad muy dolorosas (¿verdad que no te duele?), cuando estamos viendo cómo Carlos aprieta con toda su fuerza los dientes; porque con ello se reduce la oportunidad de que acepte las enseñanzas que le aportan sus propias experiencias y de que pueda llegar a dirigir por sí mismo su comportamiento.

Carlos se ha enterado de una consecuencia inevitable de su propio obrar. Le parece «natural»; se produce necesariamente y no porque los demás la hayan ocasionado a ciencia y conciencia. En su origen no ha participado nadie más que el mismo Carlos. Sin embargo, se dan casos en los que no se puede esperar por una consecuencia natural de ese cariz, y no porque sea arriesgado el exponer al niño ni porque no tengamos paciencia para ello. Por ejemplo: tenemos invitados y queremos charlar con ellos. El que Carlos no pare y se bambolee en la silla estorba sin más. Su balanceo está, además, indicando que se aburre entre tantas personas mayores. ¿Es necesario que esté presente?

En ese caso, la madre puede, por ejemplo, decirle a Carlos: «¿Por qué no vas a tu habitación y haces allí lo que te guste? Al jugar aquí con la silla nos estás molestando. Luego, cuando quieras, puedes volver.» También, en este caso se trata de hacer caer a Carlos en la cuenta, de una manera apropiada y comprensible, de los efectos de su modo de comportarse sobre los demás y de las consecuencias lógicas de ellos.

El niño no debe llegar a pensar que por el hecho de querer algo distinto de lo que quieren sus padres es malo o no le quieren. Por eso no hay que desacreditar los deseos y actividades del niño aun en el caso de tener que defenderse contra la molestia que ocasione.

«Los niños han de aprender a enjuiciar todas las decisiones y actuaciones en lo referente a sus consecuencias sociales, pero hay que defenderlos de una moralidad de conveniencias que frustraría el descubrimiento de su identidad.» Así formula Hubertus Halbfas, católico, pedagogo de la Religión, la meta de la educación de la conciencia.

«Esta máxima excluye las motivaciones de autoridad. El buen Dios no aparece como instrumento educativo. No existe un Dios que esté «triste» o se «enfada» cuando, por ejemplo, un niño arma tal jaleo que el vecino, que hace el turno de noche, no puede dormir; sino que existe ese vecino al que se le molesta en su sueño que para él es algo necesario. Y la fórmula tan socorrida de «eso es pecado» (igual que la otra de «eso no está bien») no explica el contexto social ni las consecuencias de su obrar. Los ruegos, las exigencias, las objeciones y las prohibiciones habrá siempre que fundamentarlas de manera funcional. Así, el niño aprenderá a fundamentar sus actuaciones y omisiones de forma racional y conseguirá motivaciones operativas para su obrar.»

Educación por la responsabilización.

Luis, un niño de 12 años, vuelve de la calle con la cara larga. Ha estado jugando al fútbol con dos amigos. Desgraciadamente un disparo falló la puntería y marcó gol en el parabrisas del coche del vecino. El cristal quedó hecho añicos; el vecino bajó a toda velocidad, les echó a los niños una bronca tremenda y, como medida de seguridad, confiscó el cuerpo del delito, el balón de Luis.

Es lamentable que tuviera que ocurrir precisamente eso, porque hace seis meses papá, al dar marcha atrás con el coche, ya había dañado el auto del vecino. En aquella ocasión el vecino se había puesto muy desagradable. Los padres están enfadados: ¿no le habían llamado la atención a Luis la semana anterior, cuando por un pelo no le dio a un cochecito de niño? Y antes ya había habido un incidente muy molesto con otra vecina que se quejó de que el balón de Luis había aterrizado en su plantación de tulipanes, llevándose por delante varias plantas que empezaban a echar flor. Este último incidente colma la medida. ¿Qué hacer?

Naturalmente que en este caso las consecuencias financieras no constituyen para Luis una amenaza inmediata; la

familia posee un seguro de garantías contra terceros. Por lo demás, el niño no hubiera podido pagar por sí solo la cuenta de alrededor de 4.000 pesetas que suponen los daños causados. Pero papá tendrá que escribir a la compañía de seguros y presentar, además, la cuenta de la reparación que le presente el vecino. La corrección pide que se le adelante al perjudicado el dinero sacándolo del propio bolsillo, pues hasta que pague el seguro pasarán probablemente algunas semanas. Es verdad que papá dispone de ese dinero, pero, en realidad, tenía previsto emplearlo con otra finalidad.

Luis celebra este mes su cumpleaños y le iban a cumplir su mayor deseo: tener una bicicleta. Ahora habrá que esperar hasta que la compañía de seguros haga el reintegro y las finanzas paternas queden de nuevo equilibradas. Lo más seguro es que la bicicleta no pueda llegar puntualmente para la fecha del cumpleaños y Luis tendrá que aceptarlo. No deberá aceptarlo, claro está, con crujir de dientes, como si se tratase de un castigo o medida punitiva que se le impone, ni podrá quejarse de la falta de comprensión paterna que pretende aguarle el placer que experimenta jugando al fútbol. Ha hecho algo que tiene sus consecuencias, unas consecuencias que no son algo elucubrado artificiosamente y que no tiene que ver con el asunto, sino que son secuelas auténticas e inevitables. Y él lo comprende: ha de hacerlas frente, como también los mayores salen responsables de las consecuencias de su obrar. Se ha hablado con él y la solución tenía que adecuarse al balance económico de la familia.

Pero su padre pretende algo más. Tiene que ir a casa del vecino, para que le explique el suceso y para ponerse de acuerdo sobre la reparación del daño. Será una situación poco agradable. Le dice a Luis que lo acompañe. Lo necesita para las aclaraciones. Y, además, el balón todavía lo tiene el vecino.

Luis tendrá que experimentar lo desagradables que pueden ser esos tratos y eso constituirá una experiencia muy importante para más adelante, pues cuando sea adulto se verá confrontado con situaciones similares, sin tener a papá al lado. Aprenderá a comportarse en ocasiones parecidas y a llegar a un acuerdo con la persona perjudicada.

Cuando un adolescente es introducido de esta forma en la responsabilización de sus actos, aprenderá posteriormente con más prontitud a compulsar las consecuencias de sus acciones, a sensibilizarse frente a los implicados en los efectos de su obrar y a percatarse de su propia responsabilidad. Y no

prosperará la tentación de ocultar, de mentir, de echarle la culpa a otros por miedo al castigo o a la reprobación de los padres, pues, pase lo que pase, uno puede confiar que los padres no están en contra, sino a favor y al lado de uno. El sentimiento de no quedar expuesto en solitario a las desagradables consecuencias de un fracaso, sino de tener en los padres unos amigos comprensivos en los que se puede confiar, suministra valor y fuerza para hacer frente a esas consecuencias.

Hasta puede que Luis no espere pasivamente que sus padres le solucionen el desaguisado en su lugar, sino que él, por su cuenta, reflexione sobre él y aporte propuestas concretas. Hasta el momento ha experimentado que no puede descargar sobre los mayores las consecuencias de su obrar y que no se puede sentir dispensado de ellas (por haber, por ejemplo, «pagado su parte» por medio de un castigo drástico). Pero, además, ha aprendido a conocer a sus padres como seres humanos que le acompañan con su consejo y comprensión en la tarea, por cierto no siempre fácil, de cargar con la responsabilidad de las propias acciones; y le ayudan especialmente cuando esa tarea parece superar sus propias fuerzas.

La educación sin castigo que aquí propugnamos, en lugar de marcar fronteras artificiosas, hace caer en la cuenta de las auténticas limitaciones de la convivencia humana. Se trata de límites que conservan su validez también para el comportamiento de los adultos y que discurren por donde nuestro obrar hiere, daña o molesta a otros seres humanos, perturbando nuestra relación con ellos en lugar de promoverla. De lo que se trata es de que nuestro comportamiento no sea dirigido por el miedo a los castigos o situaciones desagradables ni por oscuros «remordimientos» procedentes del exterior, sino de que seamos capaces de comportarnos en razón de nuestra propia comprensión de la situación, a causa de la sen-

Hay que hacer caer en la cuenta a los niños de las limitaciones de la convivencia humana y simultáneamente del espacio de su libertad. Esto se logra procurando que experimenten sus auténticos límites en lugar de crear otros artificiales. En caso contrario los niños descubrirán que esos límites habían sido trazados artificialmente «contra ellos», cuando en realidad carecían de valor para los mayores.

sibilización y el interés por el otro, por respeto a nuestros prójimos y por una responsabilidad profundamente enraizada.

La meta de la educación de la conciencia.

La formación de la conciencia no es, por consiguiente, algo negativo, no constituye únicamente el evitar lo malo y dañino ni el llenar la conciencia del niño de cantidades mayores o menores de prohibiciones. Sino que, ante todo, es algo positivo: la possibilitación y ejercitación de formas de comportamiento que promuevan las relaciones entre seres humanos. En este terreno los padres disponen de un plus de experiencia y habilidad que deben poner a disposición de sus hijos.

La meta no debería consistir en crear machaconamente reflejos morales que actúen automáticamente, sino en la formación de una conciencia madura, objetiva y libre que se determine por medio de la razón y la responsabilidad y se mueva en función de la sensibilización hacia los demás y el respeto ante ellos. Es verdad que también contribuyen a ello una serie de reglas fijas morales y de convenciones que nos facilitan la convivencia y la orientación ante el comportamiento mutuo. Así, por ejemplo, es de una importancia vital el que nos podamos fiar totalmente de que las señales roja y verde son respetadas de igual manera por los demás que por nosotros mismos, de que no se hablará acerca de asuntos que hemos contado a otros en secreto, de que se cumplirá lo prometido, y muchas otras cosas. Entre ellas se encontrarán, también, una serie de valores que intentamos transmitir a nuestros hijos: la veracidad, el mandato de respeto a la vida ajena, la tolerancia, la fidelidad y otros que se nos puedan ocurrir. Pero, hemos de transmitirlos de tal modo que nuestros hijos comprendan que esas normas y valores no constituyen una meta en sí mismas, sino que pretenden ayudarnos a convivir de una forma más amable y a la vez más humana. Pierden su sentido cuando se las depotencia a autojustificación moral, principalismo o suicidio. Pues, justamente el sábado ha sido creado para el hombre y no el hombre para el sábado, como dice Jesús a propósito de la libertad de conciencia.

Así, por ejemplo, el mandato de la veracidad es un sumo valor. Apenas sería concebible un mundo humano que lograrse

sobrevivir sin fidelidad y fe mutua y que, en lugar de ella, se fundase sobre una desconfianza mutua por principio. Y, sin embargo, existen situaciones en las que sería algo sin sentido y contra el amor el dejarse guiar por un mandato de veracidad entendido al pie de la letra: hay ocasiones en las que no es posible herir de manera más grave a otra persona que diciéndole la verdad (en este caso tal vez fuese mejor hablar de «exactitud»). Y una autenticidad sin reservas puede llegar a ser inmisericorde y a atormentar a los demás. Podemos abrigar a otro en la verdad como en un manto acogedor o podemos golpearle con ella como quien atiza un toallazo mojado en los oídos. Y, por otra parte, con la verdad podemos hacernos daño y ponernos en peligro a nosotros mismos. Por lo menos habrá que reflexionar a fondo sobre todo esto.

Los niños ante la colisión de exigencias morales.

Hans Zulliger refiere un suceso que planteó a una chica de dieciséis años una colisión entre dos valores muy importantes, el de la veracidad y el de la defensa propia. Esta chica vivía en una casita un tanto apartada y era hija única. Sus padres trabajaban en una fábrica. La muchacha nos relata: «Una tarde estaba yo sentada en la salita, calcetando. De repente oí que alguien andaba en la cocina. No podía tratarse de papá ni de mamá. Dejé la calceta y salí. Era un vendedor ambulante. Me agarró descaradamente por las caderas y me dijo: «¿Me compras algo, muñeca?»; su boca apeataba; se veía que había estado bebiendo aguardiente. Me liberé de él y le respondí con toda la sangre fría que pude: «No sé si necesitamos algo. Perdona un instante, que le voy a preguntar a mi padre, que está durmiendo ahí dentro, junto a la estufa», y me colé en la salita. Allí tuve que agarrarme a la mesa para tranquilizarme. Hice como si estuviera hablando con alguien y volví a la cocina. Ya no encontré al buhonero; había salido y esperaba en la escalera delante de la puerta. Seguí mintiendo con voz muy firme: «Dice mi padre que no necesitamos nada»; y cerré la puerta. Luego me deslicé detrás de la cortina y vi cómo se alejaba.»

Zulliger añade que esa misma tarde el buhonero fue encarcelado en lugar cercano, por haber abusado de una adolescente. Y comenta que, en cuanto maestro, ha de conceder que esta chica, gracias a su mentira, evitó, sin lugar a dudas, un

mayor mal y, por lo tanto, habrá que perdonársela. «No podemos desear que nuestros hijos sean superconscientes y creídos, aunque de esa manera quizás se librasen de conflictos de conciencia. Soy de la opinión de que Dios, a veces, pone a los hombres en situación de elegir lo mejor por contraposición a lo bueno. Una decisión de ese tipo es también un acto moral que normalmente exige valentía, esa valentía de reconocerse ante Dios como hombres imperfectos y pecadores que esperan su gracia y están dispuestos a aceptar su castigo con tal de volver a estar acordes con él y con la propia conciencia.

Por eso, nosotros, en cuanto educadores de nuestros hijos, no tenemos derecho a mostrarnos tercios e inflexibles, excesivamente rígidos y dispuestos a imponer sin misericordia por la fuerza del castigo lo que consideramos bueno, recto, justo, etc...».

La conciencia personal.

En este caso, queda patente en qué medida debe preocupar a los padres el que sus hijos adquieran una conciencia que, aunque no sea perfecta, permanezca flexible y abierta, que deje un margen para el aprendizaje y sea capaz de acomodarse a las situaciones nuevas y cambiantes de la vida, esas situaciones que no podemos prever para nuestros hijos. Esa llamada que percibimos en nuestra conciencia a asumir la vida de los demás bajo nuestra salvaguarda y defensa responsable en lugar de vivir a costa de ellos, podemos, con toda certeza, vivenciarla como «voz de Dios». Pero tendremos, también, que aprender a respetar, en lugar de medir a nuestros hijos conforme al baremo de nuestra conciencia, en el momento en que ellos accedan a sus propias decisiones conscientes.

La educación de la conciencia ha de capacitar a los niños para decisiones morales propias y maduras.

Y eso en realidad es un proceso ineludible. Pues ciertamente los padres son los primeros que pueden impulsar y promover el desarrollo de la conciencia de sus hijos en lo que

se refiere a la atención y sensibilización para con los demás, a la responsabilidad e intuición, a la reflexión razonable y a la decisión de aquello que en cada momento es lo más indicado para el bien del otro y para el propio bien, es decir, para el bien común. En este particular los padres podrán transmitir sus experiencias y parámetros de conducta. Pero lo que es para ellos válido e importante no es sin más lo único que tiene acceso a la conciencia de su hijo. Hay que añadir las muchas experiencias que realiza al lado de otros adultos y los criterios que vivencia en el grupo de sus coetáneos. Va conociendo la moral y costumbres que fueron válidas en otros tiempos o están en vigor para personas de otros países. Finalmente toma también parte, tanto en la clase como en grupos juveniles y círculos de amistades, en discusiones acerca de problemas morales y políticos de la actualidad.

Pablo desea para sus lectores «que vuestro amor se enriquezca cada vez más en conocimiento y en todo tipo de experiencia de modo que podáis comprobar lo que sea lo mejor» (Filipenses 1,9 s.). La meta es por tanto un amor razonable basado en el conocimiento y en la experiencia. Se trata de un largo camino que transcurre desde el tiempo en el que para el niño la cuestión fundamental respecto a su manera de obrar es «¿qué dirán mis padres de esto?», hasta aquel momento en el que asuma la llamada conminativa de la conciencia como algo propio por medio de un «yo quiero». Una niña de quince años describe así la experiencia de su conciencia: «Cuando escucho la voz interior es igual que si me estuviera oyendo a mí misma hablar. Se trata de la misma voz. Sé que Dios habla conmigo y que no se trata propiamente de mi propia voz. Pero como Dios no puede hablar como un ser humano asume mi voz para hablar conmigo» (Johanna Klink).

Educación para la tolerancia.

Simultáneamente el niño va haciendo con frecuencia la experiencia de que otros hombres creen en otras cosas y consideran obligatorios otros comportamientos distintos de los que para él constituyen algo cierto y obvio. Es muy importante que esta experiencia se elabore de tal manera que pueda crecer la tolerancia del niño respecto a quienes piensan y viven de otra forma y que, al mismo tiempo, su certeza no pierda pie.

La «ingenua» suposición de que todos los hombres son como uno, blancos, ricos, sanos, altos, con la misma lengua, el mismo comportamiento y la misma religión, ha de dejarse atrás, y hay que impedir que la relación o descubrimiento de los otros, de los extraños, desemboque en una parcialidad llena de prejuicio, en la actitud que considera que el extraño, por el hecho de serlo, es malo y hay que marginarlo, desear que se vaya «al infierno».

«Mamá, ¿Luis irá al infierno?», pregunta la niña pequeña. «Pero ¿por qué dices eso?» «Porque dijo que Dios no existe. Y su padre también lo dijo.»

Si la madre respondiese que sí, se habría liberado del problema y para la pequeña el mundo volvería a estar en orden: es verdad que hay gente que es diversa y piensa de modo distinto; pero eso no es motivo para intranquilizarse; ya los castigarán en alguna ocasión por su necedad. Uno está en el buen camino, los otros en el malo; por ahora no se dan cuenta pero ya les llegará la hora.

En esa situación hubiera sido muy importante el no despachar del pensamiento y obnubilar la reciente experiencia del niño de que existe más gente que uno mismo, sino más bien aprovechar la ocasión para despertar y robustecer sus posibilidades de sensibilizarse y llegar a entender algo que le resulta extraño. ¿Cómo y por qué se puede experimentar, pensar y obrar de esa manera? Y tampoco se debe intentar solucionar el problema suscitando en la niña la esperanza de que Wolfgang ha de caer en la cuenta de que Dios existe. La niña probablemente aceptará en un primer momento con gusto una posibilidad semejante porque de ese modo se libera interinamente de la presión de la pregunta que tiene que plantearse por fuerza a propósito de un encuentro con lo ajeno; y esa pregunta es: ¿hasta qué punto posee un auténtico fundamento la propia manera de vivir, de pensar de sentir?

Lo que hay que procurar más bien es que el niño llegue a comprender que las actitudes y las convicciones no les vienen a las personas por el aire. Se basan en vivencias y experiencias que tienen una apariencia distinta de las propias pero que de ningún modo deben por ello ser tomadas menos en serio y respetadas.

6. Rezando con los niños

La oración en un mundo en cambio.

Orar con los niños, lo mismo que el contarles relatos bíblicos, presupone una vez más el que los padres se hayan planteado la cuestión de qué es eso de la oración. Pues si no significa nada para los mayores ¿por qué ha de valer para los niños?; a no ser que uno se consuele pensando que se trata de una costumbre buena y tradicional, de un ejercicio que está bien imponer en el ámbito infantil.

La oración de los niños se produce hoy en día en un clima ya transformado en el que no constituye un elemento obvio. El que junta las manos en nuestra época no es indemne a la duda de que su oración pueda en cierta medida ir a dar en el vacío. Y aun quien no se sienta aludido por esa experiencia tendrá que tener en cuenta que ese sentimiento se hará presente entre los niños que van a tropezar con una duda semejante en su alrededor. ¿Qué sentido puede tener la oración cuando ya no nos es posible mantener la imagen de un «Dios sobre nosotros» que intervenga de forma sobrenatural en el complejo de los acontecimientos, cuando la oración se ve amenazada por la sospecha de quedarse en nosotros mismos, de no ser nada más que un diálogo consigo mismo?

Quizás tengamos en primer lugar que liberarnos de la idea de que un cristiano puede orar sin más, de que para él la oración es algo incontrovertido. Orar sin más, «mascullar»

oraciones, era lo que hacían los paganos. Eso no planteaba ningún problema. Bastaba con saberlas y cumplir con las fórmulas y actitudes adecuadas y ya funcionaba. En el Nuevo Testamento tenemos algunos indicios de que, con Jesús, la oración vuelve a ser problemática. Así por ejemplo los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a orar (Lucas 11,1ss), lo que ciertamente no quiere decir que hasta entonces no hubieran tenido hábitos de oración ni hubieran conocido plegarias, como judíos piadosos que eran. Pero todo eso, al llegar Jesús, se hace problemático. Las exhortaciones a «orar sin interrupción» y a «mantenerse firmes en la oración», a «orar en todo tiempo» no quieren decir que ahora haya que recitar más oraciones o emplear más tiempo del acostumbrado hasta el momento. Más bien lo que ocurre es que la oración «queda liberada de toda forma y ordenación cúllica (litúrgica)..., que se la anula en cuanto acto particular, porque se comprenden la actitud y la configuración de toda la vida como oración» (Gert Otto).

Lo que se aprende con Jesús no es a orar mejor que hasta entonces sino que se aprende que orar es difícil, que a uno le faltan las palabras y no sabe qué ha de pedir (Romanos 8,26). Si lo que se nos transmite como última oración de Jesús es el «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» eso quiere decir que nuestra experiencia de que a nuestra oración no parece descubrirse un interlocutor y de que se pierde en el vacío, no es algo tan nuevo y desacostumbrado como pudiéramos pensar. Jesús ha hecho precisamente de esa experiencia del Dios lejano e invisible el objeto de su oración y a pesar de ella se ha mantenido en la plegaria. Orar en el nombre de Jesús significa por consiguiente orar con la confianza de que él tiene razón con su oración.

Siempre pensamos que únicamente se puede orar con sentido si se tiene la firme convicción de que Dios existe. Yo hablo y hay alguien que me escucha. En consecuencia tengo que llegar primero a la certeza de la existencia de Dios antes de poder orar. El que se mantenga en la duda no está hecho para la oración, pensamos. Pero el peso de esa cuestión que se entremete entre nosotros y la oración y no somos capaces de resolver, la cuestión de si hay o no hay Dios o de si la oración va o no a dar en el vacío, se nos alivia al mirar hacia Jesús y podemos dejarla de lado. Puesto que se puede también orar bajo la experiencia del «abandono», de la «ausencia» y del «ocultamiento» de Dios.

¿Qué significa orar «en el nombre de Jesús»?

Con estos presupuestos pudo Lutero darle la vuelta simplemente a lo que constituye el acontecer de la oración; él no comienza por una certeza incuestionada acerca de Dios. Lutero se pregunta por qué puede ser necesaria la oración de petición: «Por eso Dios no nos exige, por cierto, que le indiquemos con nuestra plegaria lo que nos ha de dar, sino que conozcamos y reconozcamos los bienes que nos da y aun por encima los que puede y quiere darnos. Por lo tanto, mediante nuestra oración, nos instruimos más a nosotros mismos que a él. Pues yo me convierto, si no procedo como los impíos que no saben de estas cosas ni dan gracias por ellas. Y así mi corazón se vuelve a él... Y todo ello sirve para que yo aprenda a conocer, cuanto más y más mejor, qué clase de Dios es él.»

Esto quiere decir que nuestra oración, a fin de cuentas, no tiene por blanco a Dios sino a nosotros mismos. La oración acontece no en razón de Dios (como obra piadosa dirigida a él) sino en favor nuestro. Produce sus efectos en nosotros. Por ella se nos enseña y aprendemos más y mejor a conocer qué es lo que viene en nuestra ayuda.

La oración cristiana es una forma de pensar, no un pensamiento de lo ocasional, un pensamiento desiderativo, un sueño diurno, por más que integre nuestros deseos, esperanzas, miedos y fantasías. Sino que es un pensar acerca de lo necesario. Su peculiaridad reside en que se trata de un pensamiento que hace alusión a Jesús, que acontece «en el nombre de Jesús». Sólo por esa razón (y no por la forma externa, porque aparezca una invocación o un título) queda salvaguardada de la sospecha de consistir en un diálogo con uno mismo. Y aún en el caso de que comience como diálogo o reflexión sobre sí mismo, acaba llevando (si se trata de oración auténtica) a pasar por encima de nosotros desembocando en la vida, en el prójimo, en el otro olvidado. Eso es lo que acontece en la oración y en la liturgia que alcanza su objetivo (Mateo 5,23ss). Por medio de la oración soy yo quien aprende, no Dios, no se desean y «escamotean» cosas para mí o para mi prójimo sino que soy «instruido» yo mismo, soy llevado hacia la atención, sensibilización, imaginación y afecto hacia mis semejantes.

En las reflexiones de una niña de quince años que medita acerca del sentido de la oración desde una actitud crítica, la impresión es la siguiente: «Una puede pensar sin más en todo lo que le pasa por la cabeza (en la Sra. Bloggins que está colgando la ropa en el patio de atrás o en cualquier otra cosa) pero eso carece de sentido si no podemos hacer algo por esa Sra. Bloggins. En la oración el reflexionar cobra un sentido. Ordinariamente siempre hay algo que podríamos hacer...» Preguntada por su madre qué significaba para ella orar por otras personas, en aquel momento por la Sra. Kennedy, esta chica opina: «Ya es muy importante que pensemos en ella. Es como si nuestro recuerdo se sumase a todos los recuerdos amables del mundo y pudiera de algún modo ser de utilidad. Tiene que ser una gran ayuda el saber que hay un montón de personas que se acuerdan de una; pero también a mí me ha ayudado el orar pues al hacerlo me convierto en un ser humano que presta atención a los demás» (tomado de Ruth Robinson).

Estas consideraciones no han sido escritas para irritar a aquellos padres para los que su propia oración y la oración con sus hijos no plantea ningún problema. Lo más probable es que tengan otras ideas a este propósito. Sino que las reflexiones expuestas pretenden ayudar a liberar a los padres del sentimiento de verse forzados a hacer algo que no son capaces de realizar para sí mismos porque el orar les resulta difícil y porque experimentan una reacción de desagrado y perplejidad al verse confrontados con la tarea de orar con los niños. Las ideas expuestas pretenden ayudar a que los padres puedan participar con autenticidad en la oración de sus hijos logrando una reflexión buena y razonable para sí mismos en vez de distanciarse de ellos en su interior. Precisamente, porque lo «estamos haciendo por los niños». Al hacerlo serán capaces de comprender simultáneamente por qué, por una parte, a los niños se les presentan menos dificultades para orar. Así, por ejemplo, al comienzo no les resulta dificultoso sino que está de acuerdo con su modo de pensar justamente el recapitular todo aquello hacia donde tienden sus deseos y sus alegrías, sus preocupaciones y miedos, sus experiencias, en dirección a una persona, un «tú», una invocación, Dios, por medio de la oración. Puesto que también captan muchas otras cosas de la vida como algo dotado de movimiento, como algo viviente, como un «tú». Por otra parte también los niños tienen sus propias cuestiones y dificultades respecto a la oración y con frecuencia no sin razón.



Los comienzos.

«La pequeña María, de dos años y medio, está aprendiendo por etapas su oración: «Buen Dios, hazme buena para que pueda ir contigo al cielo.» Pero ella no quiere irse al cielo, prefiere quedarse aquí. Yo (dice la madre) me esfuerzo por pintarle el cielo de forma visual como algo deseable. La noche siguiente (prosigue la madre) al llegar al «hazme buena» vuelve a quedarse parada. Intento ayudarla: Pero María, si sabes muy bien a dónde quieres ir (¡decirle esto a una niña pequeña cuyo espacio vital no alcanza más allá de un par de días, cuya vida se extiende entre lo que acaba de pasar y lo que viene inmediatamente!). ¿Cómo sigue? Para que pueda... para que pueda... —¡Para que pueda ir a la cama de mamá! Y con un suspiro de alivio acabó con el Amén.»

A primera vista María da la impresión de un laico redomado, definitivamente irreligioso. No quiere ir al cielo sino simplemente «a la cama de mamá». ¿Se trata de un ejercicio de oración fracasado? Por supuesto, si es que tenemos la idea de que al rezar hemos de hablar de cosas distintas de las cotidianas y acostumbradas y de que hay que distanciarse de ellas y dedicarse a lo específico y celeste.

Y sin embargo el «error» de María tiene un sentido muy profundo. En ese momento para ella el cielo es la cama de su madre, su cercanía, su calor, su ternura. Sólo ahí puede experimentar lo contenido en la vieja palabra «cielo»: el cobijo y amor definitivo, la total felicidad y la alegría completa. Esa confianza se la transmite la madre aun para un tiempo posterior en el que ella ya no será el lugar en el que hallar cobijo, en el que su cercanía no evitará las experiencias de intemperie, de soledad, de amenaza de la vida. Entre la niña y la madre va poco a poco creciendo esa confianza de la niña en un amor mayor que va más allá de los padres y abarca todos los seres humanos. Únicamente a partir de esa experiencia «la oración en su sentido ordinario se convierte en una posibilidad común de manifestar esa confianza y ponerla por palabras» (Ruth Robinson).

«Soy pequeñito...», una mala oración.

Otra oración infantil que todavía se reza en nuestras familias, en los jardines de infancia y aun en los primeros

cursos de la escuela, tropieza con frecuencia con reparos y objeciones de los niños:

«Soy pequeñito, mi corazón es puro;
que nadie more en él sino sólo Jesús.»

Así por ejemplo, Bárbara, niña de cinco años se negó un día terminantemente a recitar esta oración. Preguntada por su madre cuál era la razón, contestó enfadada: «Yo ya no soy pequeñita. Tú siempre me llamas «la mayor». Resulta que Bárbara está en una edad en la que los niños descubren paulatinamente que no van a ser siempre niños, que van a crecer y a hacerse mayores, y en la que aprenden y caen en la cuenta de que pueden hacer muchas cosas por ellos mismos; les comienza a interesar la vida de los mayores e imitan muchos de sus roles. ¡Y sin embargo por la noche hay que hacerse de nuevo pequeño: «soy pequeñito»! La madre puede salir al paso de esa objeción diciéndole: «Tienes razón. Ya eres demasiado mayor para esta oración. Vamos a rezar otra.» Pero con eso no se ha avanzado demasiado. No es lo más adecuado elegir oraciones que sólo sean válidas para un cierto tiempo. Las oraciones infantiles resultan igualmente problemáticas si sólo parecen acomodarse al niño mientras que un adulto nunca podría decirlas como cosa suya. Y no cambia la situación por el hecho de que esas oraciones infantiles sean fáciles de comprender. A una oración infantil hay que exigirle, en primer lugar, que sea veraz, que realmente exprese la sensibilidad del niño y no la imagen que de ella se hace un adulto.

*Oraciones infantiles que sólo sean «verdaderas»
por un cierto tiempo resultan inadecuadas.*

Pero tampoco van mucho más allá las frases restantes de esa oración. El que hay algo falso en ese «mi corazón es puro» ya lo han detectado muchos padres que lo han corregido por «haz puro mi corazón». Si una oración da pábulo a la ilusión y el ensueño del niño «puro» tendrá más adelante que enfrentarse con dificultades al contraponerse a la cuarta petición del Padre Nuestro: «Perdónanos nuestras deudas como tam-

bién nosotros perdonamos a nuestros deudores.» ¿Qué es en realidad lo verdadero, la imagen de una «inocencia» y pureza infantil originaria o la conciencia de que la culpa constituye parte de la realidad de la convivencia humana? Entre los seres humanos se dan no sólo el amor y el respeto sino también el desprecio y el odio. No sólo se puede comprender, promover y ayudar mutuamente sino también herir, dañar y molestar. ¿De qué parte nos ponemos, de la de la oración infantil citada o de la del Padre Nuestro? En caso de duda es preferible quedarse de parte del Padre Nuestro.

Esa oración infantil implica una determinada visión del niño. Supone que el niño es (o tiene que ser) esa criatura pequeña, pura, inocente y angélica que aún está más allá del bien y del mal. Esa imagen del niño es la misma que hace que la parte oscura de la vida comience en la pubertad, con los «años difíciles», la época en que chicos y chicas comienzan otra vez a interesarse de manera nueva y especial unos por otros. Bajo esa opinión opera en la conciencia colectiva una actitud que contempla la sexualidad humana como lugar específico del pecado, equiparando las dos dimensiones. Cuando se leen títulos de novelas y películas como «La calle del pecado», «Muchachas pecadoras», «La noche del pecado» y otros parecidos, ya se sabe de qué va: sólo se puede tratar de una cosa. Por cierto que en la Biblia se denomina «pecado» o «pecados» a algo muy distinto: a esas transgresiones concretas contra el amor y la justicia por las que se pretende vivir a costa de los demás y ello en razón del miedo y la preocupación por la vida propia, en razón de la «incredulidad».

¿Merece la pena que andemos constantemente remendando una mala oración hasta que llegue a parecer menos mala? ¿O no es preferible el elegir ya de antemano una oración infantil más adecuada? Pues el aspecto cuestionable del texto de la plegaria propuesta vuelve a hacer su aparición en la última frase: «Que nadie more en él sino sólo Jesús.»

Los niños protestan: «Yo no quiero que sólo more Jesús allí. Quiero que estéis a mi lado tú, mamá, y papá y mi hermanito y el osito de peluche y el ciervo al que dimos de comer ayer en el zoo. Yo quiero a todos éstos.» Y en eso los niños tienen toda la razón. Pues lo que se dice en esa frase no es sino una exageración beata y una incongruencia que no ha entendido lo que Jesús pretendía cuando llamaba a los hombres a seguirle. Jesús quería liberarlos para un amor que se entregara totalmente a aquellas personas que más le interesaban, a aquellos

que él buscaba porque eran olvidados y relegados. A éstos en cuanto «prójimos» nuestros es a los que hemos de hacer sitio en nuestro corazón. A Jesús no le interesa ocupar el único lugar en nuestro corazón sino que volvamos a hacer sitio en él para nuestros semejantes olvidados. Es muy fácil pasar de largo ante nuestro prójimo con «Jesús en el corazón» como les sucedió a aquellos sacerdotes y levitas que, concentrados en los deberes religiosos que les esperaban en Jerusalén, no tenían tiempo para el hombre que había sido asaltado en el camino.

Demandas a la oración infantil.

No es por tanto indiferente lo que se reza con los niños, pues «los niños crecerán junto con las palabras que aprendieron. Por consiguiente unos versitos con los que no puedan llegar a adultos, ya sea porque son cursis o infantiloides o porque dejan de ser verdaderos para una persona de cuarenta años, tampoco serán adecuados para el niño» (Jörg Zink).

La demanda más importante que habremos de hacer a una oración infantil es la de que sea verdadera aun para el modo de pensar y la conciencia del adulto.

Una oración infantil ha de ser igualmente veraz en el sentido de que en ella se vean reflejadas la fe cristiana, la confianza el amor y la esperanza en el sentido de Jesús y no simplemente una religiosidad ingenua o lo que nosotros tenemos por tal. Y la vivencia del niño ha de quedar igualmente patente en ella: no un cielo lejano sino el cobijo del afecto que busca en este caso, el niño; no la alegría lejana, sino algo por lo que pueda alegrarse de verdad, por lo que pueda estar agradecido; no el consuelo lejano sino los consuelos que unas personas pueden suministrar a otras cuando viven en el espíritu de Jesús.

En este momento existen muy pocos libros de oraciones para los niños que estén a la altura de esas demandas y puedan ofrecer a los padres y a los niños sugerencias para formular oraciones que penetren en la vivencia infantil y ayudar a formular y explicitar. No basta con echar mano a versos que uno mismo aprendió cuando era niño y que con los años dejó

de lado. Los padres que tengan auténtico interés por introducir a sus hijos en esta forma tan importante de verbalización y reflexión de la fe han de impedir por todos los medios que la oración se quede en un uso de la época infantil que con los años hay que dejar de lado porque no es capaz de crecer junto con uno, porque no es susceptible de transformación.

Peticiones infantiles y oración de petición.

Todo esto nos hace concluir que tenemos que aprender a cambiar nuestra concepción sobre todo acerca de dos formas «clásicas» de oración, la oración de petición y la plegaria de intercesión. La oración cristiana no cobra su sentido del hecho de que mediante ella informemos a Dios y lo movamos a hacer algo que, si no, no ocurriría. Somos nosotros más bien los informados y adoctrinados acerca de «las cosas necesarias» para nuestra vida cuando nos dejamos aludir por el espíritu y el sentido de Jesús. Se nos enseña lo que, en nombre de Jesús, podemos con todo derecho desear para nosotros y para los demás y lo que no, lo que hemos de hacer y de cambiar y lo que habremos de dejar como está. Si la oración tiene este sentido su «estilo» cambiará en consecuencias: «Señor, dame paciencia para aceptar lo que no puede cambiarse, ánimo para cambiar lo que debe ser cambiado y sabiduría para distinguir lo uno de lo otro» (Reinhold Niebuhr).

Pedro tiene ocho años y ha recibido su primer suspenso en dictado. Con la expectativa cierta de las cuestiones desagradables y los reproches que va a recibir en casa, echa mano al último recurso para evitar la catástrofe que lo amenaza. En el camino de vuelta de la escuela dirige una intensa plegaria hacia el cielo para que el buen Dios tenga a bien, al menos por esta vez, compadecerse de él y transformar el cuatro si puede ser en seis. En compensación él, Pedro, se portará muy bien con su madre. Y el buen Dios también tendrá su parte de recompensa: Pedro está dispuesto a volver todos los domingos a la liturgia infantil que le va resultando muy aburrida y por eso con frecuencia la ha omitido sin que nadie se entere. Tal vez el suspenso ha sido la recompensa que ha recibido por haber dejado «plantado» al buen Dios de manera tan despectiva, piensa nuestro chaval. Bueno, pues desde ahora todo va a cambiar.

La dura realidad es que cuando Pedro al llegar a casa controla con todo cuidado y expectación el cuaderno del dictado el cuatro sigue allí y nadie lo ha salvado del atolladero. Pedro se ha consolado pensando que quizás ha exigido demasiado del buen Dios: ¿Cómo iba a esperar que al buen Dios le pareciera digna de crédito la oferta de Pedro tras las experiencias negativas anteriores? Lo primero que Pedro debería hacer es demostrar durante un cierto tiempo que era de confianza, antes de poder presentar tales demandas. De cualquier modo, a pesar de su fracaso, el muchacho se mantiene en su cosmovisión de que bastaría haber sido bueno para con Dios y su madre para que todo le hubiera ido bien en la vida y, sobre todo, en la escuela.

La necesidad enseña a orar... mal. Es de esperar que por otros caminos Pedro haya prosperado en su visión de los contextos reales de la vida; al menos es lo que podemos desear para él, pues el planteo vital expresado en la oración de Pedro es muy peligroso. Si proseguimos en la línea de su lógica resulta que no es él el culpable de su fracaso escolar, sino el «buen» Dios que no se decidió a ayudarle a pesar de todos los ruegos y esfuerzos del niño. Y, cuando uno es bueno y obediente, ¿qué razón puede tener el que le vaya a uno tan mal?

Cierto que Pedro, quizás tras unos cuantos intentos más, dejará de importunar al buen Dios con demandas semejantes. Ojalá que no siga, a pesar de todo, por la misma vía culpando de sus fallos y fracasos exclusivamente a los que le rodean: al maestro, que fue injusto; a la tarea, que era demasiado difícil; a los condiscípulos, que le molestaron; la causa siempre son los otros o las circunstancias. También los adultos ceden con frecuencia a la seducción de considerar de este modo las cosas. Pero, se trata de un punto de vista unilateral e infructífero. Es verdad que se dan circunstancias adversas y que muchas veces se debe y puede cambiar bastante a este respecto. Pero no se debe olvidar que es mucho más fácil cambiarse a sí mismo que cambiar a los demás y, además, eso sólo resulta ya suficientemente difícil.

«Señor, dame ánimo para cambiar lo que debe ser cambiado»: esta petición incluye, por cierto también, el ánimo para cambiar uno mismo, para crecer y madurar. Lo que hubiera necesitado Pedro era conseguir ese ánimo, también en lo referente a la escuela. Y una oración que le hubiera suministrado ese ánimo hubiera sido, seguramente, mejor y más

cristiana que aquella plegaria infantiloides forzada por el miedo que condujo al muchacho por una senda falsa. Simultáneamente hubiera sido de desear en el seno de la familia aquel ambiente de confianza y de cariño que no provoca el que el cielo se le venga encima a un niño a causa de un fracaso, sino que testimonia la valentía de una fe que mantiene por encima de errores y fallos. Podríamos imaginarnos que un diálogo planteado de esta forma entre la madre o el padre y Pedro, a modo de consuelo y ayuda, hubiera afrontado el problema de su dictado fallido y desembocado en una oración que robusteciese su coraje, confianza y alegría para el resto del día y también para el próximo día de clases.

La oración no debe llevar a confusiones acerca de nuestra responsabilidad y realidad. Nos suministra más bien la capacidad de reconocer y el ánimo para afrontar nuestra responsabilidad cuando no deseamos hacerle frente sino que pretendemos descargarnos de ella.

Deseos e ilusiones en la oración.

«Buen Dios:

Me gustaría tener las cosas siguientes: una bicicleta nueva, un juego de química número tres, un perro, un tomavistas, unos guantes de portero de los mejores. Si no puedo conseguir todo, al menos que sea todo lo posible. Muchos saludos. Tuyo, Erich.—P.D.: Ya sé que Nikolaus no existe.»

Es una pena que esta oración, a modo de lista de pedido, no vaya acompañada del dato sobre la edad de Erich, pero la calidad de sus deseos hace presumir que ya tiene tras de sí algunos años de escuela y que andará por los nueve o diez. Impresiona lo crítica y acriticamente que se expresa Erich a la vez: ha abandonado su fe en Nikolaus, pero no por eso se ha hecho más realista. Lo único que ha hecho es cambiar un Nikolaus infantil por un Supernikolaus divino. Y en ese sentido tal vez resulte favorable para sus deseos el hacerle un cumplimiento al buen Dios: Tú eres alguien sin competencia; Nikolaus no era nada comparado contigo.

Pero, ¿qué juego tan espantoso se ha llevado a cabo hasta el momento en Erich, como para que pueda aún dirigir se-

mejantes misivas al buen Dios? ¿Y, cuánto falta para el momento en que, como post-data, escriba: ya sé que no existe un buen Dios que cumple los deseos de los niños? Es difícil imaginarse que un niño de su edad escriba algo semejante por propia iniciativa; lo que se le ocurre a uno es que Erich está en este caso siguiendo el juego a una idea que la familia ha introducido a propósito del tema deseos y regalos. Por este procedimiento la realización de sus deseos se convierte en un asunto totalmente incontrolable. Si no recibe algo es porque el buen Dios no lo ha querido; tal vez Erich no fue lo suficientemente piadoso, atento, modesto (y ese «si no puedo conseguirlo todo, al menos que sea todo lo posible», ¿habrá que formularlo la próxima vez con más prudencia para no molestar al buen Dios?).

Y, sin embargo, la realidad es totalmente diversa: Erich tiene una serie de deseos y es cosa de sus padres el realizarlos o no. Es a ellos a los que debería presentárselos (¡y en secreto, ellos ya se han enterado de la lista!). Con ellos es con quienes debería discutir lo que desea con más urgencia y ellos son los que deberían decirle lo que se puede llevar a cabo y lo que no y por qué. En ese caso, podría establecer un orden de prioridades: si no se puede todo, esto que sea lo primero. Y, en vez de eso, ha de dejar que el «cielo» decida. Su apuesta se basa en que quizás consiga todo y por eso no hay que decir demasiado en alto que ya desde ahora está dispuesto a contentarse con menos.

Pero, quienes se ahorran ese debate son los padres, ya que pueden simular que no son responsables de la realización de tales deseos y en eso consiste la regla del juego. Negarse a un deseo no es cosa fácil, porque hay que saber por qué se hace y para ello habrá motivos buenos, pero también no tan buenos. Y en un debate semejante tal vez aflorasen precisamente los motivos no tan buenos. Y entonces es más fácil el mantener ocultos esos motivos y representar ante el niño el papel del destino. Pero, con este procedimiento se está abusando de la oración y en el fondo se la convierte en el signo de la negación de diálogo entre padres e hijos. Paralelamente se está impidiendo que el niño vaya, poco a poco, formándose unos criterios respecto a sus deseos, que vaya captando lo que se puede y lo que no se puede, lo que se ha exagerado por carta de más o por carta de menos, en qué casos se puede esperar y desear mucho, o cosas muy importantes y en cuáles uno ha de contentarse con algo más pequeño. Se está impidiendo

do que el niño pueda asumir por sí mismo paulatinamente el dominio del enjuiciamiento, dirección y complección de sus deseos.

«Buen Dios, voy a celebrar pronto mi cumpleaños. Lo estoy esperando con alegría. Deseo muchas cosas. Tal vez no reciba todo. Los demás también tienen sus deseos. Y por eso desearía pedir para mí algo que me alegrase mucho y fuese muy importante. Es estupendo que papá y mamá quieran conocer mis deseos. Es fantástico que haya personas que le hacen a uno regalos y que haya tantas cosas que se pueden desear y regalar. Por todo ello, te doy gracias.»

Claro que una oración como ésta no se presta a un «aprendizaje» y «recitado». No es una oración que sirva siempre y en todas las ocasiones. Otro niño que la leyerá en un librito de oraciones ya no la formularía así, pero puede que se sintiera estimulado a buscar sus propias palabras si es que lo mueven las mismas ideas. Esas mismas frases pueden constituir parte de un diálogo entre la madre y el niño acerca de sus deseos referentes a su cumpleaños o ser el final de un diálogo semejante. Lo que hace de esas frases una oración no son las palabras o lenguaje rebuscado, pero esas palabras pueden aludir a su efecto: quien las pronuncia deja que se le instruya sobre el significado de las cosas que lo rodean, cosas por las que espera y con las que se alegra. Se le aconseja no recibirlas como algo obvio. Se le enseña que no es el único que tiene deseos y que es muy hermoso, pero no evidente, el poder desear y que le regalen a uno.

La oración de los niños no puede convertirse en sucedáneo del diálogo entre padres e hijos. Por el contrario, el que los padres hablen con sus hijos en un contexto de comprensión y cariño puede convertirse en una oración y acabar en oración.

Para familiarizarnos con esta forma de orar quizás tengamos que liberarnos de la idea de que la oración, y en particular la oración infantil, han de abarcar lo más posible, han de tener por contenido todo el mundo, de forma parecida a las plegarias eclesiales. Pero eso no es necesario. El «decir muchas palabras» (Mateo, 6,7), el miedo a omitir algo importante y, en

consecuencia, el impedir esa omisión esforzándose por la plenitud, no constituyen una característica de aquel modo de orar al que Jesús nos animaba.

Las plegarias por los demás.

Algo parecido se puede decir a propósito de las plegarias de intercesión. Los problemas que les plantean a los niños ya los hemos visto en el caso de Norberto. Naturalmente que podemos y debemos desear lo mejor para nuestro prójimo por medio de la oración. Pero al hacerlo no debemos olvidar que se trata de deseos y una de las características del deseo es que su realización es una cuestión abierta. Antes de ella hay que plantear la pregunta de si un deseo es justificado, deseable, bueno o no, y de si realmente es lo mejor para el prójimo. ¿Se trata de un deseo realista o más bien de una ensoñación, de una especie de utopía piadosa?

Y, finalmente, queda todavía por preguntar si yo al orar planteo deseos porque pretendo esquivar las obras. ¿Mi deseo en favor de otro está respaldado realmente por mi persona y por mi intervención a su favor o es justamente lo que me posibilita, con una conciencia aparentemente buena y cristiana, el escurrir el bulto? Muchas oraciones de adultos y de niños dan la impresión de que mucho de lo que entre los cristianos se presenta como oración, en realidad no es más que un soñar despiertos y un defenderse frente a la propia intervención y la propia responsabilidad que se han hecho intachables al cobijarse bajo la pantalla de la oración.

Muchos de los textos de plegarias infantiles al uso tienen el defecto de girar constantemente con sus poesías en torno al niño que reza, sus pensamientos, sus deseos y preocupaciones. Con frecuencia no llegan ni a reflejar los verdaderos sentimientos y vivencias del niño, sino que ponen en su boca unas peticiones y pensamientos del niño. Pero, todavía más que eso lo que les falta es el pensar en los demás. Y cuando aparecen en ellos las necesidades y miserias ajenas lo hacen de tal modo que es Dios el convocado a actuar precisamente donde había que llamar al amor y la ayuda por parte de uno mismo. Pocas veces nos encontraremos con una oración como la que sigue, que no se limita a pensar en la propia mesa bien surtida, sino que parte de ella hacia el mundo y se ocupa del hambre de los demás:

«¡Dios grande y bueno!: Mamá me ha dicho que hay niños en el mundo que en todo el día no comen nada, ni el cacao y el pan con mantequilla por la mañana, ni verdura y pudding al mediodía, ni embutido por la tarde. Envíales amigos que les den de comer. Haz que nosotros seamos amigos suyos y que cuando crezcamos les ayudemos.»

Tampoco esta oración se presta a ser aprendida y dicha de memoria. Pero si un niño lee estas líneas o las escucha se quedará pensando y preguntará: «¿Y dónde viven esos niños? ¿Cómo se los puede ayudar? ¿Podéis ayudarlos vosotros?» Sus ideas se sentirán impulsadas y dirigidas por el camino que va hacia el prójimo. Y no se quedará esperando (como falsamente supone la oración) hasta que sea mayor.

Ahora bien, retomando una vez más la idea de Lutero de que nuestra oración no informa a Dios, sino a nosotros mismos, esto, aplicado a la plegaria, quiere decir que cuando formulamos nuestros deseos en beneficio del prójimo los sometemos a un discernimiento. Los examinamos en nombre de Jesús con el objeto de saber al final qué es lo que podemos desear y hacer con fundamento y «en el nombre de Jesús» por nuestro prójimo.

La plegaria no es un sucedáneo del propio actuar. Es un pensar a favor de los otros que nos hace caer en la cuenta de nuestros prójimos. Y esa conciencia es el primer paso hacia el obrar.

Vuelve, por tanto, a quedar de manifiesto que la postura de los padres ante los hijos no es sencillamente la de los que todo lo saben; cuando un niño tiene una duda, cuando pregunta y no comprende, está planteando simultáneamente un problema para los adultos. Con frecuencia se le pasa por alto, porque los mayores ya se han acostumbrado a muchas cosas, como si fueran obvias e inmutables. También en el caso de la oración, a los adultos les parecen naturalmente bien tantas cosas, o tan naturalmente vacías y sin valor, que ya no experimentan el impulso a repensarlas.

Pero, cuando unos padres ponen atención a las preguntas de sus hijos experimentan que tras muchas de sus preguntas,

y en clave, se esconden cuestiones adultas que merece la pena analizar porque de esa forma los hijos le ayudan a uno mismo a crecer y a profundizar en la propia actitud creyente y vital. Los niños pueden, por lo tanto, hacer que los mayores avancen en medida nada despreciable. «Porque no sabemos mucho más que los pequeños. Ellos pueden resultarnos una ayuda si abandonamos, de una vez, frente a ellos, nuestra pose de sabelotodos» (Johanna Klink).

Se habla mucho de Dios ante los niños; mucho más de lo que se suele hablar de El entre adultos. Este simple hecho, ¿no será indicio de que se manipula a Dios y lo religioso, sea inconscientemente, sea con la pretensión mal orientada de educar al niño religiosamente?

No es nada fácil la tarea de educar a los pequeños y, en cualquier respuesta a sus preguntas, en cualquier situación que se presenta de improviso, se puede desorientar gravemente la percepción infantil del mundo religioso.

Así nos lo descubre este libro, con abundantes ejemplos de la vida ordinaria, sugiriendo los verdaderos caminos a seguir.

Un libro lleno de experiencia pedagógica, que dará a los mayores, al mismo tiempo, la oportunidad de realizar nuevas experiencias de Dios que les harán crecer y avanzar en su postura creyente junto con los niños.



editorial

SAL TERRAE

santander